



AÑO II.

NÚM. XVII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

MAYO—1890

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Extranjera.



GUILLERMO DE HUMBOLDT

Y CARLOTA DIEDE.

No hay en Alemania quien no conozca una obra póstuma de Guillermo de Humboldt, intitulada : *Cartas á una amiga*. Publicadas por vez primera en 1847,—doce años después del fallecimiento de aquel grande hombre, en cuya honra se ha levantado un monumento enfrente de la Universidad de Berlín,—esas cartas produjeron efecto extraordinario ; desde entonces se han repetido incesantemente las ediciones, y el libro se halla en todas las bibliotecas. Es el único de Guillermo de Humboldt (hermano mayor de Alejandro, el ilustre naturalista) que logró cierta popularidad. Si Guillermo de Humboldt no hubiera tenido una amiga, habría faltado algo á su gloria ; no hubiera sido leído por las señoras.

Sabíamos todos que Humboldt había sido hombre de Estado, diplomático, que había representado muchas veces á Prusia en cortes extranjeras, que había firmado con el príncipe de Hardemberg el tratado de París, y que, sin haber llegado nunca á desempeñar los primeros papeles, habíase distinguido en el Congreso de Viena por el vigor y la claridad de su entendimiento, por su habilidad

en las discusiones, por la seriedad de su cortesía, sazónada con una frialdad irónica y penetrante. Sabíamos todos, asimismo, que ese diplomático, después de haber abandonado los negocios, había consagrado á la ciencia el resto de su vida ; que, filólogo excelente, había renovado la lingüística con sus investigaciones sobre el idioma basco, sus cartas acerca del carácter de la lengua china, y su introducción al estudio del *kawi*, y que sus libros, escritos en lenguaje abstracto y un tanto intrincado á las veces, eran almacenes de ideas, en los cuales los sabios de todos los países habían bebido á su gusto, y beberán por mucho tiempo todavía.

En lo que á su vida privada respecta, no ignoraba nadie que Humboldt, en su juventud, había sentido la comezón de todas las curiosidades, y que no habían sido las mujeres las que menos habían picado esa curiosidad. La famosa Rachel había dicho de Humboldt : « Admiraría yo más la libertad de su ingenio, si tuviese menos libertad en sus principios ».

Varnhagen habíale definido : « Un perfecto pagano en toda la extensión de la palabra ». Pero los paganos son muchas veces muy buenos maridos. Humboldt se había casado en 1791 con la señorita Carolina de Dacheröden, persona muy simpática y muy linda, á quien tuvo el gusto de enseñar el griego, y que leía con su marido á Homero y á Herodoto. Vivieron siempre en la mejor armonía ; se hablaba de aquel matrimonio como de un modelo de cariño conyugal, de concordia, de consideración mutua y recíproco respeto, hasta punto tal, que, aun queriéndose muchísimo, había muchas cosas que no se decían el uno al otro. « Podría yo experimentar disgustos graves y gustar grandes alegrías sin sentir la necesidad de dar participación en unos ni en otros á las personas que más

quiero; así me sucede con mi mujer y con mis hijos. Suelen no saber ni una palabra de muchos asuntos que me interesan, y mi mujer opina en esto lo mismo que yo; de modo que, cuando por casualidad sabe algún incidente que yo no le había confiado, no le pasa por las mientes asombrarse. La confianza es una necesidad del amor y de la amistad; pero las almas grandes gustan poco de las confidencias.» Continuaba diciendo que había sido siempre muy reservado, y que aun en los tiempos en que más había vivido en la sociedad, había practicado el arte de permanecer solitario, y que, por muy dichoso que fuese con los suyos, si estaba solo, nada echaba de menos.

Cuando aparecieron las famosas *Cartas*, los que habían tratado con intimidad á Humboldt, y que se preciaban de conocer bien el carácter de éste y su temperamento y las condiciones de su alma, quedaron sorprendidos al saber que había tenido una amiga, con la que había estado en continua correspondencia durante veinte años y hasta su muerte. Pero los aficionados al escándalo quedaron chasqueados.

Esta amiga se nombraba *Carlota Diede*, y Humboldt le manifestó más de una vez que era muy de su gusto aquel nombre, y que experimentaba particular contentamiento cuando le pronunciaba ó le escribía; complacíase también el diplomático en repetir á su amiga Carlota que le inspiraba interés vivísimo; pero nada había en todo esto que al amor se pareciese.

Toda esta correspondencia está escrita con estilo grave, sentencioso, si puede decirse así, de color de hoja seca, que evoca el recuerdo de las cartas de Séneca á Lucilio. La amiga era persona muy melancólica, y que, en verdad, tenía motivos sobrados para serlo. Humboldt procuraba consolarla; enseñándole cómo es menester

conducirse para dulcificar los sinsabores, para llevar con facilidad el pesado fardo de la existencia. Las ciento cincuenta cartas publicadas contienen un tratado completo de filosofía de la dicha, y se buscaría inútilmente en ellas una sola palabra que pueda comprometer la buena memoria del filósofo. Interesan, instruyen, edifican á veces; la señora de Humboldt hubiera podido leerlas todas sin hallar cosa alguna que la escandalizase ó alarmara.

Á más de esto, en el transcurso de veinte años que duró esa correspondencia, solamente se vieron la amiga y el amigo dos veces: un día en Francfort, en el año 1817; después en Cassel, en 1828. Carlota contaba, á la sazón, cincuenta y nueve años; Humboldt tenía sesenta y uno. La carta en que éste anuncia su visita, no es, por cierto, carta de enamorado; muy tranquilo tenía el pulso cuando escribió: «Me considero dichoso, mi querida Carlota, al decir á V. que hemos variado nuestro itinerario, y que pasaremos por Cassel. Me alegra mucho la idea de ver á V., aunque solamente sea por una ó dos horas. Si llego temprano, iré á casa de V. en la tarde de aquel mismo día; si llego muy tarde, nos veremos al día siguiente, y, caso de permanecer allí un día más, haré á V. dos visitas». Al cabo solamente pudo hacer una: «Si V. hubiese vivido más cerca, habría yo pasado aún media hora más en su compañía; pero era imposible. Estoy contentísimo de haber visto á V. en su casa, de la que guardo y guardaré siempre agradabilísimo recuerdo».

Sentimientos son estos que puede uno confesar en presencia de todo el mundo, y, no obstante, Humboldt se habría considerado perdido si sus parientes, sus amigos, su secretario, hubieran sabido algo de su intriga, tan filosófica y tan inocente. Á nadie absolutamente dijo nunca una palabra de esto. Para desorientar más completa-

mente á sus allegados, llevó el abuso de las precauciones hasta hacer que un maestro de escuela de aquellas cercanías escribiese de una sola vez la dirección de sus cartas á Carlota. Provisto de algunos centenares de sobres, juzgábase seguro contra las indiscreciones del correo. Hay personas que tienen el furor del misterio, y para quienes la suprema felicidad es tener que ocultar alguna cosa.

Es bien que lo digamos todo. Si á Humboldt no inspiraba Carlota más que un sentimiento tranquilo de buena amistad, hubo tiempo en que esa amiga le había inspirado otro cariño más vehemente. Sin temor de equivocarse, puédese afirmar que Humboldt estuvo enamorado de Carlota, no por mucho tiempo: por tres días. Ocurrió esto en 1788. Como el futuro diplomático estudiaba entonces en Goettinga, la curiosidad le había llevado á Pyrmont, estación balnearia muy visitada. En aquel sitio, en la mesa redonda, vió á una joven de belleza extraordinaria, deslumbradora, adorable. Nada podía igualarse, según parece, á la frescura de sus colores. Abundante cabellera rubia orlaba su rostro, y sus ojos azules tuvieron hasta en su vejez el privilegio de atraer á los hombres y de hechizarlos. Era aquella joven la hija del pastor de Lüderhausen, pueblecito del principado de Lippe-Detmold.

La literatura alemana trata á las hijas de los pastores mucho mejor que á las hijas de los maestros. Preciso es, sin embargo, no juzgar á éstas por el testimonio algo sospechoso de Benjamín Constant, que, corriendo el año mismo en que Humboldt había encontrado á Carlota, llegaba á Goettinga, y escribía á la señora de Chavrière: «He visitado al profesor Heyne, y he visto á su hija. Mi entrada en casa de ésta es un verdadero efecto de tea-

tro: figúrese V. una habitación entapizada de rosa y con cortinas azules; una mesa con recado de escribir, papel orlado de flores, dos plumas nuevas colocadas precisamente en medio, y un lapicero muy bien afilado entre las dos plumas: un escaño con multitud de botoncitos de azul celeste, algunas tazas de porcelana muy blancas con rositas pintadas, y dos ó tres bustos enanos en un rincón; estaba yo deseoso de saber si la persona era lo que aquel conjunto prometía. La persona me ha parecido inteligente y muy sensata». El mismo Benjamín Constant continuaba diciendo que es necesario perdonar algunos caprichos á las hijas de los profesores alemanes: «Desdén hacia el lugar en que habitan, quejas de la falta de sociedad de los escolares á quienes es preciso ver, de la reducida y monótona esfera en que se encuentran, presunción y matices más ó menos pronunciados de romanticismo; tal es el uniforme de su talento; y la señora Heyne, apercebida para mi visita, había tenido la precaución de ponerse el uniforme».

Las hijas de maestros de escuela están destinadas frecuentemente á vivir en poblaciones pequeñas, donde, quiéranlo ó no, hállanse envueltas en todos los enredos, en todos los chismes de vecindad y en todas las murmuraciones. Las hijas de los pastores de aldea viven en un pueblecito donde nadie les disputa su categoría; pueden, por consiguiente, prescindir de la presunción. Humboldt quería mucho á esas princesas rurales, en quienes se unían, á juicio del sabio, las gracias del ingenio con la sencillez de corazón y de modales, y que tenían bastante mundo, sin ser demasiado mundanas. Así se le apareció Carlota, y fué un hechizo. Juntos pasaron tres días felices. No se separaban un solo momento, desde la mañana hasta la noche; paseaban, charlaban....; habíase convertido

Pyrmont para ellos en un lugar de inocentes delicias. Al despedirse de esta criatura adorable, el estudiante de Göttinga la entregó una hoja de álbum; hoja en que había escrito estas palabras: «El amor á la verdad, al bien y á la belleza, ennoblece y exalta el corazón; pero muy poco vale esto si un alma simpática no comparte con nosotros por igual lo que sentimos. Nunca esta convicción ha estado arraigada en mi espíritu con la fuerza que en este momento en que me separo de V., con la esperanza incierta de verla de nuevo». Humboldt había prometido, sin embargo, solemnemente que antes de mucho tiempo iría á visitar al pastor de Lüdenhausen. Aquel estudiante era barón, y no cumplió su palabra. Llamáranse Guillermo ó Alejandro, los Humboldts eran hombres prudentes, dueños siempre de sus inclinaciones, y muy cuidadosos de separar de su camino todo lo que podía embarazarles.

Sin embargo, á través de todas las vicisitudes de su vida, nunca olvidó Alejandro los cabellos rubios ni los ojos azules que habían hecho peligrar su parsimonia durante algunas horas; acordábase de cierto paseo que cierto barón, joven aún, había recorrido acompañando á la hija de un pastor; de cierto banco en el que ambos se habían sentado; y cuando, veintiséis años después, hallándose él en el Congreso de Viena, recibió una carta, en la cual una mujer muy desdichada le confiaba sus penas y le pedía consejos, aquel capítulo de su pasado, evocado tan súbitamente, causó emoción vivísima en aquel diplomático, que se jactaba de conmoverse poco. «No sé, escribía Humboldt á Carlota, si volveremos á vernos; pero aseguro que algo de V. ha quedado en mi alma. Es V. para mí como una aparición del pasado, que no se borrará nunca de mi memoria.... ¡Peregrinas relaciones las nuestras! ¡Dos seres que se vieron durante

tres días, hace ya muchos años, y que tienen muy pocas probabilidades de volver á verse! La pura y honda alegría que experimento en este instante es de una índole tan extraña, que me avergonzaría yo si no confesase que la imagen de V. se ha confundido siempre, dentro de mí, con todos los sentimientos de la juventud, con el recuerdo de unos tiempos que son ya idos, y en los cuales nuestra Alemania era mucho más bella que ahora.»

Compréndese fácilmente que Humboldt se cuidó muy poco de ver á Carlota. Aquel hombre, nada novelesco, había tenido en otro tiempo su novela: temía estropearla. Como Carlota hubiese encomendado á su amigo el encargo de resolver si debía ella vivir en Brunswick ó en Goettinga, le respondió: «Cuando estaba yo en Brunswick no conocía á V.; en Goettinga pensé en V. muy á menudo. Trasládese V. á Goettinga». Al goce de recordar se unió muy pronto el placer de hallarse con una conciencia á la cual dirigir. Carlota le había escogido, entre todos, para confesor suyo, para su director espiritual. Juzgaba Humboldt que para un hombre es bueno y honroso tener la custodia de un corazón femenino que se abandone á él completamente sin reserva y de buena fe. No pongamos en olvido que era infinitamente curioso.

En los ratos de vagar que le dejaba el estudio del chino, del kawi y del hombre primitivo, su pasión dominante, así lo confesaba él mismo, era la de estudiar á los hombres y á las mujeres de su tiempo; la de representarse exactamente su manera de vivir y de pensar. «Los defino, los clasifico, los agrego á ideas generales, y hago de todo esto una ciencia particular.» Carlota era una persona digna de ser definida y clasificada. Humboldt exigía de ella, no ya solamente que le escribiese con frecuencia, sino que le refiriese circunstanciadamente toda

su historia año por año. Reservábale, sin duda, algún párrafo en su tratado de antropología comparada, con cuya publicación soñó mucho tiempo. Así pasamos desde la emoción á la curiosidad; la correspondencia después se convierte en costumbre, y nuestras costumbres nos son más queridas á medida que envejecemos. Humboldt, aconsejando y consolando á su amiga, realizaba indudablemente una buena obra; pero en ella encontraba su ventaja y su placer, y es lícito decir, sin que estas palabras le ofendan, que ese género de beneficencia era lo que á él más le gustaba.

Carlota conservaba religiosamente las cartas de su ilustre amigo: pero había ordenado á éste que destruyera las escritas por ella. De Carlota consérvanse solamente las que escribió á sus hermanas, y que una persona, animada de piadoso celo por la memoria de aquélla, se tomó el trabajo de coleccionar. Mr. Otto Hartwig las publicó, agregando á ellas una noticia interesante y cúriosa, en que se halla casi todo lo que nos importaba saber. Gracias á él y á sus investigaciones, conocemos desde ahora á la hija del pastor de Lüdenhausen, y podemos, á nuestra vez, definirla y clasificarla.

Aún no había cumplido veinte años, cuando tuvo una desdichada y ruidosa aventura. La pobre se aburría en su aldea, y deseaba salir de ella á toda costa. No obstante la decidida oposición de su familia, Carlota resolvió casarse con el doctor Diede, procurador del Supremo Tribunal de Cassel. Este doctor en derecho era rico, pero de alma grosera, de carácter brutal, y aunque muy vehemente en sus amores, nunca supo respetar aquello que amaba. Desde los primeros días adquirió Carlota el convencimiento de que sentía hacia él antes aversión que cariño. Habíala educado su padre en los principios más

severos; pero ella inventó para uso propio otros que no lo eran tanto. Habíase unido muy íntimamente á una mujer demasiado ligera y que ejercía sobre Carlota gran predominio; esta mujer le demostró con su ejemplo que existen arreglos especiales en la ley del matrimonio.

Á más de esto, Carlota vivía en una época en la cual proclamaban muchos los derechos imprescriptibles de la pasión, predicaban la libertad de los corazones, el amor libre, la vida racional en oposición á la vida estúpida. En Weimar, como en Jena, existían mujeres de las cuales se hablaba mucho; rodeábaselas de homenajes, y, para lisonjearlas, los filósofos y los poetas enseñaban que ciertos deberes son solamente preocupaciones del vulgo. «No se toma en serio el matrimonio, *die Ehen gelten nicht*», decía Juan Pablo. En Cassel no iban mucho mejor que en Weimar estas cosas. El *landgrave* Guillermo IX no pensaba, ni mucho ni poco, en moralizar á sus súbditos. Andábase ya en su tercera amante oficial, en la cual tuvo hasta diez y ocho hijos. Carlota Diede cedió á la corriente, y acabó por creer que puede una casarse con un hombre á quien no ama, sin que esto pueda tener consecuencias, y que existen consuelos permitidos.

Su marido fué muy imprudente. Aquel hombre brutal estaba orgulloso de la hermosura, del talento de su mujer y de la admiración de que ella era objeto. Entre los admiradores que frecuentaban su casa, había un oficial llamado Von Hanstein, capitán en el regimiento de granaderos de la Guardia. Tenía un alma bastante vulgar; pero era de muy buena familia, de formas hercúleas y de maneras muy agradables. Aunque su cara estaba muy picada de viruelas, tenía fama de ser el más irresistible de los seductores, y muy pronto se vanaglorió de haber sido afortunado con la hermosa señora de Diede. El ma-

rido concibió sospechas, dió gran escándalo, maltrató á su mujer, que, abandonando el domicilio conyugal, buscó refugio en casa de su amante.

El doctor Diede entabló demanda de divorcio, y lo obtuvo muy fácilmente. Carlota no tardó mucho en deplorar su calaverada; pero se lisonjeaba con la esperanza de salvar su reputación casándose con su capitán de granaderos, á quien adoraba. Entretúvola Hanstein con promesas durante catorce años, la engañó con vanas esperanzas, ligándose ó desligándose, sin pudor, hasta el día en que se casó con otra. Carlota pagó muy cara su falta. Necesitaba ilusiones, y al perderlas, poco le faltó para que perdiese la vida. La infeliz pasó el resto de su existencia entre las amarguras del remordimiento y las inquietudes del deseo. Estaba desconsolada, y pobre y enferma. Tenía la desgracia de colocar mal los capitales, y su modesta fortuna desapareció en ese abismo. Quedábanle, sin embargo, sus dedos de hada, de los cuales se sirvió para fabricar flores de exquisito gusto; éste fué su único medio de subsistencia. Pero era preciso trabajar sin descanso, acostarse muy tarde, levantarse muy temprano. Su valor se sobrepuso á todas estas pruebas, y las venció.

Aunque su salud estaba muy quebrantada y su belleza había disminuido bastante, aún inspiraba grandes pasiones. No era posible acercarse á ella sin amarla. Las declaraciones que se le dirigían no eran ciertamente para disgustarla. Carlota no se enojaba; asombrábase, prorrumplía en exclamaciones de sorpresa, y reñía al enamorado, aunque con dulzura. De ella dependió el casarse con otro oficial que tenía más corazón que Hanstein. Pero era suspicaz, muy celoso, y Carlota no supo tranquilizarle. Aunque creyó ella que la amaba con verdadera

pasión, tan pronto quería, tan pronto no quería, y alternativamente adelantaba ó retrocedía. «V. ama á todos y no ama á ninguno» (decía él encolerizado). Y á impulsos del despecho, levantó el sitio. Poco después un hombre casado, muy rico, que había hecho á Carlota algunos favores de dinero, le insinuó proposiciones que ella rechazó con horror. Carlota no había nacido para ser feliz; era demasiado coqueta para mujer honrada, y demasiado honrada para coqueta. Sea uno lo que fuere, es menester que lo sea del todo; es el mejor medio para tener probabilidades de lograr algo en el mundo.

Carlota fué mucho tiempo coqueta, y siempre romántica. Nunca supo aceptar la vida por lo que la vida es, ni ver á los hombres tales cuales son. Era tan sincera en su comportamiento, cuanto había sido cándida en su falta, y poseía toda clase de virtudes: honor, desinterés, valor; todas las soberbias de un alma grande. Hubo de contraer deudas en más de una ocasión, y entonces se imponía á sí misma, sin regatearlas y sin quejarse, todas las privaciones necesarias para saldar sus cuentas. Conforme avanzaba en edad, adquiría más delicadeza en sus sentimientos; las cartas que publicó Mr. Hartwig dan fe de esto, y el estilo es en todas tan noble cuanto abundante y fácil. Solamente le faltaba una cosa, cuya ausencia perjudica mucho: sentido común. Adoró neciamente en su capitán de granaderos, que le quitaba dinero, y después le reprochaba el humillar á su amante trabajando para vivir. Y Carlota, sin embargo, se obstinaba en considerarle como el más magnánimo de los mortales; necesitó una experiencia de más de dos años para convencerse de que su héroe era un bribón que se burlaba de ella.

Cuando estuvo desengañada, buscó en otra parte un corazón honrado al que poder unirse. Nadie solicitó más

que su amor; pero la confianza faltó siempre, y Carlota se indignaba. Quejábase constantemente de que el mundo fuese implacable; que no comprendiese que el sincero arrepentimiento lava la falta, y que la experiencia transforma las almas. El mundo, efectivamente, cree con mucha dificultad en el arrepentimiento, y admite con más dificultad aún que haya mujeres que sólo cometan una falta y que se sientan curadas para siempre del deseo de volver á empezar. Tenía Carlota unos ojos tan dulces, que no era fácil faltara quien se prestase muy gustoso á consolarla; pero á ella no le bastaba el amor; exigía el respeto y la fe que no razona. «He hecho descubrimientos muy crueles, escribía Carlota á su hermana. Derramo todas las lágrimas de mis ojos al pensar que la sociedad es bastante injusta para no dar al olvido un extravío de la juventud; extravío rescatado por muchos años de una conducta irreprochable. Por dondequiera que mi pasado se desconoce, todos se dirigen á mí con bondad y me prodigan muestras de estimación; se informan después, y se alejan todos de mí; aunque, por último, muden de parecer cuando me conocen mejor. Pero mi pobre corazón sufre cruelmente; me reconcentro en mí misma, y me encierro en mi soledad triste.»

Le parecía que se hallaba rodeada de ciegos que no querían dejarse batir las cataratas. ¿Era posible que se pasase un cuarto de hora al lado suyo sin adivinar los tesoros de ternura que ocultaba ella en el fondo de su alma? ¿Sin comprender que existía en ella lo necesario para labrar la completa dicha de un hombre? Respetar á Carlota Diede y hacerse amar por ella.... ¡Oh! Esto habría sido disfrutar en la tierra todas las delicias del cielo.

Pero no; los que la amaban no sabían creer, ni aun se

limitaban á dudar : eran suspicaces, sombríos, celosos. Otros le decían : « V. es seductora , y solamente en V. consiste proporcionarse tranquilidad y comodidades. Dobleque V. un poco su carácter ; transija con sus principios ; procure parecerse á todo el mundo ; acepte V. las proposiciones que se le hacen , y deje V. á un lado esas ínfulas ; al fin y al cabo V. no es una reina ». Erguíase entonces Carlota , y con el dedo señalaba la puerta al insolente ; y esto era un consuelo para su orgullo ultrajado y herido. ¡ Ay ! El insolente partía ; pero el disgusto se quedaba , y de día en día aproximábase la vejez poco á poco. De muy buena gana habría dicho Carlota , como Safo : « La dulce manzana madura en el extremo , muy en el extremo de la rama , y allí la han olvidado los recolectores de manzanas.... No , no la han olvidado ; es que no han sabido cogerla » .

No pudiendo sustraerse á sus pesares , trató de adormecerlos. La religión fué su auxilio y su refugio. El sufrimiento exaltaba su espíritu , y del mismo modo era novelesca en materia de dogma y de prácticas religiosas que en los juicios que formaba acerca de los hombres.

Le parecía que algún ser muy poderoso y muy perverso se encarnizaba persigiéndola ; que el mismo diablo en persona impedía á los capitanes de granaderos casarse con las mujeres que los amaban , y suplicaba á los tronos y á las dominaciones que la salvaran del demonio. Carlota se curaba muy poco de la Providencia universal ; necesitaba una *providencita* particular que realizara milagros en favor de Carlota Diede. Deseaba que su Dios fuera para ella más que para los otros mortales ; que le perteneciese y le revelase su presencia por medio de avisos secretos. Para poner á prueba á su Dios , determinó

tomar un billete de cierta lotería, á pesar de que se habían ya tirado cinco series. El billete le costó treinta *thalers*: Carlota ganó dos mil, que tardó muy poco en perder. El sentido común es un consejero más seguro que las suertes bíblicas.

Es muy presumible que cuando en 1814 concibió de pronto el pensamiento de refrescar la memoria de Humboldt, y de pedirle algún auxilio, le viese á través de sus recuerdos, y se creyera todavía en Pymont. Carlota esperaba indudablemente de aquel sabio algo más de lo que el sabio podía darle, y debió de costarle bastante trabajo acomodarse á la moral austera que él le predicaba.

Adivínase en las cartas de Humboldt el temor de que Carlota se equivocase, el deseo de detenerla en una pendiente peligrosa, y de volver al buen camino aquella imaginación expuesta á extraviarse.

En 16 de Julio de 1825 le escribió Humboldt: «Siento mucho que V. se queje siempre de sus negras melancolías, que no puedo aprobar, y que V. debe combatir á todo trance, querida Carlota. Lo atribuyo en parte al exceso de trabajo; pero seguramente ninguna responsabilidad me alcanza en esto. Si sabe V. leer mis cartas, verá en ellas, y en cada una de sus líneas, el interés, el afecto que V. me inspira, y el contentamiento que me causaría saber que era V. dichosa. Tengo una idea muy clara de lo que podemos ser el uno para el otro. V. conoce perfectamente mis sentimientos hacia V.; por breve, por efímero que haya sido nuestro primer encuentro, siempre he conservado de él un recuerdo querido, y he aprovechado apresuradamente la ocasión de manifestar á V. mi simpatía. Nuestra hermosa y tranquila amistad, tan adecuada á mi edad cuanto á mis inclinacio-

:

nes, puede durar hasta el término de nuestra existencia; aquí nada hay, ni en V. ni en mí, según entiendo, que á esto se oponga. Si, como creo firmemente, puede V. contentarse con esto, iré todo perfectamente». Como hombre prevenido, desconfiaba Humboldt del precipicio, y colocaba pretilles á los dos lados del puente.

No hay obra de misericordia más difícil que la de consolar á los afligidos. El filósofo *Citófilo* respondió cierto día á una mujer, que procuraba conmoverle con la relación de sus desgracias, que la historia universal no es sino un encadenamiento de desventuras; que la reina Enriqueta había visto morir en el cadalso á su *augusto* esposo; que María Estuardo había sido decapitada; que la hermosa Juana de Nápoles había sido presa y ahorcada. «Lo siento por ellas», respondió la señora, y tornó á sus melancolías. Guillermo de Humboldt, para consolar á Carlota Diede, procedió completamente al contrario. Nunca pensaba en recordar que todos tenemos nuestros disgustos; antes se complacía en repetirle que existían personas completamente felices, y que Guillermo Humboldt estaba entre ellas. Narraba sus prosperidades, describía su hermoso castillo de Tegel, sus antigüedades, sus mármoles, sus estatuas, una cabeza de Medusa en pórfido (regalo de un Sumo Pontífice), una bonita ninfa sacando agua que ornaba uno de los huecos de su salón.

Aunque no tenemos las cartas de Carlota, las respuestas de su buen amigo bastan para que las conozcamos. La conversación epistolar sostenida entre ambos puede resumirse del modo siguiente:

«Pero, ¿qué?, preguntaba, lanzando suspiros, la persona afligida y pobre y enferma. ¿V. es real y efectivamente dichoso?—Seguramente; ¿cómo no había yo de

serlo? Durante mi vida he disfrutado de la libertad que da la fortuna, y he podido entregarme sin obstáculos á mis gustos. Mi salud es buena; mi carácter igual. Las contrariedades del destino me importan muy poco. Ni el mal tiempo, ni la bruma del invierno me entristecen; un cielo nublado tiene á mis ojos su encanto, y no conozco en el mundo nada de que no pueda yo sacar algún deleite ó algún provecho. Cuando ha sido menester que renunciase yo á los negocios, me ha costado muy poco hacerlo; el estudio ha sustituido perfectamente á todo. Trabajo durante todo el día; no salgo de mi habitación hasta muy entrada la noche, y estoy constantemente tranquilo, ocupado siempre, y á todas horas contento de mí mismo y de los demás.—¿De modo que nada echa V. de menos?—No; desconozco la esclavitud del deseo. Sé gozar y sé también privarme de goces. Tengo siempre muchísimo gusto en ver á mi esposa, á mis hijos, á mis amigos; cuando no los veo, no me hacen falta; me las arreglo de suerte que me basto á mí mismo.—Según eso, V. que me manda escribirle, V. que asegura que mis cartas le complacen, ¿no tiene necesidad de recibirlas?—¿Qué voy á decirle sobre eso, mi querida Carlota? Los verdaderos placeres son aquellos de los cuales podemos prescindir, porque toda necesidad es un dolor que empieza.—¡Dios mío! (exclamaba Carlota, asombrada por la insolencia de esa felicidad.) ¿Qué necesito hacer para sufrir menos?—Necesita V. hacer lo que yo: mirar con indiferencia muchas cosas; convencerse de que todo lo que nos ayuda á madurar es bueno; tener cuidadosamente equilibrado el espíritu; adquirir este reposo del corazón que he poseído desde joven y que es preferible á la alegría.»

Carlota fingía aprobar aquel método, pero hallaba infinitas dificultades para seguirlo; y aquellos recursos que

Humboldt tanto elogiaba, no eran para utilizados por ella. Aconsejábala que se olvidase de sus desdichas contemplando el cielo estrellado. «¿Ha observado V., le escribía, la hermosura del cielo en estas últimas noches de Septiembre y de Octubre? Tres planetas y una estrella de primera magnitud se encontraban reunidos; descubriáse á Marte y á Júpiter en la constelación del León; Venus brillaba al lado de la estrella Sirio. El instante de más belleza era entre las tres y las cuatro de la madrugada. Mi mujer y yo nos hemos levantado casi todas las noches, y hemos permanecido mucho tiempo asomados á la ventana, y gozando con aquel espectáculo. Siempre he sido muy aficionado á contemplar las estrellas. Mirándolas se desprende el alma de todo lo terreno. Frente á esos infinitos mundos esparcidos en las inmensidades del espacio nos sentimos anulados; nuestros destinos, nuestros placeres, nuestras privaciones, cosas todas á las cuales concedemos tanta importancia, se reducen á la nada. Añada V. á esto que esas estrellas siempre en movimiento envuelven todas las generaciones de los hombres y todas las épocas de la naturaleza; todo lo han visto desde el principio; lo verán todo hasta el fin. Es este un pensamiento en el cual me gusta abismarme. V., querida Carlota, hará perfectamente estudiando la astronomía; si V. quiere, le daré instrucciones acerca de esto, indicándole los libros que pueden serle útiles.»

Carlota hacía siempre lo que Humboldt le decía; se puso, por consiguiente, á mirar al cielo; pero no consiguió olvidar sus penas; buscaba Carlota en la inmensidad del firmamento el astro en que hallaría ella su felicidad al abandonar esta tierra tan triste. Humboldt la reprendía por esto; el sabio no se cansaba de repetirle que el verdadero contentamiento consiste en desprenderse de sí

propio, y desligarse del corazón para vivir en el mundo de las ideas eternas, inmutables, que son para el hombre manantial de una felicidad sin males, y la amistad única que no le engaña nunca. Carlota procuraba creerle en esto; poníase con mil dificultades en camino hacia el mundo de las ideas; pero llevaba siempre consigo sus recuerdos, sus remordimientos, sus dolores. Pensaba en las perfidias de Hanstein, en las crueldades de los hombres con respecto á ella, y por grandes esfuerzos que hiciese para huir de ella misma, tornaba á encontrar en todas partes á Carlota Diede. Es cierto que cuando hay incertidumbre é inquietud para el mañana; cuando se necesita pasar la noche elaborando flores artificiales; cuando se tienen acreedores que apremian, es más difícil de practicar el *amor intellectualis* de Spinoza ó la *ataraxia* de los estoicos, que cuando se tiene la fortuna de ser barón, de no tener acreedores ni penas del alma, de habitar en Tegel un hermoso castillo muy cómodo, lleno de estatuas que llevan sobre su frente y en sus ojos sin mirada la serenidad del Olimpo.

Refiriéndonos al testimonio de una amiga suya, Carlota se atormentó, se maltrató hasta la hora de su muerte. «Había en ella siempre, así nos dicen, como una llama de inquietud (*Es war bis ans Ende der Tage eine flammende Unruhe su ihr*). Y, no obstante, las cartas de Humboldt eran para Carlota un consuelo que el cielo mismo le enviaba. Era muy dulce á Carlota Diede pensar que un grande hombre se acordaba de ella y se dignaba exhortarla á que contemplase el cielo. Tratábale de «amigo celestial, amigo divino». No eran precisamente los consuelos los que la halagaban, sino el hombre que pretendía consolarla, y en esto, lo mismo que en todo, Carlota era verdaderamente mujer. El amigo divino y celestial

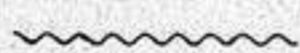
no cumplió sus deberes hasta el fin. Durante mucho tiempo Humboldt pasó á Carlota una pensión de cerca de cuatrocientos francos, que le era, en verdad, muy necesaria para nivelar su presupuesto. Pero murió en 1835, sin dejar nada á su querida amiga. Mr. Gutzkow quiere explicar esto atribuyéndolo á la desidia del filósofo; Mr. Hartwig lo explica por su amor al misterio: no quiso que sus herederos hallasen el nombre de Carlota en el testamento. Nos inclinaríamos más á creer que Humboldt había ajustado cuentas en su cabeza, y encontrado que estaba quitado y cumplido con la amistad. Lo mismo que su hermano Alejandro, Guillermo de Humboldt era de esos hombres que calculan todas sus acciones como todas sus generosidades, y que saben perfectamente dónde acaba el deber y comienza la tontería. La pobre Carlota estaba destinada á experimentar, unos en pos de otros, todos los desamparos. No por esto dejó de ser amada por ella la memoria de su amigo divino. Pero la vejez comenzaba á hacerle sentir sus achaques; las enfermedades llegaban, y sus dedos de hada comenzaban á rehusar sus servicios. Poco tiempo después vióse precisada Carlota, para no morir de hambre, á elevar al rey de Prusia, Federico Guillermo IV, una solicitud, que fué atendida. El rey concedió á Carlota Diede una pensión de poco más ó menos mil francos, que la pobre hubo de disfrutar poco tiempo. Al año siguiente ya había muerto; en el cementerio de Cassel disfrutó Carlota, por vez primera, de tranquilidad y reposo.

Las cartas que le escribió Humboldt serán siempre de muy interesante lectura; en ellas se encuentra por dondequiera la huella de un gran talento. Pero faltaba allí el encanto, la naturalidad, la sencillez que se abandona. Esa sabiduría tan segura de sí misma y tan sober-

bia en su candidez aparente ; esa prudencia nunca desmentida, sin debilidades, que dedica su vida á verse vivir, que no sabe ni regocijarse, ni conmoverse, ni enojarse, produce á la larga un malestar secreto. ¿Qué vendría á ser este pobre mundo si arrojásemos de él la risa, la misericordia santa y los santos enojos? En 1814 había dicho Gœrres : « Guillermo de Humboldt es claro y frío como sol de Diciembre ». Las *Cartas á una amiga* tienen la severa belleza de un día de invierno, sereno y claro. En el cielo no hay una nube, el aire es puro, el sol brilla sobre los árboles cubiertos de escarcha ; pero ese sol no es el que hace que las rosas florezcan y canten los pájaros.

VÍCTOR CHERBULIEZ.

ENRIQUE HEINE



I.

LA última vez que vi á Enrique Heine fué algunas semanas antes de su muerte: necesitaba yo escribir una noticia ligera sobre la reimpresión de sus obras; hallábase en el lecho en que lo tenía postrado aquella indisposición leve, al decir de los médicos, pero que no le había permitido levantarse hacía ocho años; había, pues, seguridad de encontrarle siempre, como él mismo hacía observar; y, sin embargo, poco á poco crecía la soledad en rededor suyo; por eso decía Heine á Berlioz, que había ido á visitarlo: «¿Viene V. á verme?.... ¡V. siempre tan original!» Y no era que se le quisiese ó se le admirase menos; era que la vida arrastra, á pesar de ellos mismos, á los corazones más fieles; sólo una esposa ó una madre pueden no abandonar una agonía tan prolongada. Los ojos humanos no podrían resistir sin apartarse, la contemplación por tiempo muy largo del espectáculo del dolor. Las mismas diosas se cansan de eso, y las tres mil Oceánidas que se fueron á consolar á Prometeo en su cruz del Cáucaso, tornáronse aquella misma noche.

Cuando mis ojos fueron acostumbrándose á la penumbra de la estancia, pues una luz demasiado viva hubiese herido la vista casi apagada del enfermo, distinguí un sillón próximo á la cama del pobre achacoso, y en él tomé asiento. El poeta, haciendo un esfuerzo, me tendió una mano pequeña, suave, blanda, mate y blanca como una hostia, una mano de enfermo, alejada de la influencia del aire libre, y que no ha tocado nada, ni siquiera una pluma, desde hace muchos años. Nunca los más duros huesecillos de un esqueleto habían estado revestidos de una piel más suave, más untuosa, más satinada, más cuidada. La calentura, á falta de vida, ponía en ella algún calor, y, no obstante, al tocarla experimenté un ligero estremecimiento, como si hubiese tocado la mano de un ser que ya no pertenecía á la tierra.

Con la otra mano, para verme, había levantado el párpado paralítico del ojo, que en él conservaba una percepción confusa de los objetos, y le dejaba todavía adivinar un rayo de sol como á través de una gasa negra. Después de que hubimos cruzado algunas frases, cuando supo el motivo de mi visita, me dijo: «No se compadezca V. demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Ambos Mundos*, en la que me representan demacrado y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya suficientemente en favor mío la sensibilidad de las gentes bondadosas; no soy aficionado á los retratos en que hay parecido; quiero ser retratado hermoso, como las mujeres bonitas. V. me ha conocido cuando era yo joven y robusto; sustituya V. con aquella mi imagen antigua, esta efigie lastimosa de ahora».

Efectivamente: el Enrique Heine á quien había yo sido presentado en 183....., poco tiempo después de su llegada á París, en nada se parecía al que á la sazón es-

taba tendido ante mi vista, inmóvil, como el cuerpo que espera á que se le coloque en el ataúd.

Era un hombre hermoso, de treinta y cinco á treinta y seis años; hubiérasele tomado por un Apolo germano, al ver su elevada frente, blanca, pura como una mesa de mármol, sombreada por masa abundante de cabellos rubios.

En sus ojos azules resplandecían la luz y la inspiración; sus mejillas redondas y blancas y de un contorno elegante, no estaban cubiertas por la lividez romántica de moda en aquella época. Muy al contrario: el matiz rojo aparecía allí clásicamente; una ligera curvatura hebraica contrariaba, sin alterar su pureza, la intención que su nariz había tenido de ser griega; sus labios armoniosos, «semejantes como dos bellos pareados», para servirme de una frase suya, tenían en reposo una expresión encantadora; pero cuando hablaba, de su arco rojo surgían silbando flechas agudas, dardos sarcásticos, que jamás erraban el blanco; porque nadie fué nunca más cruel que Heine para con los tontos.

Una ligerísima gordura, algo pagana, que debía expiar andando el tiempo con una flacidez completamente cristiana, redondeaba sus formas; no llevaba barba ni bigote; no bebía cerveza, y, como Goethe, profesaba odio á tres cosas; hallábase entonces en el apogeo de su furor hegeliano; si le repugnaba creer que Dios se había hecho hombre, admitía, sin dificultad, que el hombre se hubiese hecho Dios, y obraba en consecuencia. Dejémosle á él mismo la palabra para que cuente aquella espléndida embriaguez intelectual: «Era yo, yo mismo, la ley viva de la moral; yo era impecable, yo era la pureza encarnada; las Magdalenas más comprometidas fueron purificadas por las llamas de mis ardores y tornaron á ser vírgenes

entre mis brazos; es cierto que esta restauración de virgindades estuvo muy á punto de agotar mis fuerzas; era yo todo amor, y me hallaba exento de odio; nunca me vengaba de mis enemigos, porque yo no admitía enemigos frente á mi personalidad divina; eran solamente incrédulos, y la ofensa que me hacían era un sacrilegio y las injurias que de mí decían eran otras tantas blasfemias. Era menester, sin embargo, de tiempo en tiempo, castigar tales impiedades; pero aun entonces sólo un castigo divino alcanzaba al pecador, no una venganza de rencores humanos. Tampoco admitía yo, en lo que á mí respecta, amigos, sino fieles creyentes, y ya les hacía demasiado favor. Los gastos de representación de un Dios que no quiere ser avaro y que no economiza ni su bolsa ni su cuerpo, son enormes. Para representar ese papel soberbio, es necesario ante todo poseer mucho dinero y estar dotado de muy buena salud; ahora bien: el día en que yo menos lo esperaba,—era á fines del mes de Febrero de 1848,—me faltaron ambas cosas, y mi divinidad sufrió con esto tal sacudida, que se hundió miserablemente. »

Yo vi muchas veces á Heine durante aquel período divino: era un Dios encantador,—maligno como un diablo,—y muy bueno, digan lo que quieran. Que él me considerase como su amigo ó como su creyente, me importaba muy poco, con tal de que yo gozase de su chispeante conversación; porque si Heine fué pródigo de su dinero y de su salud, lo fué más todavía de su talento. Aunque hablaba perfectamente el francés, algunas veces se divertía disfrazando sus sarcasmos con una pronunciación de tudesco cerrado, que exigiría, para ser reproducida, las peregrinas onomatopeyas de que usa Balzac en su *Comedia Humana* para representar las poco regulares

frases del barón de Nucingen: el efecto cómico era entonces irresistible; era Aristófanes hablando con la práctica de Enlenspiegel.

Mezclábase á su lirismo una especie de fuerza regocijada, y si los rayos de la luna de Alemania plateaban uno de los lados de su fisonomía, el sol alegre de Francia doraba el otro. Ningún otro escritor demostró, á un tiempo mismo, tanta poesía y tanto ingenio: dos cosas que ordinariamente se destruyen; en cuanto á la sensibilidad nerviosa que tantos encantos presta á *L'Intermezzo*, *El Tambor Legrand*, *Los Baños de Lacque* y á tantas páginas de los *Reisebilder*, ocultábala Enrique Heine en la vida ordinaria con pudor exquisito, y detenía á tiempo, con alguna palabra oportuna y graciosa, las lágrimas próximas á desprenderse.

En lo que á su modo de vestir y de presentarse se refiere, si bien no presumió nunca de elegante, cuidábalos más de lo que generalmente era necesario entre los literatos, á quienes siempre algún descuido echa á perder veleidades de lujo. Las habitaciones distintas en que vivió no tenían eso que llamamos hoy el sello del artista; es decir, no estaban atestadas de muebles maqueados, de bocetos, de otras curiosidades de mírame y no me toques; antes, por el contrario, presentaban una comodidad esencialmente burguesa, en que el propósito firme de huir de las excentricidades parecía manifiesto. Un hermoso retrato de mujer hecho por Laömlein, y que representaba á la Julia de quien habló el poeta en las primeras páginas de *Atta-Trill*, es el único objeto de arte que recuerdo haber visto en su casa.

Para apuntalar su divinidad, que vacilaba un poco, Enrique Heine fué á Cauterets á pasar la temporada de los baños, y allí compuso aquel peregrino poema cuyo

héroe es un oso, y en el que se mezclan con la poesía más idealista los más extravagantes caprichos, y yo lo perdí de vista por algún tiempo.

II.

Cierta mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por mi doméstico, no pude comprender, solicitaba hablarme. Bajé á la habitación en que recibía yo las visitas, y vi á un hombre muy flaco, cuyo semblante recordaba el de Gericault, y terminaba en una barba puntiaguda, rubia, y en la cual veíanse blanquear muchos hilos de plata. Buscaba yo entre mis recuerdos quién podría ser aquel huésped matinal que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un amigo antiguo. No conseguí juntar su nombre á aquella cara tan cambiada; pero, transcurridos algunos minutos de conversación, un rasgo ingenioso del desconocido me hizo exclamar: «Este es el diablo, ó es Heine». Era, efectivamente, Heine, convertido de Dios en hombre.

Pocos meses después, Enrique Heine caía en cama para no levantarse más; permaneció ocho años clavado en la cruz de la parálisis por los clavos del padecimiento. Durante esta larga agonía, presentó el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo, del espíritu prescindiendo de la materia; la enfermedad le había arrugado, demacrado, disecado como á su antojo, y en aquella estatua de dios griego había tallado, con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media, un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas

aparecían salientes. Aun así desfigurado, Enrique Heine era todavía hermoso; y cuando levantaba su párpado caído, brillaba una chispa en su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella cara muerta; Lázaro salía de su fosa por algunos minutos; aquel espectro, que, envuelto en sus sábanas, parecía estatua fúnebre yacente sobre un monumento, hallaba voz para hablar, para reír, para lanzar ironías ingeniosas, para dictar páginas seductoras, para dar rienda suelta á sus estrofas aladas, y en aquellos días en que la piedra de su tumba mortificaba con más dureza sus miembros, para gemir lamentaciones tan tristes como la de Job en su estercolero. Sus amigos debieron alegrarse de que aquella espantosa tortura concluyese al fin, y de que el verdugo invisible diese el golpe de gracia al infeliz atormentado; pero pensar que aquel luminoso cerebro, amasado con luz y con risas, del que surgían las imágenes zumbando como abejas de oro, sólo resta hoy un poco de pulpa gris, es un dolor al que no es posible resignarse sin protesta.

Cierto que estaba en vida encerrado en un ataúd; pero, acercándose á él, era posible oír á la poesía cantar bajo el negro ropaje.

¡Cuánto apenaba el ver uno de esos microcosmos— más vastos que el universo y contenidos en la reducida bóveda de un cráneo—roto, perdido, aniquilado! ¡Cuántas y cuán lentas combinaciones habrá menester la naturaleza para formar una cabeza parecida!

Enrique Heine había nacido en el día 1.º de Enero del año 1801, circunstancia que le hacía decir, riéndose, que él era el primer hombre del siglo. Topffer observa los inconvenientes que hay, cuando se envejece, en llevar las centésimas del siglo, que perpetuamente nos recuerda nuestra edad y parece que nos arrastra con él. Heine

abandonó á su compañero en el quincuagésimosexto viaje.

El tiempo era frío, nublado, triste; las horas señaladas para la conducción del cadáver, las de la mañana; unos pocos amigos y admiradores del poeta se paseaban delante de la casa mortuoria, esperando que el fúnebre cortejo se pusiese en marcha para el cementerio. Heine había prohibido toda pompa, toda ceremonia; considerábase como muerto desde hacía mucho tiempo, y quería que lo poco que de él quedaba saliese en silencio de aquella habitación que no debía abandonar sino para trasladarse á la tumba. La vista del féretro, muy largo, muy ancho y muy pesado, en que aquellos restos pequeños estaban tendidos más desahogadamente que en su lecho, evocó en todos nosotros el recuerdo involuntario de este pasaje del *L'Intermezzo*: «Id á buscarme un ataúd de tablas sólidas y gruesas: es menester que sea más largo que el puente de Maguncia; y traedme doce gigantes más fuertes que el vigoroso San Cristóbal de la catedral de Colonia, del Rhin; es necesario que lleven el ataúd y lo arrojen al mar; un ataúd tan grande pide una grande fosa. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy á depositar en él juntamente mi amor y mis penas».

En efecto: el ataúd no era demasiado grande; y si no fué arrojado al mar, se le depositó en una huesa provisional en presencia de poetas y de artistas franceses y alemanes poco numerosos, que permanecían formados respetuosamente, convencidos de que asistían á los funerales de un monarca del talento, aunque no había allí ni gran cortejo, ni marchas fúnebres, ni tambor con crespones, ni negro estandarte con estrellas, ni discurso enfático, ni blandones de amarilla cera. Colocada la lápida, cada

cual tornó á descender por la triste colina, y fué á perderse en el hormiguero infinito de la vida humana.

Pocos poetas me han conmovido y emocionado como Heine. Desconozco el idioma alemán, es cierto, y sólo he podido admirarle en las traducciones; pero ¡qué hombre será este cuando, aun privado del ritmo, de la rima, del feliz ordenamiento de las voces, de todo lo que constituye el estilo, en una palabra, produce todavía efectos tan maravillosos!—Heine es el poeta lírico más grande de Alemania; su sitio está naturalmente al lado de los de Goethe y Schiller; tal aparece á mis ojos, aunque la poesía traducida en prosa no sea sino un rayo de luz envuelto en paja, como Heine mismo ha dicho.

Ninguna naturaleza hubo nunca que se compusiera de elementos más heterogéneos que la de Enrique Heine; era simultáneamente alegre y triste, creyente y escéptico, tierno y cruel, sentimental y burlón, clásico y romántico, alemán y francés, delicado y cínico, entusiasta y lleno de sangre fría; todo, menos fastidioso. Á la más pura plástica griega, unía el sentido moderno más exquisito; era verdaderamente el Euforión hijo de Fausto y de la hermosísima Elena.

No es propio de este sitio examinar y apreciar su obra, que hablará por sí misma; pero no podemos por menos de indicar la impresión que nos produce.

Cuando se abre un tomo de Heine, parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las marmóreas esfinges de la escalinata afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales y nos miran con sus ojos en blanco, con una intensidad que asusta; sobre su lomo leonado se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita como si latiese un corazón bajo aquellos contornos rígidos; rechinan las puertas al girar sobre

:

sus goznes enmohecidos, y se cree ver el pliegue de un vestido que desaparece bajo un arco, como si el espíritu de la soledad huyese sorprendido por nuestra llegada. El musgo, las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas de la terraza; los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiésemos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus pétalos brillan como lágrimas; las flores, ahogadas por las hierbas nocivas, exhalan perfumes extraños que producen vértigos. En el estanque el agua negruzca se corrompe bajo la hierba verde, y la náyade roja es chata como la estampa de la muerte. El sapo salta á través de los senderos y va á contar nuestra llegada á su tía la víbora. Sin embargo, el viento suspira sus elegías, y el ruiseñor canta sus penas de amores idos; en la ventana de la casa, casi destruida, aparece una doncella fresca y rubia, envuelta en su bata de raso, semejando á esas hadas neerlandesas que Gaspar Nestcher se agrada de pintar en un fondo de rocas ó de dulcamaras; es encantadora, pero no tiene corazón, y en su seno se encierra un pozo de nieve. Jamás caerá en falta con nosotros; pero si tenemos alma y nervios, valiéranos más habernos enamorado de una de esas mujeres que llevan pintado el vicio en sus pómulos enrojecidos. Esa doncella nos dará la muerte con mil suplicios inocentemente diabólicos, y ni en el día del juicio osaremos resucitar, por miedo de volver á verla.

Heine tiene de común con Goethe que sabe pintar mujeres verdaderas; una línea le basta para que una figura se dibuje viva y completa. ¡Qué engañoso encanto, qué páfida languidez, qué risa de hiena, qué lágrimas de cocodrilo, qué ardiente frialdad, qué helada

llama, qué coquetería de gata! Ningún poeta ha sabido mover con más gracia la cola del dragón en la comisura de unos labios de rosa. ¡ Con qué convicción dice de Lusignan, el amante de Melussina: «Hombre feliz, cuya querida no era serpiente sino á medias!»

Si Heine no ha labrado en su *paros* la más resplandeciente estatua de dioses griegos y bajo-relieves de bacanales tan puras de forma como los antiguos, está, cuando menos, al nivel de Uhland y de Tieck si narra las leyendas católicas y caballerescas de la Edad Media. Heine saca del cuerno maravilloso de Achim, de Arnim y de Brentano sonidos que hacen estremecerse á los siervos en el fondo de los bosques y bajarse los puentes levadizos de los castillos feudales. Cuando jinete en su corcel se lanza á la carrera, muy luego roza con su calzado la blasonada falda de la castellana cazadora, y nadie maneja el venablo con más gracia.

Nuestras costumbres literarias, muy dulcificadas, acaso hagan que aparezcan excesivamente crueles algunas ejecuciones de Enrique Heine; con los malos poetas era implacable; pero ¿no tiene Apolo derecho á desollar á Marsyas? La mano que empuña la lira de oro, empuña también el cuchillo para disecar al sátiro grosero. Voy á terminar con una página del libro de *Lázaro*; ella dará una idea de la manera del poeta, que ya sabe á qué atenerse sobre ese terrible problema:

«La pobre alma dijo al cuerpo: —No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de raso suavemente forrado de armiño; ¡ay!: es preciso ahora que, completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como un ser puramente abstracto,

yo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos fríos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insípido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí conmigo, querido cuerpo!

»El cuerpo dijo á la pobre alma: —¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura. Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido, un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte.»

TEÓFILO GAUTHIER.

ARTHUR



HABITABA yo, hace algunos años, un cuartito en los Campos Elíseos, en el pasaje de *Douze-Maisons*. Figúrense Vds. un rincón de cualquier barrio solitario, situado en medio de esas inmensas calles aristocráticas, tan frías, tan tranquilas, que no parece sino que por allí solamente se transita en carruaje. No sé qué capricho de propietario, qué monomanía de avaro ó de viejo dejaba subsistir en el corazón mismo de un distrito hermoso aquellos terrenos yermos, aquellos jardinillos enmohecidos, aquellas casas bajas, mal construidas, con las escaleras al exterior y azoteas de madera llenas de ropas tendidas á secar, de jaulas de conejos, de gatos flacuchos, de cuervos domesticados. Había allí familias de obreros, de rentistas de menor cuantía, algún artista,—de éstos hay siempre donde quedan árboles,—y, por último, dos ó tres cuartos amueblados, de aspecto desagradable y como ensuciados por generaciones de miserias.

En los alrededores, el esplendor y el bullicio de los Campos Elíseos; el rodar incesante de los coches; el choque

de arneses y el ruido de pasos animados; las puertas cocheras cerrándose ruidosamente; notas de pianos; los violines de Mabile; un horizonte de inmensos palacios silenciosos, con los ángulos redondeados, con sus cristales matizados por cortinas de seda clara y sus elevados espejos sin azogue, por donde suben los dorados de los candelabros y las flores raras de las jardineras....

Esta calleja de *Douze-Maisons*, alumbrada únicamente por un farolillo colocado en un extremo, venía á ser como el bastidor de la decoración que la rodeaba. Todo lo que estaba de sobra en medio de aquel lujo iba á refugiarse allí: galones de libreas, disfraces de payaso, una *bohemia* de palafreneros ingleses, de amazonas del circo, el coche de los borregos, el teatrillo *Guignol*, y á más de todo esto, tribus de ciegos que regresaban por la tarde cargados de acordeones y violines. Uno de esos ciegos se casó durante mi permanencia en aquella casa. Esta boda nos valió, durante toda la noche, un concierto fantástico de clarinetes, oboes, organillos y acordeones, en que se veía perfectamente desfilan todos los puentes de París con sus respectivas y distintas salmodias. Esto no obstante, el paraje era de ordinario muy tranquilo. Aquellos vagabundos de la calle no tornaban hasta algo entrada la noche, ¡y tan cansados! Allí no había ruido sino el sábado, cuando cobraba Arthur su jornal de la semana.

El susodicho Arthur era mi vecino. Una pared demasiado corta, á la que se había agregado para prolongarla una empalizada, era la única separación que existía entre mi cuarto y el gabinete amueblado que ocupaban Arthur y su mujer. De este modo, y muy á pesar mío, la vida de los vecinos venía á mezclarse con mi vida, y yo tenía que oír todos los sábados, sin perder absolutamente una palabra, el horrible drama, muy parisiense, que

se representaba en aquel hogar de obreros. La función comenzaba siempre de la misma manera. La mujer preparaba la comida ; los hijos daban vueltas en derredor de la madre. Ésta les hablaba en voz baja y proseguía su faena. Las siete, las ocho ; nadie.... Á medida que transcurría el tiempo, su voz cambiaba, vertía lágrimas, poníase nerviosa. Los chicos tenían hambre, sueño ; principiaban á refunfuñar. El hombre nunca llegaba. Se comía sin él. Después, acostada y dormida la familia menuda, la pobre mujer salía á su balcón de madera, y la oía yo decir, en voz baja y entre sollozos:

—¡Oh! ¡Canalla! ¡Canalla!

Los vecinos que volvían á casa la encontraban allí. Todos la compadecían.

—Vaya V. á descansar ya, señora Arthur ; ya sabe V. que no ha de volver hoy ; es día de jornal.

Y los consejos de las vecinas :

—Yo de V., ¿sabe V. lo que hacía?.... ¿Por qué no se lo dice V. á su principal?

Estas muestras de compasión sólo conseguían que llorase más ; pero perseveraba en su esperanza, y seguía aguardando ; allí permanecía completamente enervada ; cuando las puertas se cerraban y el pasaje quedaba silencioso, la pobre mujer, considerándose completamente sola, continuaba apoyada de codos en el balcón, recogida en un pensamiento fijo, contándose á sí misma sus tristezas, con ese descuido peculiar de la gente del pueblo que tiene siempre la mitad de su existencia en la calle. Los alquileres de la casa se debían ; los proveedores de comestibles la atormentaban ; el panadero se negaba ya á dar el pan.... ; ¿cómo se arreglaría si su marido volvía á casa sin dinero? Al fin, el cansancio de estar en acecho, de escuchar las pisadas torpes de algún transeunte,

de contar las horas, se apoderaba de ella, y la vencía. La infeliz entraba en su cuarto; pero mucho tiempo después, cuando creía yo que aquello estaba ya terminado, sonaba muy cerca de mí, en la galería, una tos. Todavía estaba allí la pobre mujer, sostenida por la inquietud, desojándose para mirar al fondo de aquella callejuela obscura, y no viendo en él más que sus angustias.

Hacia la una ó las dos, á las veces más tarde aún, se oía cantar en el extremo del pasaje. Era Arthur que volvía. Casi siempre se hacía acompañar; traía arrastrado á un camarada hasta la puerta: «Ven...., ven....»; y aun allí mismo se detenía un buen rato; no podía resolverse á entrar, presumiendo lo que en su casa le esperaba. Al subir la escalera, el silencio de la casa dormida que le devolvía el eco de sus pasos torpes, le molestaba como un remordimiento. Hablaba solo en voz alta delante de cada habitación. «Buenas noches, *señá* Weber....; buenas noches, *señá* Mathieu»; y si no le respondían, desatábase en injurias y denuestos, hasta que todas las puertas y todas las ventanas se abrían para enviarle mil maldiciones. Esto era precisamente lo que él quería; tenía un vino batallador, y gustaba del ruido y de las disputas. Además, con eso se enardecía, se encolerizaba y le causaba así menos miedo la entrada en su casa.

Esa entrada era ciertamente espantosa.

—Abre; soy yo.

Oía yo entonces los pies desnudos de la mujer pisando sobre el entarimado, el frotar de los fósforos, y el hombre que al entrar procuraba medio balbucir una historia, la misma siempre: los compañeros, un compromiso. «Chose, ya le conoces....; Chose, el que trabaja en el ferrocarril».

—¿Y el dinero?

—Ya no tengo,—contestaba la voz de Arthur.

—Es mentira.

Era mentira efectivamente. Aun en medio de los extravíos de su embriaguez, se reservaba siempre algunos céntimos, pensando por anticipado en la sed del lunes; y este residuo de su jornal era lo que su mujer pretendía arrancarle. Arthur se defendía.

—Cuando te digo que me lo he bebido todo,—gritaba él. Su mujer, sin responderle, le agarraba con toda la fuerza de su indignación, con todos sus nervios; le sacudía, le registraba, volvíale los bolsillos. Al cabo de un rato oía yo el sonido del dinero que rodaba por el pavimento; la mujer se echaba sobre esas monedas, diciendo con una risa de triunfo:

—¡Ah! ¿Lo ves?

Después, un juramento horrible y golpes sordos.... Era el borracho que se vengaba. Ya puesto á pegar, no se detenía. Todo lo que hay de perverso y de destructor en ese horrible vino de las barreras, subíasele á la cabeza y pugnaba por salir. Chillaba la mujer, los últimos muebles de la habitación volaban en pedazos, los muchachos, despertándose sobresaltados, lloraban de miedo. En el pasaje, todas las ventanas se abrían. Y decían todos los vecinos:

—¡Es Arthur! ¡Es Arthur!

Algunas veces, el suegro, un trapero ya muy anciano que habitaba en el cuarto amueblado próximo á éste, llegaba en socorro de su hija; pero Arthur se encerraba por dentro con llave para no ser interrumpido en su operación. Entonces, á través de la cerradura, se entablaba entre suegro y yerno un edificante diálogo, en el cual nos enterábamos de cosas muy agradables.

—¿Es decir, pedazo de ladrón, que no tienes bas-

tante con tus dos años de presidio?—gritaba el viejo.

Y el borracho contestaba con cierto aire de altanería:

—Es verdad, he cumplido dos años de presidio. Y ¿qué tenemos? Por lo menos, yo he pagado mi deuda á la sociedad. Procura tú pagar la tuya.

Esto le parecía sencillísimo y claro: he robado, me habéis tenido en presidio; pues estamos en paz. Pero á veces también, cuando el viejo insistía demasiado, impacientándose Arthur, abría la puerta, se precipitaba sobre el suegro, y sobre la suegra, y sobre los vecinos, y á todos les pegaba, como *Polichinela*.

Y, sin embargo, no era un mal hombre; muy á menudo sucedía que el domingo, al día siguiente de una de esas matanzas, el borracho, tranquilo y apaciguado ya, sin un céntimo para ir á beber, pasaba todo el día en su casa. Se sacaban las sillas de los cuartos. Instalábanse en la azotea la señora Weber, la señora Mathieu, toda la vecindad, y se charlaba. Arthur se hacía el amable, y hasta picaba en ingenioso. Adoptaba para hablar una voz clara, dulzona, declamaba trozos de ideas que había recogido por distintas partes sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su pobre mujer, enternecida por los golpes de la víspera, le contemplaba con admiración; y no era sola.

—Este Arthur, si él quisiera....—murmuraba la señora Weber suspirando. Entonces las señoras le hacían cantar. Arthur cantaba *Las Golondrinas* de M. de *Belanger*. ¡Oh! ¡Aquella voz de gola, llena de falsos sollozos, de sentimentalismo estúpido del obrero! En aquel terrado enmohecido, lleno de andrajos puestos al sol, que apenas dejaban pasar un trozo de color azul por entre las cuerdas, toda aquella gente, sedienta de un ideal á su modo, levantaba al cielo sus ojos humedecidos.

Todo lo cual no era incompatible con que el sábado siguiente Arthur se bebiese el jornal y apalease á su mujer; ni con que tuviese en aquel tabuco un montón de Arthurillos que solamente esperaban á tener la edad de su padre para beberse también sus jornales y pegar á sus mujeres.

¡Y esta es la raza que pretende gobernar el mundo!
¡Ah! ¡Maldecidos!, como dirían mis vecinas del pasaje.

ALFONSO DAUDET.

CÓMO SE ENGAÑA A LAS MUJERES



Sí; ¡he sido amada! (dijo la duquesa de Lore á su amiga la princesa de Claris); amada como todas las mujeres ansiamos serlo; con un respeto ideal que nunca logró reina alguna, y con una idolatría que solamente podía ser otorgada á la divinidad. Sí; he sido amada con una adoración infinita, pero hasta tal extremo, que sólo el pensamiento de ese culto, cuyo incienso embriagador he respirado, basta para borrar, para suprimir lo que haya existido de triste en mi vida, y para quitar valor á las decepciones y matizar mi existencia con un color purpurino, semejante al de ese sol que desde su ocaso nos alumbra.

En el fondo de un castillo antiguo del *Bourbonnais*, en un tocador muy alto de techo, pintado por la mano misma de Boucher, y en cuyas paredes las Dianas y las ninfas de pintadas blancuras dejaban ver sobre sus desnudas carnes los colores del fuego, como si el amor las hubiera incendiado con su antorcha, las confidencias de la Duquesa tomaban, en efecto, una especie de voluptuosa solemnidad en los extensos resplandores rojizos que el cielo

arrojaba sobre aquellas pinturas deliciosamente ajadas.

—¡Ah, querida amiga! (murmuró suspirando la Princesa.) Si es verdad eso, puede V. decir que la ha tocado el premio gordo de la lotería, que existe únicamente para engolosinar á los jugadores candorosos, y que nunca toca á nadie; á lo menos eso había yo creído hasta ahora; pero si V. ha tenido esa fortuna inesperada, haga el favor de no *dar dentera á los demás*.

—Princesa (contestó la hermosísima Erice de Lore): ambas sabemos mutuamente nuestras edades respectivas, pues hemos nacido en casas muy próximas, y casi á un mismo tiempo. Si hemos sabido ser, como parisienses, lo necesario, y como grandes señoras lo suficiente para impedir que la gordura desfigurase nuestros talles, y para evitar, sólo con quererlo, y sin el empleo innoble de menjerges y cosméticos, que se deslice una cana entre nuestros cabellos, no hemos dejado por eso la una y la otra de cumplir los treinta y seis años. Podemos decirlo aquí, solas entre estas paredes feudales, que no oyen—diga lo que quiera el adagio—y que tienen espesor bastante para imposibilitar cualquier indiscreción. ¿No es este el momento más á propósito para hacer un balance exacto de toda nuestra vida pasada, y calcular si lo que hemos disipado de nunca vistos tesoros valía la pena de vivir? Un Príncipe real, heredero de uno de los tronos más envidiados del mundo, y extraordinariamente hermoso, consagró á V. su juventud, y para no causar á V. ni la más ligera sombra de disgusto, murió soltero, burlando así las esperanzas de su familia y de todo su pueblo. Pues bien, amiga mía: creo que mi felicidad ha sido superior á la de V.; porque yo, sin dar nada de mi belleza, ni de mi persona visible, he poseído, como objeto de mi pertenencia exclusiva, un corazón de héroe y de niño, y el entendimiento

más elevado que ha resplandecido en nuestra época.

—Eso (replicó la Princesa) semejaría un enigma, si hubiera enigmas en el mundo.

—No los hay (contestó la Duquesa): esto no lo es. V. no se equivoca nunca, y no se equivocó al sorprender el brillo de mis ojos cuando, entrando juntas la otra noche en el vestíbulo del Teatro Francés, hemos visto allí colocado por primera vez el busto de Guy de Charnaille, labrado por David con la avasalladora sinceridad del genio. Sí; Guy de Charnaille es quien me ha amado. En los años en que las cien novelas palpitantes de vida y saturadas de *modernismo* (1), que después fueron coleccionadas bajo el título común de *Estudios sociales*, aparecían sucesivamente y apasionaban á Europa; cuando, sobrepujando en su vuelo vigoroso á los poetas épicos, sacaba Guy de su pensamiento un mundo: príncipes, duques, clase media, aldeanos, artistas, vírgenes, cortesanas, mujeres de mundo tan parecidas á nosotras, que leyendo aquellos libros no parecía sino que nos hubiera sacado, completamente desnudas, á la luz del día; cuando amontonaba, merced al más prodigioso esfuerzo creador que se ha producido nunca, tantos y tantos dramas, historias dignas de los antiguos narradores, comedias iguales á las de Molière, églogas dulces, dolorosas elegías; cuando conocía y divulgaba todos los secretos como si, por milagro de una doble naturaleza, tuviese en sí el *eterno femenino*, imaginé que sería una conquista hermosa la de domar á tal gigante, la de poseer, de tener en poder mío aquel monstruo de inteligencia sobrehumana, sabio como un Dios. Pero quería yo producir esa hechicería por medio de un encanto verdaderamente misterio-

(1) La Academia Española no puede en justicia rechazar este neologismo, que autoriza el uso y la necesidad impone. (Nota del T.)

so, de la fuerza única del invisible fluido que de nosotras emana; hice por lo tanto saber á Guy de Charnaille inmediatamente que renunciase en absoluto á la esperanza de verme y de conocerme, cuando le escribí ofreciéndole mi amistad.

—¿La amistad de V.? (dijo la Princesa.) ¿Y esa palabra no le hizo soltar una ruidosa carcajada á lo Rabelais, hasta romper los cristales de su casa?

—¡Oh! (contestó Erice.) Amistad, amor, ¿qué más da? No discuto nunca por palabras. La verdad del caso es que solamente con mis cartas convertí á este Encélado en amante sumiso y domeñado como esas fieras que el Amor de las mitologías arrastra hasta los pies de su madre con cadenas de flores. En aquellos momentos, rendido, aherrojado, obscuro, como genio aún no comprendido y á quien sus enemigos admiran ya demasiado, luchando con *El Dinero*, como luchaba Jacob con el Ángel, perseguido por los editores y por las deudas; á las veces imponiendo privaciones á su familia, vertiendo lágrimas abrasadoras, Guy trabaja de quince á diez y ocho horas diarias en su retiro de Chaillot, produciendo obras maestras como parten guijarros los empedradores, con la mirada fija en el lejano objetivo, apartado de los hombres; huyendo, con motivo, de escribir á su madre y á su hermana, y teniendo siempre en los labios el horrible beso de la soledad. En tales condiciones, cuando Guy no tenía un momento para vivir ni para hablar; cuando el trabajo pesaba sobre su pecho como los diablos en una pesadilla, halló tiempo para amarme á mí sola, para relacionar con mi recuerdo todos sus actos y todos sus deseos, escribiendo y creando únicamente para mí. No tuvo entonces una idea sola que no me fuese ofrecida como el incienso que se quema en los altares: ¡adoraba en mí! Un

hecho solo bastará para que V. estime la inefable delicadeza de ese cariño : Guy de Charnaille tuvo en su mano, y así me lo demostró, el medio de saber quién yo era y de conocerme. Hasta llegaron circunstancias en las cuales, á cada hora y á cada minuto, habríale sido fácil desgarrar el velo en que yo me envolvía y llegar hasta mí; no quiso hacerlo, sin embargo, porque yo se lo tenía prohibido. Pero, no vacilará V. en creer esto: con esas prodigiosas facultades intuitivas que le daban indiscutible superioridad con relación á los demás hombres, Guy había sabido soñarme tal cual soy, y el magnífico retrato pintado por Dehodency no se me parece más que el retrato escrito en que Guy me ha representado muy á lo vivo por un instinto invencible, y que ha colocado en la primera página de su más hermosa novela. Robándolas á su descanso y al sueño, este luchador, quebrantado, rendido de fatiga, tomaba las horas que empleaba en escribirme; pero no bien evocaba mi nombre, el cansancio del trabajo penosísimo desaparecía como por encanto; sentíase entonces animoso y ágil, como si se hubiese sumergido en la juventud eterna. Antes de escribir el nombre único bajo el cual le ha sido dado el conocerme, abría su ventana, contemplaba las negruras de aquel París inmenso con sus millares de luces: segura estoy de que Guy adivinaba cuáles eran las luces de mi palacio, porque no existían obstáculos materiales para aquel genio privilegiado. Y cuando se sumergía de esta suerte en las delicias de un martirio sin cesar renovado, condenábase para el día siguiente á una lucha imposible, porque debía tornar al comienzo de sus prodigios diarios sin que su cerebro ardiente hubiese podido calmarse con el indispensable reposo. Deleitábame en figurarme aquel gigante, viéndome, á pesar de la distancia, con sus ojos claros; sepa-

rando, para verme mejor, su cabellera leonina; pensando en el asunto de sus libros, en los trabajos prometidos, en las pruebas, en los pagos próximos, en los compromisos que le tenían aprisionado entre mil ligaduras, y poniendo todo eso en olvido sólo con pronunciar un nombre que á mí se me había antojado formar, y que él sabía perfectamente que no era el mío, porque Guy también había adivinado eso, por de contado. Sobrellevaba entonces, con una resistencia de Hércules, las torturas que le producían la envidia, la injusticia del éxito y el triunfo de las medianías, tan celosas siempre de los seres superiores; pero las que padecía por mi causa, solamente por mí, las aceptaba espontáneamente y con una adorable alegría.

—Pero, hermosa (dijo la Princesa): en el África Central hay antropófagos, cuyo único crimen es el de tener muy buen apetito, y cuya crueldad se queda muy pequeña comparándola con la de V., porque los antropófagos no siempre se comen los cerebros de sus víctimas.

—Es verdad (respondió con orgullo la duquesa de Lore); pero la soberanía tiene ese precio; por eso los dioses han exigido siempre sacrificios humanos. En una ocasión me digné indicarle un medio de que me enviase alguna cosa diferente de sus cartas, y entonces Guy de Charnaille, más pobre que nunca á la sazón, aunque ganaba cantidades enormes, me envió un ramo de flores tropicales, alcanzado por no sé qué intrigas, y que un rey había creído excesivamente caro. Ofrecíame temblando lo que habría rehusado á príncipes y á Rothschilds, el manuscrito de una de sus obras, manuscrito en el cual se leía la inspiración viva y palpitante. Encontró manera de hacerle encuadernar en ocho días por Thouvenin ó Capé, que nada hacían sin tomarse dos años de plazo, con

:

cantoneras metálicas, dibujadas expresamente por Fouchères ó por los Johannot, y lo puso á mis plantas adornado como para una princesa Farnesio ó para una duquesa de Este. De ese modo duró, por espacio de cuatro años, un amor vehemente, exclusivo, pronto al sacrificio, merced al cual saboreé cartas muy superiores á los más sentidos poemas, escritas para mí sola, y que nadie leerá jamás; porque he jugado á los futuros editores de correspondencias la mala partida de quemarlas todas, conservando sólo unas pocas relativamente insignificantes. Por último: ¡es bien que me conozca V. del todo! Yo era libre; bastante hermosa para no tener miedo á las comparaciones con un ideal cualquiera; de una posición social suficientemente elevada para no dar importancia á las murmuraciones del mundo; de mi sola voluntad habría dependido conceder á una hechura mía las delicias paradisiacas de una felicidad completa; pero me pareció más dulce dejarle padecer y consumirse para mi gloria del todo inmaterial. Acaso yo me inspiraba, sin advertirlo, en el vago deseo de no contrariar al destino; quizá había yo comprendido inconscientemente que una felicidad excesiva debía ser mortal para el genio. Todo ha de tener acabamiento; sin embargo, este comercio de almas no concluyó sino por un acto de mi voluntad, en el día mismo en que pude temer que la violencia de tales deseos siempre aspirando á mí, turbase al fin con su sacudida eléctrica aquellos placeres sutiles en que me había yo embriagado lentamente. Por otra parte, ¿qué más podía yo exigir ya, habiendo tenido en mi poder, para mí sola, durante cuatro años, á ese Charnaille, que fué como Goethe un Júpiter, obediente, tímido, extasiado, á quien sólo el temor de enojarme hacía palidecer, y que fué siempre fiel por añadidura?

—¡¡Fiel!!—repitió Ana de Claris, más asombrada que si hubiera oído hablar á un perro.

—Sí, entre su trabajo y yo, nada existía en aquel espíritu de ángel. Lo mismo que un niño, me lo confiaba todo; referíame, minuto por minuto, sus pensamientos, sus propósitos, sus aspiraciones, sus ideas; disculpándose de faltas leves que habrían hecho sonreír á un santo, y solicitando mi perdón por ofensas más impalpables que una hoja de rosa en un sueño; colocando con soberano desdén todas las recompensas humanas muy por debajo de una sencilla palabra de aprobación de la mujer amada.

—Pero (preguntó la princesa), ¿el gran novelista no ha faltado ni una sola vez á esa fidelidad de paladín, más inverosímil que todos los cuentos de Ariosto?

—Sí (dijo la duquesa de Lore): una vez sola. Pero ¡con qué contrición, con qué remordimiento, con qué inconsolable amargura se confesó conmigo del crimen! Y, sin embargo, tenía un alma tan noble, que ni por un instante solo pensó en humillar, al escribirme, á la que había ocasionado su caída. Guy había ido al baile de la Ópera para encontrar allí asunto de una descripción indispensable á sus *Estudios Sociales*; confesó que, una vez allí, hubo de acercársele una desconocida, y que en aquel instante mismo habíase sentido envuelto en un delicadísimo perfume, aturdido por una voz melodiosa, subyugado por una gracia rítmica y soberana, enloquecido por unos cabellos suaves como ceniza tamizada, y que entonces....

—¡Ah! (dijo la Princesa.) Y V., que en lo que respecta á los celos es muy parecida al feroz moro de Venecia, ¿le ha perdonado eso?

—No (respondió la Duquesa): no se lo he perdonado

nunca. Sin embargo, en este caso especialísimo, sentíame yo muy predispuesta á ser indulgente, porque....

—¿Por qué?—preguntó la Princesa.

—¡Bah! (dijo la de Lore, con el aire malicioso de una gata que masca un ratón); porque la desconocida del baile de máscaras.... era yo.

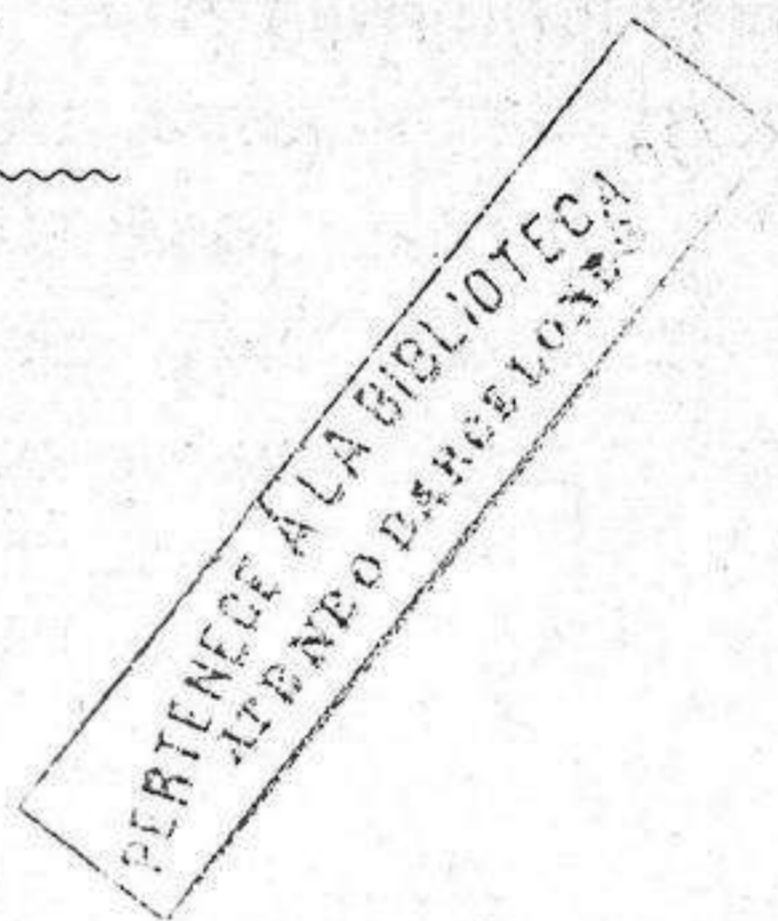
—¡Oh, amiga mía! (dijo la Princesa, dando rienda suelta á su risa.) Buen anacoreta sería el que supiese proporcionarse las voluptuosidades del ayuno, alimentándose con perdices y bebiendo Rhin.

Está visto que en lo que á casuística se refiere, una Duquesa parisiense sabe más que el mismísimo diablo.

TEODORO DE BANVILLE.

PROUDHON Y COURBET

I.



HAY libros cuyo título, enlazado con el nombre del autor, basta para dar, antes de su lectura, idea completa del alcance y de la significación de la obra.

El libro póstumo de Proudhon, *Del principio del Arte y de su misión en la sociedad*, se hallaba aquí, en mi mesa. Yo no lo había abierto: figurábame, sin embargo, conocer lo que contenía, y sucedió que, en efecto, mis previsiones se realizaron.

Proudhon es una inteligencia honrada, de extraordinaria energía, amante de lo verdadero y de lo justo. Es el nieto de Fourier; aspira al bienestar del género humano; imagina ó sueña una vasta asociación de la humanidad, asociación de la cual cada hombre será un miembro modesto y activo. Quiere, en una palabra, que reinen la igualdad y la fraternidad; que la sociedad, en nombre de la conciencia y de la razón, se reconstituya sobre las

bases del trabajo colectivo y del continuo mejoramiento. Parece cansado de nuestras luchas, de nuestras desesperaciones, de nuestras miserias; pretende obligarnos á la paz y á una existencia arreglada. El pueblo que Proudhon ve en sus sueños es un pueblo que halla su tranquilidad en el silencio del corazón y de las pasiones: ese pueblo de trabajadores solamente vive de la justicia.

En toda su obra ha trabajado Proudhon para el nacimiento de ese pueblo. De día y de noche, á todas horas, necesitaba combinar los distintos elementos humanos de un modo conducente á establecer sobre cimientos firmes la sociedad por él soñada. Quería que cada clase, cada trabajador, entrase por su parte en la obra común; él coordinaba los entendimientos, reglamentaba las facultades ganoso de no desperdiciar nada, y temeroso, al propio tiempo, de introducir alguna levadura de discordia. Paréceme verlo á la puerta de su ciudad futura, examinando á cada hombre que se presenta, sondeando su cuerpo y su alma, contraseñándolo después y dándole por nombre un número, un oficio por vida y por esperanza. El hombre no es ya más que un ínfimo peón.

Cierto día el gremio de artistas se presentó en las puertas. Cátate á Proudhon todo perplejo. ¿Qué hombres son éstos? ¿Para qué sirven? ¿En qué mil demonios podemos ocuparlos? Proudhon no se atreve á despedirlos resueltamente, porque, al cabo, él no desprecia ninguna fuerza y porque además espera que, con paciencia, algo podrá sacarse de ellos. Comienza, pues, á buscar y á razonar. No quiere ver en ellos una negación de sus teorías, y acaba por hallar un sitio reducido en que colocarlos; les endilga un sermón larguísimo, en el cual les recomienda que sean buenos chicos, y les deja entrar, vacilando aún y diciendo para su capote: «Vigilaré sobre ellos,

porque tienen malas caras y ojos encendidos que no me prometen nada bueno».

Tiene V. motivo para temblar; debería V. no haberlos dejado penetrar en su ciudad modelo. Son esas gentes muy extrañas, que no creen en la igualdad; que han dado en la manía ridícula de tener corazón, y que, á las veces, extreman su maldad hasta el punto de ser hombres de genio. Van á perturbar ese pueblo de V.; á desordenar las ideas comunistas; á rehusar resueltamente pertenecer á V., para no pertenecer más que á ellos mismos. Suelen nombrar á V. el terrible lógico; figúrase-me que esa lógica estaba durmiendo el día en que V. cometió la falta irreparable de admitir pintores entre sus legisladores y sus zapateros. Es V. poco aficionado á los artistas; toda personalidad desagrada á V.; V. aspira al aplanamiento del individuo para ensanchar los caminos de la humanidad. Corriente; pues sea V. sincero, y mate al artista. El mundo de V. quedará más así tranquilo. Comprendo perfectamente la idea de Proudhon, y hasta, si se quiere, me adhiero á ella. Desea el bien de todos; lo anhela en nombre de la verdad y del derecho, y no tiene para qué mirar si al dirigirse hacia su objetivo aplasta á varias víctimas. Consiento en ser habitante de su ciudad; es indudable que me moriré de aburrimiento; pero me aburriré honrada y tranquilamente, lo cual es una compensación. Lo que no puedo soportar, lo que me irrita es que obligue á vivir en esa ciudad dormida á hombres que rehusan enérgicamente la paz y el aniquilamiento que él les ofrece. ¡Es tan sencillo y tan hacedero no recibirlos y lograr que desaparezcan! Pero, por amor de Dios, no les dé V. á viva fuerza lección; sobre todo, no se divierta V. en fabricarlos con otro barro que el empleado por Dios para hacerlos, por sólo el gusto de crearlos, por

segunda vez, tales cuales V. los quiere. Todo el libro de Proudhon está aquí. Es una segunda creación, un asesinato y un parto. Proudhon acepta en su ciudad al artista; pero al artista imaginado por él, al artista de que ha menester, y que ha creado tranquilamente y sólo en teoría. Su libro está vigorosamente pensado, y tiene una lógica abrumadora; pero todas las definiciones, todos los axiomas son falsos. Es un error gigantesco deducido con una fuerza de razonamiento, que no debería nunca ser puesta al servicio de lo que no fuese la verdad.

Su definición del *Arte*, hábilmente trazada y más hábilmente explotada, es la siguiente: «*Una representación idealista de la naturaleza y de nosotros mismos que se endereza al perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie*». Esta definición es, sin duda, la del hombre práctico del que yo hablaba hace poco, del hombre que pretende que nos comamos las rosas en ensalada. Sería insustancial en manos de cualquiera. Proudhon no gasta bromas cuando se trata del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie. Utiliza esa definición para negar lo pasado y para fantasear un futuro horrible. El arte perfecciona lo conocido; pero perfecciona á su manera, regocijando el espíritu, no predicando ni dirigiéndose á la razón.

Por otra parte, esa definición me produce alguna inquietud. Viene á ser el resumen muy inocente de una doctrina peligrosa en otro concepto. No puedo admitirla solamente por el desenvolvimiento que le da Proudhon; en sí misma, paréceme la obra de un hombre de bien que juzga el arte como se juzga la gimnasia ó el estudio de las raíces griegas.

Proudhon asienta, en tesis general, lo siguiente: yo público, yo humanidad, tengo derecho á guiar al artista

y á exigirle lo que me agrade ; el artista no debe ser él, debo ser yo, debe pensar como yo pienso, debe trabajar para mí solamente. El artista, por sí mismo, no es nada ; lo es todo por el linaje humano y para el linaje humano. En resumen : el sentimiento individual, la libre expresión de una personalidad, quedan prohibidos. Es menester que el artista se limite á ser el intérprete del gusto general, á trabajar solamente en nombre de la colectividad, para agradar á todos. El arte llega á la perfección cuando el artista se anula, cuando la obra no lleva su nombre, cuando esa labor artística es el producto de una época entera, de una nación, como la estatuaria egipcia ó como la arquitectura de nuestras catedrales góticas.

Yo, á mi vez, asiento, en principio, que la obra artística sólo existe por su originalidad. Es necesario que en cada obra encuentre yo un hombre, ó la obra me deja completamente frío. Sacrifico resuelta y francamente la humanidad al artista. Si yo hubiera de definir una obra de arte, mi definición sería la siguiente : *Una obra de arte es un pedazo de la creación, visto á través de un temperamento.* Lo demás, ¿qué me importa? Soy artista, y os doy mi carne y mi sangre, mi corazón y mi pensamiento. Me pongo completamente desnudo en presencia vuestra ; bueno ó malo, me entrego á vosotros. Si aspiráis á ser instruidos, contempladme, aplaudid ó silbad ; sea mi ejemplo un estímulo ó una advertencia. ¿Qué más queréis pedirme? No puedo daros otra cosa, pues me doy todo entero, con mis violencias ó con mis dulzuras, tal cual Dios me hizo. Sería ciertamente ridículo que Proudhon, el apóstol de la verdad, viniese á transformarme en otro, á obligarme á mentir. Es evidente que V. no ha comprendido que el arte es la manifestación libre de un corazón y de una inteligencia, y que resulta tanto más

grande cuanto es más personal. Si existe el arte de las naciones, la expresión de las épocas, existe también la manifestación de las individualidades, el arte de las almas. Un pueblo ha podido crear arquitecturas; pero me siento infinitamente más emocionado ante un cuadro, ó con un poema, obras individuales en que me veo yo mismo, con todas mis alegrías y con todas mis tristezas. No niego, por lo demás, la influencia que en el artista pueden ejercer el medio ambiente y el momento histórico; pero no tengo para qué curarme de esas cosas. Acepto al artista tal cual llega hasta mí.

Dice V., dirigiéndose á Eugenio Delacroix: «Me importan muy poco las impresiones personales de V..... No son las ideas de V., ni su ideal propio, los que han de labrar en mi alma al pasar por mis ojos; son las ideas y el ideal que hay dentro de mí, que es precisamente lo contrario de lo que V. se precia de realizar. De suerte que todo el talento de V. debe concretarse á producir en nosotros impresiones, movimientos y propósitos que redunden, no en pro de la gloria ó del medro de V., sino en beneficio de la felicidad general y del mejoramiento de la especie». Y en la conclusión escribe V.: «Por lo que respecta á nosotros, socialistas revolucionarios, decimos á los artistas, lo mismo que á los literatos: nuestros ideales son la verdad y el derecho: si con esto no sabéis realizar el arte, ni tener estilo, ¡atrás!; para nada os necesitamos. Si estáis al servicio de los corrompidos, de los ricos, de los haraganes, ¡atrás!; no queremos vuestras artes. Si la aristocracia, el pontificado ó la majestad real os son indispensables, ¡atrás; siempre atrás! Proscribimos vuestro arte y vuestras personas». Por mi parte, me creo autorizado para contestar á V. en nombre de los artistas y de los literatos, de los que sienten latir su corazón

y elevarse su pensamiento : «Nuestros ideales , los ideales que poseemos, son nuestros amores y nuestras emociones, nuestras sonrisas y nuestras lágrimas. Si vosotros no necesitáis de nosotros para nada, nosotros nos hallamos perfectamente sin vosotros. Vuestro comunismo y vuestra igualdad nos descorazonan. Tenemos estilo, y realizamos el arte con nuestra carne y con nuestra alma ; amamos la vida, y os damos cada día un poco de nuestra existencia. No estamos al servicio de nadie, y nos negamos á entrar al vuestro. Ni engrandecemos á nadie, ni obedecemos más que á nuestra naturaleza. Somos buenos ó malos, y os dejamos en libertad completa de escucharnos ó de taparos los oídos. Aseguráis que proscibís nuestras obras y á nosotros. Intentadlo, y sentiréis dentro de vosotros un vacío tan grande, que lloraréis de amargura y de vergüenza».

Somos fuertes, y Proudhon lo sabe. Su cólera no sería tan grande si pudiese aplastarnos y dejar sitio despejado para realizar sus humanitarios ensueños. Le molestamos con todo el poder que tenemos sobre la carne y sobre el alma. Se nos quiere ; nosotros llenamos los corazones, nos apoderamos de la humanidad por todas las facultades que en ella aman , por sus esperanzas y por sus recuerdos. Tanto como él nos aborrece, como su orgullo de filósofo y pensador se irrita viendo que la muchedumbre le vuelve la espalda y cae á nuestros pies. Proudhon la llama, nos rebaja, nos clasifica, y nos señala un sitio, allá en el extremo del banquete socialista. Tomemos asiento, amigos míos, y turbemos el banquete. Sólo necesitamos hablar, sólo necesitamos coger el pincel, y como nuestras obras son conmovedoras, la humanidad derrama lágrimas y olvida la justicia y el derecho para no ser sino carne y corazón.

Si me preguntáis qué es lo que yo, artista, he venido á hacer en el mundo, os responderé: «Vengo á vivir en las alturas».

Ahora se comprende lo que debe de ser el libro de Proudhon. Examina los distintos períodos de la historia del Arte, y su sistema, que Proudhon aplica con una brutalidad ciega, le hace prorrumpir en las blasfemias más extrañas. Estudia sucesivamente el arte egipcio, el arte griego y el romano, el arte cristiano, el Renacimiento, el arte contemporáneo: todas estas manifestaciones del pensamiento humano le disgustan; pero aparece siempre en el autor una visible preferencia por las obras ó la escuela en que el artista desaparece y se llama legión. El arte egipcio, ese arte hierático, generalizado, que se reduce á un tipo y á una actitud; el arte griego, esa idealización de la forma, ese *cliché* puro y correcto, esa belleza divina é impersonal; el arte cristiano, esas figuras demacradas y pálidas que pueblan nuestras catedrales y que parecen todas obras del mismo artífice: tales son los períodos artísticos que hallan gracia ante Proudhon, porque en ellos las obras parecen como si fuesen producidas por las multitudes.

En lo que respecta al Renacimiento y á nuestra época, ya sólo ve decadencia y anarquía. Y es claro, porque es intolerable que haya personas que se permitan tener talento sin consultar á la humanidad, que existan ó hayan existido los Miguel-Ángel, los Tizianos, los Veronés, los Delacroix, que se atrevieron á pensar por sí mismos y no por conducto de sus contemporáneos; de expresar lo que ellos tenían en su alma, y no lo que tenían en las suyas los imbéciles de su tiempo. Que Proudhon arrastre por el lodo á Leopoldo Robert y Horacio Vernet, me es casi indiferente. Pero que sienta admiración por

el *Marat* ó por el *Juramento en el Juego de pelota*, de David, por razones de demócrata ó de filósofo, ó que destroce los lienzos de Eugenio Delacroix en nombre de la moral y de la razón, son cosas que no pueden tolerarse. Por todo lo del mundo no querría yo ser elogiado por Proudhon; se elogia á sí mismo cuando elogia á un artista, y se deleita con ideas y con asuntos que el último peón de albañil podría hallar y desenvolver.

Duéleme todavía el viaje que con él he llevado á cabo á través de los siglos. Como yo no admito en el arte más que la vida y la personalidad, claro que no soy aficionado á los egipcios, ni á los griegos, ni á los artistas del ascetismo. Me entusiasma, por el contrario, la libre manifestación de los pensamientos individuales,—eso que Proudhon llama la anarquía;—me gustan el Renacimiento y nuestra época, estas luchas entre artistas, esos hombres que vienen todos á pronunciar una palabra todavía desconocida ayer. Si la obra no tiene sangre y nervios, si no existe en ella la expresión entera y conmovedora de una criatura, rechazo la obra, aunque sea la Venus de Milo. En una palabra: yo soy diametralmente opuesto á Proudhon; éste quiere que el arte sea la obra de la nación; yo exijo que sea la obra del individuo. Por lo demás, Proudhon es sincero. «¿Qué es un grande hombre? (pregunta.) ¿Hay grandes hombres? ¿Puede admitirse en los principios de la Revolución francesa, y en una República fundada sobre el derecho del hombre, que haya grandes hombres?» Estas palabras, por muy ridículas que parezcan, son graves. V. que sueña con la libertad, ¿no quisiera dejarnos la libertad de la inteligencia? Proudhon dice después en una nota: «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo, forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía

de ideal muy superior á la de un individuo, y que, al hallar un día su expresión, sobrepujará la obra maestra». Por esto, á juicio de Proudhon, la Edad Media vale más en asuntos de arte que el Renacimiento. Al no existir grandes hombres, el grande hombre es la multitud. Confieso á Vds. que ya no sé lo que se pretende de mí, artista, y que prefiero mil veces coser zapatos. Por último, el publicista, fatigado de divagar, expone todo su pensamiento. Para ello exclama: «¡Pluguiera á Dios que Lutero hubiese exterminado los Rafael, los Miguel-Ángel y todos sus émulos, todos esos decoradores de palacios y de iglesias!» Fuera de esto, la confesión es más completa todavía cuando Proudhon dice: «El arte en nada puede contribuir directamente á nuestro progreso; la tendencia es á prescindir de él en absoluto». Pues bien: me agrada más esto; prescindan Vds. del Arte, y no se hable más del asunto. Pero no nos venga V. luego declamando orgulosamente: «Llego á colocar los cimientos de una crítica de arte racional y serio», cuando anda V. en el error más grosero.

Creo que Proudhon no habría tenido derecho á penetrar en la ciudad-modelo, ni á sentarse en el banquete socialista. Habríasele expulsado sin compasión. ¿No era él un grande hombre? ¿No era una vigorosa inteligencia, personalísima en grado sumo? Todo su aborrecimiento á la individualidad cae sobre él y le condena. Proudhon habría venido entonces á buscarnos, á nosotros, á los artistas, á los proscriptos, y nosotros acaso hubiésemos podido consolarle admirándole, al pobre hombre grande soberbio que habla de modestia.

II.

Proudhon , después de pisotear lo pasado , sueña un porvenir , una escuela artística para su ciudad futura. Convierte á Courbet en revelador de esa escuela , y lanza la piedra del oso á la cabeza del maestro.

Ante todo , quiero declarar ingenuamente que deploro ver á Courbet mezclado en este asunto. Habría yo celebrado que Proudhon hubiese escogido para ejemplo otro artista ; cualquier pintor sin talento alguno. Aseguro que el publicista , con su carencia absoluta de sentido artístico , hubiera podido elegir con el mismo desembarazo , al más ínfimo amasador de yeso , al ganapán estúpido que trabaja en pro del mejoramiento de la especie. Proudhon quiere un moralista en pintura , y , á lo que parece , le importa muy poco que este moralista moralice con un pincel ó con una escoba. Habríame sido lícito en ese caso , después de haber rechazado la escuela del porvenir , rechazar del mismo modo al jefe de la escuela. No puedo hacerlo. Es menester que yo distinga entre las ideas de Proudhon y el artista á quien Proudhon aplica esas ideas. Por otra parte , el filósofo ha disfrazado de tal modo á Courbet , que me bastará , para no contradecirme admirando á Courbet , declarar en alta voz que me inclino , no ante el Courbet humanitario de Proudhon , sino ante el maestro vigoroso que nos ha dado algunas páginas llenas de grandeza y de verdad.

El Courbet de Proudhon es un hombre singular , que utiliza el pincel como un dómine de pueblo utiliza su palmeta. El menor de sus lienzos , á lo que parece , está pre-

ñado de ironías y de enseñanzas. El tal Courbet, siempre el de Proudhon, desde las alturas de su cátedra, nos mira, nos penetra hasta el corazón, pone al desnudo nuestros vicios; después, integrando nuestras fealdades, nos pinta en nuestra verdad para hacernos enrojecer de vergüenza. ¿No se sienten Vds. movidos á postrarse de hinojos, á darse golpes de pecho y á pedir misericordia? Posible es que el Courbet de carne y hueso semeje en algunos rasgos á este Courbet del publicista; discípulos demasiado entusiastas y averiguadores de lo futuro han podido extraviar al maestro; por otra parte, existe siempre en los hombres de gran entereza espiritual algo de extravagancia y de ceguedad rara; pero confiesen Vds. que si Courbet predica, predica en desierto, y que si merece nuestra admiración, la merece solamente por la manera enérgica con que se ha apoderado de la naturaleza y después la ha reproducido.

Deseo ser justo, y sentiría dejarme tentar por una broma verdaderamente fácil. Concedo que algunos lienzos del pintor pueden parecer satíricamente intencionados. El artista suele pintar escenas ordinarias de la vida, y por eso nos hace, si se quiere, pensar en nosotros mismos y en las cosas de nuestro tiempo. Esto no es sino el natural resultado de su talento, que se ve arrastrado á buscar la verdad y á expresarla. Pero querer que consista todo su mérito en el hecho solo de haber tratado asuntos contemporáneos, es dar una idea muy extraña del arte á los principiantes á quienes se trata de educar para la bienandanza del género humano.

Quieren Vds. que la pintura sea útil y coopere al perfeccionamiento de la humanidad. Admito que Courbet perfeccione; pero yo me pregunto entonces: ¿en qué proporción y con qué eficacia perfecciona? Francamente: podría

él amontonar cuadros sobre cuadros; podrían Vds. llenar el mundo de lienzos suyos y lienzos de sus discípulos, y la humanidad continuaría siendo, dentro de diez años, tan viciosa como es ahora. Mil años de pintura, de pintura hecha á gusto de Vds., no equivaldrían á uno de esos pensamientos que la pluma escribe con claridad y que la inteligencia recuerda siempre, tales como: «*Conócete á ti mismo*», *Amaos los unos á los otros*», etc..... ¡Cómo! ¡Poseen Vds. la escritura, poseen la palabra, pueden decir todo lo que quieran, y acuden al arte de las líneas y de los colores para enseñar y para instruir! ¡Oh, por compasión! Acuérdense Vds. de que nosotros no somos sólo entendimiento. Si son Vds. prácticos, dejen al filósofo el derecho á darnos lecciones, dejen al pintor el derecho á emocionarnos. No creo que deben Vds. exigir del artista que enseñe, y de todos modos, niego terminantemente la influencia de un cuadro sobre las costumbres de las masas.

Mi Courbet, el Courbet que yo admiro, es una personalidad. El pintor comenzó imitando la Escuela flamenca y á ciertos maestros del Renacimiento; pero su naturaleza protestaba; sentíase arrastrado el artista por toda su carne,—por toda su carne, óiganlo Vds.,—hacia el mundo material que le rodeaba, las mujeres gruesas y los hombres fuertes, las campiñas feraces y los montes fecundos. Grande y vigoroso, sentía el áspero deseo de estrechar entre sus brazos la naturaleza verdad; quería pintar la carne y el estiércol.

Entonces apareció el pintor que ahora quieren darnos como un moralista. Proudhon mismo lo ha dicho: los pintores suelen no saber con exactitud lo que valen y por qué valen. Si Courbet, de quien he oído decir que es orgulloso, funda ese orgullo en las lecciones que cree dar-

:

nos, estoy por enviarle á la escuela. Téngalo entendido: él no es sino un infeliz grande hombre muy ignorante, que ha dicho menos en veinte lienzos que *La Cortesía infantil* en dos páginas. Courbet no tiene sino el genio de la verdad y del vigor; que se dé por contento con su parte.

La generación nueva, me refiero á los jóvenes de veinte á veinticinco años, apenas conoce á Courbet, porque sus últimos cuadros han sido muy inferiores. He tenido ocasión de ver, en la calle de Haute Feuille, en el taller de un maestro, algunos de los primeros que pintó Courbet. He admirado sinceramente; no he hallado ni el más insignificante motivo para reir en esos cuadros graves, enérgicos, de los que me habían hecho suponer cosas monstruosas. Esperaba yo algo de caricaturesco, una fantasía extraviada ó grotesca, y me encontraba ante un pintor admirable, de gran elevación, y de una finura y una franqueza extremadas. Los tipos eran verdaderos sin ser vulgares; las carnes, firmes y suavísimas, vivían su verdadera vida; los fondos se llenaban de aire, y daban á las figuras un vigor prodigioso. El colorido, tal vez un poco sordo, tiene una armonía casi dulce, mientras que la precisión de los tonos, la amplitud de ejecución determina los planos, y contribuyen á que cada detalle adquiriera relieve extraordinario. Cerrando ahora mismo los ojos, torno á ver aquellos enérgicos lienzos, de una sola pieza, hechos á cal y canto, reales hasta la vida y bellos hasta la verdad. Courbet es el único pintor de nuestra época; pertenece á la familia de los pintores de carnes; tiene por hermanos, quiéralo él ó no lo quiera, al Veronés, á Rembrandt y al Tiziano.

Proudhon ha visto, como yo los vi, los cuadros á que me refiero; pero él los ha visto de otro modo; prescindiendo de *las hechuras*, desde el punto de vista del pen-

samiento puro. Un lienzo es para Proudhon un asunto; pintadlo en rojo ó en verde, ¿qué le importa eso? El cuadro le dice lo mismo: él no entiende nada en pintura, y razona tranquilamente sobre las ideas. Proudhon comenta; obliga al cuadro á que signifique tal ó cuál cosa; de la forma, ni una palabra.

Por este camino llega hasta la payasada. El nuevo crítico de arte, el que se vanagloria de poner las bases de una ciencia nueva, formula sus juicios del modo siguiente: «*El regreso de la feria*, de Courbet, es la Francia rural, con su humor indeciso y su espíritu positivista, su lengua sencilla, sus pasiones dulces, su estilo sin énfasis, su pensamiento más cerca de la tierra que de las nubes, sus costumbres igualmente apartadas de la demagogia que de la democracia, su preferencia decidida por las maneras comunes, alejada de toda exaltación idealista, feliz bajo una autoridad templada, en ese justo medio tan querido por las gentes honradas, que, ¡ay!, las engaña constantemente». «*La Bañista* es una sátira contra la clase media. Sí, hela ahí; ahí está esa clase media gordinflona y adinerada, desfigurada por la gordura y por el lujo; esa clase en la cual la molicie y la masa ahogan los ideales y predestinada á morir de holgazanería, cuando no por exceso de grasa; hela ahí tal cual su necedad, su egoismo y su cocina nos la presentan.» «*Las Señoritas del Sena* y los *Picapedreros*, sirven para establecer un maravilloso paralelo: esas dos mujeres viven en medio del bienestar....., son verdaderas artistas. Pero el orgullo, el adulterio, el divorcio y el suicidio, sustituyendo á los amores, revolotean en torno suyo y las acompañan, las llevan en sus alas; por eso al fin parecen horribles: los *Picapedreros*, por el contrario, están gritando con sus harapos venganza contra el arte y contra

la sociedad; en el fondo son inofensivos, y sus almas están sanas.» Y Proudhon examina de esta manera cada lienzo, explicándolos todos y prestándoles un sentido político, religioso ó de sencilla policía de costumbres.

Los derechos del comentarista son amplios, lo sé; es permitido á todo espíritu decir lo que él siente á la vista de una obra de arte. Hasta hay observaciones atinadas y justas en lo que Proudhon piensa acerca de los cuadros de Courbet. Pero Proudhon es siempre el filósofo, y no quiere sentir como artista. Lo repito: solamente del asunto se cuida; lo discute, lo acaricia, se extasía ó se rebela. En absoluto considerado, nada malo hallo en esto; pero las admiraciones, los comentarios de Proudhon llegan á ser peligrosos cuando los sintetiza en una regla y pretende convertirlos en leyes del arte soñado por él. No ve Proudhon que Courbet existe por él mismo, no por los asuntos que ha escogido para sus obras; el artista habría pintado con el mismo pincel, romanos ó griegos, á Venus ó á Júpiter, y habría llegado á la altura misma en que se halla. El asunto ó las personas del cuadro son pretextos; el genio consiste en presentar ese objeto ó esas personas con más verdad ó con más grandeza. Por lo que á mí respecta, no es el árbol, ni es el rostro, ni la escena que eso representa, lo que me conmueve: me conmueve el hombre que encuentro en la obra, la individualidad poderosa que ha sabido crear al lado del mundo de Dios ese mundo personal que mis ojos no podrán olvidar nunca y reconocerán por dondequiera.

Soy admirador de Courbet de un modo absoluto; Proudhon lo es de un modo relativo. Sacrificando el artista á la obra, parece creer que puede reemplazarse fácilmente un maestro semejante, y expone sus teorías con tranquilidad, convencido de que le bastará hablar para

que la ciudad de sus sueños se pueble de maestros eminentes. Lo ridículo es que ha tomado á una individualidad por un sentimiento general. Morirá Courbet, y nacerán otros artistas que no se le parecerán en nada. El talento no se enseña: él crece en la dirección que le agrada. No creo que el pintor de Ornano crease escuela; de todas suertes, una escuela nada probaría. Puede afirmarse con toda certeza que el gran pintor de mañana no imitará á nadie directamente; porque si imitase á alguno, si no aportase ninguna personalidad propia, no sería gran pintor. Consúltese la historia del arte.

Aconsejo á los socialistas demócratas—los cuales, según parece, desean educar artistas para su uso particular—que contraten á varios centenares de obreros y que les enseñen el arte como se enseñan, en el colegio, el latín y el griego. Así tendrán, transcurrido que hayan cinco ó seis años, gentes que les harán con limpieza cuadros concebidos y ejecutados según su gusto y muy parecidos todos unos á otros, lo cual será testimonio de una conmovedora fraternidad y de una igualdad laudable. Entonces la pintura contribuirá en gran parte al perfeccionamiento de la especie. Pero que los socialistas demócratas no funden esperanza alguna sobre los artistas de genio libre y educados fuera de su reducida iglesia. Podrán hallar uno que les convenga ó poco menos; pero esperarán mil años antes de haber á las manos otro artista semejante al primero. Los obreros que hacemos nosotros nos obedecen y trabajan á nuestro capricho; pero los obreros que hace Dios solamente á Dios obedecen, y trabajan á capricho de su carne y de su inteligencia.

Comprendo que Proudhon celebraría atraerme hacia él, y que yo me alegraría de atraerle hacia mí. Pero no somos del mismo mundo; blasfemamos el uno para el otro.

Él desea hacer de mí un ciudadano; yo deseo hacer de él un artista. En esto finca el pleito. Su *arte nacional*, el realismo de su propiedad exclusiva, no son, para decir la verdad, sino una negación del arte, una insustancial ilustración de lugares comunes de la filosofía. Mi arte, por el contrario, el arte en que yo creo, es una negación de la sociedad, una afirmación del individuo fuera de todas las reglas y de todas las necesidades sociales. Comprendo perfectamente el embarazo que le produzco no aceptando una ocupación en su ciudad humanitaria; me pongo aparte, me engrandezco sobre los demás, menosprecio su justicia y sus leyes. Procediendo así, sé que mi corazón obra bien, que obedezco á mi naturaleza, y creo que mi obra será bella. Quédame un temor solo: consiento en ser inútil; pero no quiero ser perjudicial á mis hermanos. Cuando me pregunto á mí mismo, veo que, por el contrario, ellos me dan las gracias, y que yo les consuelo muy á menudo de las durezas de algunos filósofos. Averiguado esto, desde ahora, dormiré tranquilo.

Proudhon nos echa en cara á los novelistas y á los poetas que vivimos aislados, indiferentes, sin inquietarnos por el progreso.

Haré observar á Proudhon que nuestros pensamientos son absolutos, en tanto que los suyos sólo pueden ser relativos. Él trabaja como hombre práctico para el bienestar de la humanidad; no intenta la perfección, busca el mejor estado posible, y realiza después todos sus esfuerzos para mejorar, poco á poco, ese estado. Nosotros, por el contrario, llegamos de un salto á la perfección; en nuestro ensueño alcanzamos el ideal. Dado esto, compréndese el escaso interés que nos inspira la tierra. Nos hallamos allá, en las alturas del cielo, y ya no bajamos. Así se explica el hecho de que todos los desgraciados de este mundo

nos tiendan los brazos y se lancen hacia nosotros, apartándose de los moralistas.

No tengo para qué resumir ya el libro de Proudhon. Es la obra de un hombre, de todo en todo incompetente, y que, so capa de juzgar el Arte desde el punto de vista de su misión social, le abruma con sus enconos de hombre positivista; afirma que no quiere hablar sino de la idea pura, y su silencio acerca de lo demás, acerca del Arte mismo, es de tal manera desdeñoso, su odio á la personalidad es de tal modo exagerado, que habría procedido mejor titulando su libro: *De la muerte del arte y de su inutilidad en la sociedad*. Courbet, que es un artista eminentemente personal, no tiene mucho que agradecerle por el nombramiento de jefe de los pintamonas, curiosos y morales, que deben embadurnar colectivamente las paredes de su futura ciudad humanitaria.

EMILIO ZOLA.

Sección Hispano-Ultramarina.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

IV.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONES

Poco de lo que al presente se deplora existió, justo es decirlo, en los años primeros de la independencia de los Estados Unidos, cuando nadie imaginaba la esencial modificación que en el ejercicio de sus instituciones, ya que no en ellas mismas, se observa al presente. Un examen más detenido del concepto de la soberanía con que los Estados Unidos nacieron, así como del reinante entonces en su madre patria, y del ahora predominante en Suiza y otras muchas partes, al llegar á este punto se me impone, si he de dar á entender bien lo que va de ayer á hoy. Tratando el tantas veces citado James Bryce, de la opinión que entre los anglo-americanos niega á las Cámaras legislativas de los Estados el derecho de delegar, cuando les conviene, sus constitucionales atribuciones en el *referendum*, opinión fundada en la máxima *Delegata potestas non delegatur*, cuidadosamente advierte que al Parlamento inglés no se le podría disputar, porque su autoridad es *originaria*, nativa, y no delegada

por el pueblo. Tal es, y en realidad tiene que ser, la doctrina en las monarquías constitucionales. Pero ahí estuvo precisamente, desde el primer día, la distinción práctica entre la soberanía de los Estados Unidos y la de su metrópoli, porque éstos nunca dudaron que la suya se ejerciera por delegación del pueblo, ó sea de los Estados. No por eso se admitió, ni por pienso, allí, cual indiqué anteriormente, la soberanía popular á la francesa. Nótese, por el contrario, que la misma palabra *democracia* fué rechazada y condenada por uno de los fundadores y más grandes pensadores de los Estados Unidos, John Adams, en los siguientes términos : «Lo que ella en realidad significa es la ausencia de todo gobierno, y aconsejar al país que adopte semejante régimen, es proponerle el desorden y la destrucción» (1). Ya sé que aquí hay algo de cuestión de palabras ; pero su sentido, tratándose de quien conocía bien la República de Aristóteles, debe así y todo tomarse en cuenta. Añádase, que garantizando la Constitución federal, con sus enmiendas, á los Estados, la inviolabilidad de la forma republicana, de la libertad de conciencia, de la palabra, de la imprenta y de reunión pacífica, en términos casi iguales que la Confederación suiza, no establece como esta última el derecho al sufragio de todo hombre mayor de edad, quedando hoy mismo esta cuestión al arbitrio de los Estados particulares en América. Lo cual significa, al menos, que la soberanía de la total Nación nada tiene allí que ver con el sufragio universal. Ni éste existe en los Estados mismos como institución doctrinal, sino *prácticamente*, para usar de la obscura fórmula de Bryce, que á mi juicio quiere decir que, hallándose en relación ahora el número de representan-

(1) CLAUDIO JANNET : *Les États-Unis contemporaines* : Paris, 1889.

tes de la Cámara federal con la cantidad de electores de los Estados, por interés propio se encuentran éstos empujados á abandonar el voto restringido. Mas sea como quiera, el hecho es que cuando cuatro años ha publicó Mr. de Boutmy sus excelentes estudios sobre Derecho Constitucional (1), y aun á principios del presente, cuando se imprimió en Inglaterra el *Government Year Book*, de Lewis Sergeant (2), todavía el Estado de Rhode-Island negaba el derecho electoral á los ciudadanos naturalizados que no poseyesen cierta propiedad territorial; los de Pensilvania y Georgia concedían dicho derecho sólo á los contribuyentes por cualquier concepto; y Massachusetts, Como Connecticut, aparte de la condición de contribuyentes, exigían á todo elector, saber leer y escribir el primero, y leer el segundo siquiera. Excepciones y todo las anteriores, bastan á hacer aún patente de cuán diversa manera juzga esto la democracia anglo-americana que las demás.

Pero ¿qué tiene de extraño, si el propio ejercicio de la soberanía por las mayorías, está expuesto por los comentaristas de su derecho constitucional, en términos que á ningún republicano suizo ó francés se le ocurrirían jamás? ¿Cuándo han obrado los convencionales de 1793, ni sus discípulos helvéticos, como gente persuadida de que una mayoría pudiera ser igualmente facciosa, que una minoría rebelde, en ciertos casos? Pues desde 1787 constituía casi un dogma esopara el insigne Adams, y para muchos lo ha sido después. Faccioso es el número ante el concepto anglo-americano de la soberanía (3) cuando

(1) E. BOUTMY : *Études de Droit Constitutionnel* : Paris, 1885.

(2) *The Government Year Book*, edited by Lewis Sergeant : London, 1889.

(3) DUC DE NOAILLES : *Cent ans de Republique aux États-Unis* : Bourloton, 1886-89.

se sobrepone á los derechos individuales, idénticos en los ciudadanos, sumen éstos más, sumen menos. De allá viene la consideración de los dichos derechos individuales como soberanos únicos, que ha corrido en Europa por algún tiempo. No impidió esa doctrina que la Revolución anglo-americana, movida por el espíritu de independencia, principal determinante del concepto de soberanía nacional, desde luego diese al de su pueblo de Estados en conjunto un vigoroso y claro sentido, que se transmitió á todo naturalmente. En la Nación-madre, donde el partido *tory*, alternativamente gobernante, ni aun en el orden especulativo reconoce el principio de la soberanía popular, va ya, en el ínterin, para dos siglos, que ningún hombre de Estado concede al ejercicio de ella por la Corona límites tan amplios como se ha atribuido á sí propio desde el primer día el pueblo americano en los negocios comunes. Y, no obstante la tremenda excisión del Sur, que puso en tela de juicio esta total soberanía, ligaba entre sí ya entonces, como ahora liga, á las diversas regiones anglo-americanas, un sentimiento de *nacionalidad* mayor que reine en toda la Gran Bretaña, y más real que en Suiza, entre alemanes, italianos y franceses; sentimiento que engendra un tipo común, ni poco ni mucho obscurecido por las inmigraciones, con ser tan numerosas, que, á ejemplo de los indios desposeídos, titulan los europeos *yankee*, donde sucesivamente aparece, y con rapidez suma, lo extraño y lo propio fundido. Tal es como Nación aquel país vastísimo, hoy ocupado por una población enorme; y el más robusto y fiel guardador de ella, conviene ya demostrarlo, es el Presidente.

Dejo expuestas las principales causas de que la Constitución de 1787 crease un gran poder público, aunque temporal, en la Presidencia, no una mera delegación del

Congreso, ni siquiera un mandato, dependiente en el ejercicio de sus funciones de la soberanía popular, y lo que me falta es explicar sus medios de acción. No declara el Presidente la guerra, sino el Congreso; no nombra libérrimamente sus Ministros ni los funcionarios federales, antes bien, interviene en uno y otro la aprobación necesaria del Senado; pero con eso y todo, un importante libro inglés ha copiado sin escándalo la afirmación del americano Conway (1), de que entre la reina de Inglaterra y el Presidente, éste era el más poderoso de los dos. Aunque sea algo exagerada, semejante opinión proviene de que, según se ha observado, y continuará observándose en lo que resta, la realidad de los hechos no está de acuerdo siempre con los preceptos de las leyes escritas, y menos que nada lo que toca al positivo ejercicio de las funciones soberanas. Posee la Monarquía un poder necesariamente substancial y activo en el régimen representativo de Prusia, donde sus Ministros no dependen del Parlamento; mayor, si cabe, lo posee en todo régimen parlamentario, donde por modo decisivo influyen sus Ministros en las elecciones, y consecuentemente en la estructura de las Asambleas populares, tal cual sucede en Portugal é Italia; mas en el verdadero régimen de *gabinete* que, es el caso de Inglaterra, sus positivos medios son menos. Incalculable será el valor de la Corona, conforme dijo Bagehot, que estimó que se hundiría sin ella la Constitución inglesa; pero su fuerza, emanada del carácter y sentido histórico que conserva, es moral, y hasta religiosa, no directa y material. La Revolución está allí olvidada; el sentimiento de la legitimidad de todo punto restablecido; la persona que ocupa

(1) Palabras insertas en *The Government Year Book of 1889*, pág. 254.

el trono, á juicio de muchos de sus súbditos y con asentimiento de todos, reina aún *por la gracia de Dios*, que no por actos de la soberanía nacional (1); pero, en el ínterin, desde 1784 acá, el derecho constitucional exige que cuando una cosa piensa el Rey y otra la Cámara de los Comunes, le toque á ésta siempre la razón, como no apele aquél de su fallo al cuerpo electoral. Y si éste sentencia en pro de la disuelta Cámara, nadie reconoce más en la Corona la facultad de imponer su opinión (2). De tal suerte, el Rey está imposibilitado de poseer esos ministros que, desde el tiempo de Carlos II, constituyen su *Gabinete*, sin hallarse de completo acuerdo sobre el caso con el cuerpo electoral, directa ó indirectamente consultado. Pueril error sería confundir, ni en sus principios ni en sus consecuencias, este verdadero régimen de *gabinete* con los estrictamente parlamentarios, aunque en lo exterior se asemejen. Pide el primero, como requisito de todo punto indispensable, la preexistencia de un cuerpo electoral, que sea un poder real é independiente y que decida por sí, de veras, las cuestiones políticas que se le sometan. Donde esto falta, deben los más liberales contentarse con el mero régimen parlamentario, cuya mayor eficacia consiste en el influjo de la palabra; género de gobierno que de todos modos merece preferencia sobre la Monarquía pura. Tal es el consejo prudentísimo de sir C. Cornwall Lewis. No obstante todo lo dicho, la monarquía perpetua de Inglaterra, que continuamente atesora prestigio; la íntima, pero siempre creciente influencia personal de la reina Victoria, por ejemplo; sin duda logran un valor permanente, fuera de las oficiales prerrogativas

(1) W. BAGEHOT: *The British Constitution*: London, 1868.

(2) GEORGE CORNEWALL LEWIS: Obra citada, pág. 70, y lord JOHN RUSSELL: *An essay on the history of the english government and Constitution*: London, 1865.

de la Corona, que ni con mucho alcanza la Presidencia de los Estados Unidos. Mas si comparamos esta Monarquía de *gabinete* con la Presidencia de los Estados Unidos, tal y como durante su corto período de permanencia se puede ejercer, dijo verdad Conway : la ventaja queda de parte del Presidente, cuyo ministerio, una vez aceptado por el Senado, depende de él exclusivamente, sin la menor intervención del Congreso.

Á la fuerza que eso le da al Presidente, y á la que le añade su ordinario influjo sobre el poder judicial de la Confederación, júntase la que le presta su carácter de jefe de partido sobre las Cámaras, sobre toda administración federal y sobre el país en general ; y sin exponer, por de pronto, todo cuanto esta última significa, permítidme que resuma lo que es ó llega á ser de hecho aquella Presidencia, invocando ciertos recuerdos. Uno de los que la han ocupado, Jackson, hombre de guerra ante todo, con el auxilio de su titulado *Kitchen cabinet*, ó *gabinete de cocina*, compuesto de gentes de su partido, es decir, agentes electorales y periodistas, ejerció ya en el primer tercio de este siglo un poder superior á todos los de la Confederación, hasta el punto de merecer el nombre de dictador (1). Pasaron los años, y como Comandante constitucional en jefe del ejército y la marina, y de las milicias cuando están sobre las armas, fácilmente sobrepuso luego Lincoln los que llamaba sus poderes de guerra á todos los legales, suspendiendo por sí solo el *Habeas Corpus*, y aun los derechos individuales, anulando la esclavitud misma, no sin saltar por encima, es claro, del alto dique de la magistratura, que, como no podía menos, declaró su conducta inconstitucional. Y aún tuvo mayor

(1) ALBERT GIGOT : *La Démocratie autoritaire aux États-Unis* : Bourloton, 1885, pág. 161.

fortuna Lincoln que Jackson, cuando era General en campaña, porque sólo dos años después de las dictatoriales medidas del primero las sancionó el Congreso, el cual tardó en anular la pena al segundo impuesta por el Tribunal de Nueva Orleans, no menos que un cuarto de siglo. La *opinión pública*, elemento de que he de hablar después, en una Nación tan extraordinariamente poseída de su soberanía como la anglo-americana, se antepuso así con Lincoln á los textos constitucionales, como no se concibe que se hubiera jamás antepuesto la Corona de Inglaterra. Si más tarde Johnson pudo ser, aunque inútilmente, procesado por actos inconstitucionales, debido fué á que la *opinión pública* no estaba de su lado. La coordinación complicada de los elementos constitucionales; su compensación y fiscalización recíproca; todo cede allí, pues, cuando conviene, ante estos principios consignados ya por el *Federalist*: «Que un poder ejecutivo débil no puede ejecutar sino débilmente; que ejecución débil es sinónima de mala; y que un Gobierno que produzca tal consecuencia, cualquiera que su bondad teórica sea, en la práctica constituye un mal Gobierno (1)». Comentario perpetuo de su constitución suprema, estas palabras, siempre que es necesario, dirigen en los Estados Unidos la opinión pública. Mas, aun sin necesidad de hallarse en circunstancias extremas, la autoridad del Presidente alcanza una independencia en sus actos, de que por su lado no goza el poder legislativo, siempre sujeto á su veto. Los propios cuatro años de duración del cargo, cuando los Senadores son renovados por terceras partes cada dos, y cuando sólo se eligen por este plazo los representantes, de donde con frecuencia pro-

(1) *The Federalist*: Obra ya citada.

cede que la mayoría de una Cámara pertenezca á un partido y la de la otra al adversario, facilítanle al Presidente la primacía, porque difícilmente se pone de acuerdo el Congreso para dificultar en lo que pudiera su política. Póngase al cabo ó no, tampoco su enemiga le importa gran cosa. De hecho además, durante el tiempo de su gobierno, para muchos políticos anglo-americanos escásimo, nadie tiene autoridad ya hoy sobre su persona (1). Del referido proceso de Johnson ha surgido la conclusión de que el *impeachment*, ó derecho de las Cámaras de acusar y juzgar respectivamente al Presidente por sus actos gubernamentales, carece de toda eficacia, justificando el sarcasmo del anglo-americano que ha dicho de aquel recurso jurídico que hoy era un *trabuco oxidado*.

Pero el reverso de tantas ventajas está en la enfermedad grave que tiempo ha padece la Presidencia de los Estados Unidos, justamente originada por una de las cosas mismas que, según he dicho, acrecientan su poder, es decir, el desempeñarla siempre un hombre de partido. El clásico libro, titulado el *Federalist*, muestra en sus páginas hasta qué punto se vanaglorió cándidamente Hamilton de un método de elección presidencial, que ni los impugnadores más sistemáticos de la Constitución censuraron; método, desde entonces excelentísimo, á su parecer, y destinado á evitar siempre la corrupción. Los hechos que todo el mundo sabe dan un mentís tristísimo á tan generosa esperanza, porque las elecciones presidenciales constituyen, sin disputa, en nuestros días, la mayor fuente de corrupción que en aquel país exista, y acaso el peligro más grande de la sabia obra de Filadelfia. No son los electores de segundo grado, á número

(1) CHAMBRUN: *Le Pouvoir exécutif aux États-Unis*: París, 1876, página 344.

igual que la totalidad de senadores y representantes que cada Estado envía al Congreso, quienes eligen, como quiere la Constitución, al Presidente y Vicepresidente. Eso ha quedado en vana fórmula, porque el pueblo anglo-americano, que de un salto parecía haber llegado á toda la perfección posible en las instituciones políticas no bien triunfante la independencia, conténtase en su democratización presente, con prestar, como los primitivos hombres, su asentimiento, también egoísta, á cuanto anhelan los que sobre sí toman, ya por unos, ya por otros móviles, pero siempre interesados, la agradable empresa de gobernarlo. Con este ejemplo, por sus colosales caracteres decisivo, ¿quién protestará ya con santa indignación, en adelante, contra el antiguo postulado político, de que el asentimiento, que equivale á la indiferencia, sea ejercicio completo de soberanía, y bastante á hacer legítimo cualquier poder? Mucho se ha negado esto desde 1789, á propósito de los pueblos fieles, que pasivamente asistieron durante siglos al ejercicio absoluto de la soberanía por parte de sus monarcas; y, sin embargo, por unanimidad reconocen ahora los publicistas anglo-americanos, ingleses, italianos, alemanes, franceses, cuantos han escrito, en fin, sobre la política de los Estados Unidos, de cuarenta y más años acá, que, con efecto, la inmensa mayoría de los miembros de aquella Nación, por fortuna suya no corrompida, sino antes bien honrada, laboriosa, inteligente, discreta, enérgica por naturaleza, é independiente por hábito, deja hacer, y de ordinario sigue sin resistencia á los que la conducen á las elecciones de toda especie, y en primer término á las presidenciales. Lo que observó ya De Tocqueville se ha agravado más; y en todo cuanto se refiere al régimen usual del Estado, cada día están más fuera de la vida pública los ciudadanos

que en ella debieran interesarse más, por lo cual, y no obstante algunas protestas nobilísimas de la prensa y otros órganos de la opinión pública, la Nación queda entregada en todas sus esferas á los *politicians* ó políticos de oficio, con sus *caucus* ó conjuraciones inmorales y violentas, que convierten las primitivas oposiciones de principios en despiadada guerra de provechos personales. Al término de la lucha presidencial, sobre todo, mírase así la victoria, según dijo un Presidente honradísimo (1), no como el triunfo del hombre más capaz de hacer cabeza de uno de los pueblos más nobles del Universo, sino un reparto de botín; botín, no sólo compuesto de empleos, sino de negocios fraudulentos. Eso mismo proporcionalmente se ve y toca en las elecciones de gobernadores, de Asambleas legislativas, de magistrados, de funcionarios públicos de cualquiera especie, en los Estados. Úrgeme, sin embargo, advertir, antes de continuar adelante, que la alteza del puesto, los grandes deberes que tienen desde él que contemplarse, tratándose de una nación tan principal; la presencia en el mundo de las otras supremas personalidades que rigen Estados; la ordinaria elevación de ideas de los hombres que en sí sienten alguna superioridad, cuando no los ahoga el ansia de abrirse camino de cualquier modo; todo esto junto, y tal vez algunas causas más, producen el incontestable efecto de que, aun siendo, como se dice que son, hechuras de corrompidos políticos, y quedando en la lucha muy obligados, casi uncidos á la voluntad de sus interesados favorecedores, los Presidentes, con excepción rarísima, se muestran luego dignos de su cargo. ¿Quién lo diría? La ingratitude, sin duda, es obra aquí de virtud y

(1) Hayes, citado por Minghetti en su obra *I partiti politici e la ingerenza loro nella giustizia e nell amministrazione*: Bologna, 1881.

causa de beneficio público cual en parecidos casos en Suiza. Pero desde el Presidente, su Ministro de Negocios extranjeros, poco menos elevado por necesidad y costumbre que él, y algún que otro funcionario eminente, abajo, los innumerables individuos, que en las elecciones se proclaman vencedores, por testimonio conforme de los que deben saberlo de cierto, pueden ser, si no lo son por acaso, indignos de los empleos que se les distribuyen. Y ya se habrá comprendido que se hace todo esto mediante los partidos y á causa de la organización y el poder de ellos, en ningún otro país semejantes.

Algo he hablado ya de partidos á propósito de Suiza; pero allí no están compuestos, disciplinados y combinados entre los varios cantones de suerte que sean la *locomotora* á que va enganchado todo su régimen político, como de los Estados Unidos dice Bryce. Laméntase, no obstante, el doctor Dubs de que los partidos de su patria no se asemejen á los ingleses; y ¡oh! ¡cuánto más deben de eso quejarse los Estados Unidos! Cincuenta y cuatro años hace, cuando publicó De Tocqueville su célebre obra sobre los Estados Unidos, pretendió que nada había más difícil que organizar allí grandes partidos, después de muertos los antiguos, con lo cual pensaba que, si la felicidad de aquel país había ganado, no así su moralidad, pervertida por las innumerables fracciones políticas contendientes⁽¹⁾. Imposible parece que hombre de tamaño mérito supusiera que sin moralidad cupiese real acrecentamiento en el bien público; pero todavía sorprende más la importancia escasa que concedió al hecho de que ya en su tiempo «las clases ricas de la sociedad hubieran desaparecido allí del mundo político, hasta el punto de

(1) DE TOCQUEVILLE: De la *Démocratie en Amérique*, tomo II, cap. II.

que, lejos de proporcionar derechos la riqueza, era una causa de desfavor y un obstáculo para tomar parte en el Gobierno (1)». Bien pudiera haber cambiado De Tocqueville muchas, muchísimas de sus ingeniosas y aun sagaces observaciones por esta sola: que un país donde no había otro ideal que la adquisición de riqueza, donde podían adquirirla todos por iguales medios, mediante el trabajo y la honradez, y donde su creación incesante, prodigiosa, constituía el primer vínculo social, proscribirla del organismo del Estado era un aberración funesta y absurda, por sí sola capaz de minar y á la larga destruir el régimen que con tamaño amor describía. Cuando los Estados Unidos eran para él una asociación casi exclusivamente industrial y comerciante, ¿no es raro que juzgase natural, con tanto valor como á la igualdad atribuía, que precisamente la desigualdad se impusiese á los mejores industriales y los comerciantes mejores, que debían de ser allí los más ricos? Reconoce él mismo, por otra parte, la preferencia declarada de Washington por los que al tiempo de la Independencia podían pasar por hidalgos; y es verdad, con efecto, que la costumbre adquirida hizo allí que la elección de los empleados públicos recayese por bastante tiempo en los habitantes, merced á su trabajo, más acomodados, bastante en conformidad con el estilo de la madre patria. Mas desde antes de los días de Tocqueville cambió esto, y aunque sea la consecuencia lamentable, no debió de tener por causa única la envidia democrática. Así como no había potentados tradicionales que convertir en lores para el Senado, tampoco hubo de encontrarse al fin y al cabo con facilidad quien se encargase de todos los oficios gratuita-

(1) DE TOCQUEVILLE: *Ibidem*.

mente, y mucho menos de los penosos que obligaban á sacrificar á los públicos los asuntos propios. Y dado lo que en el país se llama burlescamente el rey *dollar*, ó sea el espíritu de especulación individual y á todo trance, para hacer pronto fortunas nuevas, que desde el principio animó á los anglo-americanos, una clase gobernante como la de Inglaterra, ni por lo gratuito de sus servicios, ni por sus respetos tradicionales, tenía en realidad allí probabilidad de ser. Mas no por eso el daño es menor; como que arranca de este punto, á mi juicio, la diferencia profundísima de los partidos ingleses y anglo-americanos.

En ocasiones varias he expuesto ya cuán singular importancia atribuyo á esta clase gobernante inglesa, esencialmente intacta hoy, no obstante los indudables progresos del sentimiento democrático en la nación. Para mí, ha de continuar siempre existiendo en muy semejantes condiciones á las de ahora, mientras con la nivelación ó comunidad de las fortunas no triunfe allí la barbarie; y en tanto, de eso depende, por la mayor parte, la final superioridad del régimen político inglés sobre todos los conocidos. ¿Concíbese que nunca envidie el *cuarto estado* á la clase gobernante inglesa sus gratuitos trabajos? ¿Dónde hallar hombres, por otro camino, que, sin necesidad de propio oficio, ni estímulo ninguno para abusar de las funciones públicas, voluntariamente se ofrezcan á servir á los demás? Funcionarios así tendrán del todo que reclutarse aún entre propietarios y capitalistas, más ó menos considerables, cuando totalmente deje de estar ya de moda la nobleza, conservándose en lo esencial sus ventajas. Pienso también que nada se presta más que el servicio gratuito, y moralmente afianzado, al tácito y universal asentimiento, esa inagotable fuente de poder.

El Estado asalariado en todas sus funciones y con funcionarios pasajeramente asalariados, aunque por necesidad exista en tantos países, ¿qué le hemos de hacer?: sobre ser más propenso realmente á la corrupción, ofrece mayor blanco á que se la suponga que el gratuito, cuando lo es de verdad, porque puede serlo. Que no trato aquí yo de las funciones servidas de balde, por quien carece, en tanto, de estrictos medios de vivir, porque frisa en milagro que no salgan esas siempre carísimas. Preguntad, si no, á vuestra memoria. Las mismas funciones asalariadas, desempeñadas por gentes que no tienen el salario por modo único de vivir, están desde luego exentas, que no es poco, de la ley fatal de la concurrencia, que no siempre puede someterse á la moral tanto, que salgan sólo á relucir en ella armas lícitas. Mas para comprender mejor todo esto por una comparación práctica de Estado á Estado, tomemos á la Gran Bretaña y los Estados Unidos por ejemplo, y oigamos, antes de todo, al inglés Bryce (1), subsecretario en la última administración de Gladstone, y perteneciente, por tanto, á lo más avanzado del liberalismo gobernante en la primera de estas naciones.

«Dícese comúnmente», escribe aquel autor desapasionado y hasta benévolo, «que las instituciones forman á los hombres; pero no es menos cierto que éstos dan á las instituciones su color y sus tendencias. Poco importa saber las reglas legales, el método y orden de un Gobierno, si no se conoce también algo á los hombres que dirigen su máquina, los cuales, por el espíritu con que la emplean, pueden convertirla en poderoso instrumento de bien ó mal. Son estos hombres los políticos; pero, ¿á

(1) JAMES BRYCE: Obra citada.

quiénes conviene tal calificativo? En Inglaterra lo aplicamos á aquellos que activamente se dedican á administrar, legislar, ó bien discutir la administración y la legislación: y así comprende á los Ministros de la Corona, miembros del Parlamento (aunque á algunos en la Cámara de los Comunes, y en la mayoría en la de los Lores, les interese la política poco), unos cuantos periodistas acreditados, y un corto número de personas más, escritores, lectores, organizadores y agitadores, que, en orden inferior, sirven para influir sobre el público. Á veces empléase el término en sentido más extenso, incluyendo á cuantos trabajan en favor de un partido político, como los presidentes y secretarios de las asociaciones locales, y las personas más activas de sus comités directivos. Los primeros, á quienes podría llamarse principal círculo de los políticos, sonlo de profesión, porque la política constituye su más asidua, aunque rara vez única, ocupación en la vida. Mas son en estos tiempos contadísimos los que de ella sacan dinero, ó cualquier provecho material. Los hay que esperan obtener un empleo; otros, en mayor número, piensan que un asiento en el Parlamento les ayudaría á llevar adelante sus negocios financieros, ó les pudiera proporcionar mejor posición en el mundo comercial: sin embargo, la idea de sacar de nada de eso sus medios de vivir entra en el cálculo de pocos. La otra clase, que cabe denominar círculo exterior de la política, compónese de gente que no es política de profesión; son personas que principalmente se ocupan en sus asuntos propios, y ninguno, haciendo excepción de tal cual secretario de comité, lector pagado, ó agente del registro, saca tampoco el menor provecho de su trabajo.» Hasta aquí no habla sino de su patria Bryce; y para explicar luego el modo distinto con que pasan las

cosas en los Estados Unidos, hace ante todo observar que el círculo principal ó de oficio, es en éstos más vasto, en absoluto, y con relación al círculo exterior, que en otras partes. Luego entra con tal motivo en las reflexiones que siguen : « Cuando en un gran país los negocios públicos crecen y ocupan cada vez más á los que se dedican á ellos ; cuando, ensanchándose la esfera del Gobierno, la administración es más complexa y está más estrechamente unida á los intereses industriales del país y del mundo, necesario es saber y considerar mayor número de cosas, y recaen los negocios naturalmente en manos de los hombres eminentes por su clase, fortuna ó habilidad, los cuales llegan á formar una especie de *clase gobernante*, con frecuencia *hereditaria*. La parte elevada de la administración civil queda así entre ellos, llenan sus miembros el Consejo supremo ó las Cámaras legisladoras, dirigiendo sus debates ; y, aunque reciban sueldo mientras desempeñan sus cargos, la mayoría de ellos posee recursos independientes, dedicándose en realidad á la política para adquirir fama ó mando, ó por gustar de las emociones que produce. Los pocos que no tienen medios particulares con que vivir, pueden continuar sus negocios y profesiones en la capital donde residen, ó ir al punto que les interesa. Todavía es este generalmente el caso en Inglaterra y otras naciones. Pero veamos las condiciones de los Estados Unidos, por su parte. Allí es relativamente corta la clase de personas acomodadas, con fortuna suficiente para no tener que depender de los negocios públicos, si se consagran á ellos, y el mayor número de estos acomodados vive en el campo, en el extranjero ó en las grandes ciudades. No existe, en los puntos donde precisamente se han de desempeñar, clase ninguna con aptitud hereditaria para los puestos

públicos ; ni hay allí grandes familias cuyos nombres sean por el pueblo conocidos, y que, enlazados por simpatías de sociedad y relaciones de parentesco, unos á otros se ayuden, y guarden en manos de sus miembros los cargos principales. La Nación, por otro lado, es muy grande, y tiene su capital política en una ciudad sin industria, sin fábricas, sin carreras profesionales. Aun las capitales de los Estados son con frecuencia ciudades relativamente pequeñas. De aquí el que ningún hombre pueda atender á un tiempo á sus negocios lucrativos y á figurar en el círculo principal de la política. Y como los miembros del Congreso y de las Cámaras legislativas de los Estados son invariablemente elegidos entre los residentes en dichas capitales, de tales funciones quedan excluidas todas las personas acomodadas que son forasteras. La corta duración, en tanto, de las funciones y el gran número de ellas que por elección se obtienen, hacen que sean éstas muy frecuentes ; y todas, con ligeras excepciones, se disputan entre los partidos, porque el resultado de cualquiera de las menos importantes, en que sólo se gana un insignificante empleo local, afecta más tarde á las de importancia suma, como la de miembro del Congreso, por ejemplo. Así se explica que estén siempre preparadas las listas de candidatos para todos los empleos vacantes. Y todo esto junto obliga á penosos trabajos en las elecciones y en la política local, trabajos que no cabe compensar meramente con la fama ó el honor, ni con la satisfacción de haber cumplido un deber. Hay, pues, que pagarlos de otro modo, y se paga ; pero en funciones públicas, ya asientos del Congreso, ya empleos federales ó de los Estados, incluyendo sus legisladores, ya en administraciones de las ciudades y condados, á lo cual hay que añadir las plazas de jueces, electivos en la mayor

parte de los Estados. Todos los funcionarios dichos son amovibles por natural consecuencia, y cambian cada vez que los partidos entran y salen del mando. Por estos caminos, la política ha llegado á ser una profesión como la de abogado ó comerciante, y la gente se dedica á ella comúnmente por dos motivos: primero, el del esperado salario; segundo, el de aprovecharse además de sus funciones para obtener provechos ilegítimos. Ni es de olvidar, que á todos los miembros altos y bajos de la administración federal; á la mitad ó la cuarta parte de los legisladores de los Estados, con todos sus funcionarios públicos; á los de las grandes ciudades y los condados, hay todavía que añadir un inmenso número de pretendientes, regimentados, ya en un partido, ya en otro, con la esperanza de futuras utilidades.»

Creo que habrán ganado mucho mis lectores oyendo á Bryce en vez de oirme á mí exponer todo esto directamente. Bastaría ese cuadro suyo para probar que ni la democracia, ni el régimen parlamentario, ni mucho menos el de gabinete, presentan semejante exceso de *empleomanía* en parte alguna, y que los partidos tampoco abusan en mayor grado de sus victorias en el país más pervertido. Por lo mismo que aquellos partidos no son oficiales, facticios, sino producto espontáneo de las instituciones y de las costumbres nacionales, y por tanto independientes, poderosos, fuerzas verdaderas, sin contrapeso ni límites en ninguna parte, cosas que todas á un tiempo tan sólo en una democracia pueden acontecer, los de los Estados Unidos llegan á extremos que en otras Naciones son imposibles. El capítulo especial y detallado que consagra en seguida Bryce á la corrupción oficial, fruto de tales partidos; el de Minghetti sobre igual asunto,

y todo el excelente libro del anglo-americano Seaman (1), sin otros muchísimos autorizados textos, contienen cosas á este propósito, que realmente causan vergüenza y hasta horror. No pediréis, sin duda, que me extienda mucho en este punto. ¿Para qué? No sé yo si habrá en el mundo quien se complazca en manchar las cosas grandes; lo que sé es que á mí toda mengua en ellas me entristece, sin dejarme humor para sátiras ni declamaciones. Los Estados Unidos, de todos modos, constituyen, en su conjunto, una de las más excelsas creaciones que los hombres hayan realizado jamás; y si la corrupción con que allí se ejerce la soberanía en los más de los asuntos es incontestable, patentiza eso una vez más, que no hay instituciones algunas, ni ningún pueblo, cualesquiera que sean sus méritos, que en su seno no abrigue impurezas. Pero basta con que nos sirva de lección ó ejemplo: Dios humilla así, con la esclavitud de la imperfección, á hombres y Naciones. Mejor, pues, que detallar el mal ejercicio de la usual soberanía, por los partidos anglo-americanos, prefiero explicar el casi constante asentimiento que la generalidad de la Nación les presta, por boca de algunos anglo-americanos. Uno de ellos, muy honrado, le dijo al respetabilísimo Minghetti estas frases, que confirman otras mías: «Bien sabemos que nuestra administración está llena de indignidades, dilapidaciones y robos, lo cual aumenta los gastos públicos; pero más nos conviene pagarlos con ese aditamento que tomarla á nuestro cargo; porque, empleando nuestro tiempo en negocios particulares, nos rinde diez veces más que así perdemos (2)». Otros muchísimos repiten sin escrúpulo:

(1) EZRA C. SEAMAN: *Le système du Gouvernement américain*: Traduction de Th. Hippert: Bruxelles, 1872.

(2) MINGHETTI: Obra citada.

« Más vale apresurarse á hacer la propia fortuna, y dejar á los *politicians* de profesión que gobiernen; cada uno á su oficio, y la política es el de los que ninguno saben ». Á lo cual añade M. Claudio Jannet, que nos lo cuenta: « Tiénense, en suma, por bastante ricos para que los roben ». Pero, con todo lo dicho, se han quedado los extranjeros, al describir estas singularidades, todavía muy atrás del autor anglo-americano que cité antes, y que años hace anda en manos de todos. Ezra C. Seaman, consejero legal de los Estados Unidos, observó y estudió durante más de cuarenta años, según dijo, el régimen político de su patria, por lo cual sería siempre más seguro recomendar su libro á quien por ventura no lo conozca, que exponer de nuevo cuanto él por sí mismo ó con ayuda de otros compatriotas suyos dió á conocer. Su conclusión general se reduce á que los partidos anglo-americanos hacen, sin que para nada les estorben sus leyes políticas, cuanto quieren, tal como si ellas no existieran. Pero véanse, siquiera estos particulares conceptos del referido autor: « No hay más poder en este país que el partido dominante; Gobierno y partido son una misma cosa; todas las obligaciones de partido se cifran en evitar que la menor migaja del patronato (ó sea de los favores oficiales) caiga en manos de cualquiera que esté fuera de él; ¿qué derecho tiene un hombre de partido, piensan los que los forman, á su propia conciencia? ¿qué necesidad de obrar por sí mismo, siguiendo sus nociones personales sobre el deber? » (1). No hay como negar, por tanto, crédito, al escritor francés Claudio Jannet, citado antes, admirador sumo de los Estados Unidos, y que allí está reputado por imparcial, cuando lo

(1) SEAMAN: Obra citada, págs. 118 á 119.

resume todo diciendo: «que la soberanía, ó bien el poder de hecho, se ejerce por el puñado de *politicians* que hacen las elecciones, y que el Gobierno es sólo una máscara para ellos (1)». Y aún enseña más, si se quiere, esta breve definición de Bryce: «la política no es allí ciencia de gobierno, sino arte de ganar elecciones y empleos (2)».

Los principios de gobierno, aunque algunos prefieran ó afecten naturalmente los partidos anglo-americanos, son á todo esto lo de menos. De Tocqueville pensaba que, no existiendo en los Estados Unidos las pasiones religiosas; que faltando ya los odios de clase porque el pueblo lo era todo; que no habiendo, en fin, miseria pública que explotar, cosa que, por supuesto, va ya habiendo, los grandes partidos no se podrían reproducir. ¡Quién se lo hubiera dicho! La inmoralidad que él no hizo más que entrever, ha bastado para reproducirlos, y con exceso. *Federalistas*, ó con tendencias á la unidad el uno, y *republicano*, ó con más inclinación al particularismo el otro, se titulaban los dos que en 1787 surgieron; los sucesivos pudieron tener más ó menos inclinación á la *plutocracia*, que no á la aristocracia, el uno, y el otro á la democracia igualitaria; mas todo esto con frecuencia ha ido cambiando de sentido real, dirección y nombre. Hoy parece el titulado demócrata algo mejor amigo de la autonomía de los Estados, y el republicano más de la extensión del poder federal; pero déjanse fácilmente llevar hacia lo uno ó lo otro, según sus conveniencias prácticas. Al decir de Bryce, el republicano no se tiene, en suma, sino por menos vicioso y más escrupuloso que su adversario el demócrata; pero ¿hay realmente en

(1) CLAUDIO JANNET: Obra citada, t. 1, pág. 63.

(2) JAMES BRYCE: Obra citada.

esto diferencia notable entre los dos? En el ínterin, las pinturas que de la corrupción de los legisladores, de los administradores, de los jueces, de los agentes de policía, cada día hacen los periódicos, cuesta trabajo creer que no sean exageradas; pero son al menos testimonios constantes y unánimes. Insisto, con todo, en que, mientras menos lugar dé aquí á tales extravíos, será mejor, y voy ya á limitarme á añadir lo puramente indispensable. Constituyen en la Nación anglo-americana sus partidos dos verdaderos Estados dentro de cada Estado confederado, y del de la Confederación misma. En vano, ya lo indiqué, la opinión pública, fortificada por la prensa, de vez en cuando intenta desacreditar estas terribles *máquinas*, porque ello es que siempre siguen en movimiento, sin que las ilusiones de los que esperan desmontarlas presenten hasta aquí probabilidad de éxito. En cada uno de los condados de que los Estados se componen, continúa residiendo y obrando una junta que pudiéramos llamar condal, constituida por delegaciones de todos los barrios de las ciudades, de las poblaciones rurales que no gozan municipios propios, y de las asociaciones diversas de distrito. Para entrar en funciones, demándasele á cada miembro de dicha junta que firme el credo político del partido, y un formal compromiso de votar las listas de candidatos que éste presente para los empleos. Tan pronto como el centro condal queda establecido, celebra una primordial sesión, en que nombra su comisión ejecutiva y reglamenta el trabajo de elegir los candidatos del partido. No queda tras esto sino designar en las juntas condales los delegados que han de formar la *Convención* del Estado; y desde la del más mínimo empleo municipal hasta la del Presidente de la República, pasan todas las candidaturas luego por estas

corporaciones, que alcanzan mayor poder que las respectivas Cámaras legislativas. El duque de Noailles, que más recientemente aún que Bryce, en estos mismos días, ha acabado de exponer las condiciones políticas de los Estados Unidos, confirma que allí son bastante más obedidas las reglas por los partidos impuestas para todo, que las constitucionales (1). Las Convenciones se entienden y conciertan entre sí perfectamente luego, y todas juntas influyen también más en la dirección del Gobierno, que el acuerdo completo del Congreso federal. Á tal organización se da el nombre genérico de *caucus*, que ya he citado al paso; palabra que en su origen significa reunión de bebedores para hablar de política, y hoy se encuentra elevada á denominación del verdadero soberano usual en territorio tan vasto y tan grande, y tan inteligente y rica población como la de los Estados Unidos.

Vengo diciendo *usual*, porque por encima de todo lo dicho hay, sin duda, que contar á veces con la opinión pública; aquella opinión pública que hizo dictador á Lincoln, sin deliberar ni votar, y que guardan los anglo-americanos para todo momento supremo, pensando que les salvará al fin y al cabo de cualquiera riesgo, siempre que sea indispensable y que ella surga y se levante omnipotente. Á mis ojos, nada hasta aquí prueba, con efecto, que la voz del pueblo, del verdadero y total pueblo americano, por sujeta que parezca al egoismo tácito de los más, no se haga oír también cuando sea necesario. No hubiera, sin duda, impedido partido alguno de por sí que la esclavitud se suprimiese á su hora, bien que la corrupción por ellos dirigida produjera, aun entonces, di-

(1) NOAILLES : Obra citada, pág. 384.

lapidaciones inauditas, y llegase en la guerra hasta la indeficencia. Tampoco la decisión, ni la prosecución de cualquiera otra guerra popular, quedaría en mi concepto fiada á los partidos. No puedo abrigar, con todo, de la soberanía de la opinión pública de los Estados Unidos, el concepto de Bryce, que, después de lo expuesto por él mismo acerca del influjo interesado y absorbente de los partidos, pretende que aquélla es continua y totalmente soberana. Imposible es para mí dejar de ver una contradicción palpable entre los capítulos que este escritor consagra al *sistema* de partido, y los que dedica á la opinión pública. Á las veces confunde á ésta con aquél visiblemente. Bien creo yo que cara á cara nunca osarán contrariar los partidos á la opinión pública, porque, cuando lo hicieran, la masa irresistible del pueblo los arrollaría fácilmente. Bien sé que procurarán atraérsela sin tregua por medio de la prensa, de los *meetings*, de los discursos, de los manifiestos y todo medio conocido. Tampoco negará nadie que el sentido y la conciencia nacional esté sobre los partidos; pero, todo esto, ¿qué vale para los muchísimos casos ordinarios en que egoístamente les cede el pueblo la palabra? Que la opinión pública, más serena y más inclinada á lo grande, y en los Estados Unidos constituida por más gente que piensa que en otras partes, sea para los partidos un límite en todo aquello que realmente la apasione, sea en buen hora. Mas, por desgracia, también lo que se conoce por opinión pública, simple adición del momento á los partidos, de aquellos que por lo común quedan indiferentes, de los mal enterados, de los que nunca se han tomado el trabajo de aprender á juzgar los negocios públicos, está lejos de ser segura guía en los más de los casos. Otra cosa es la conciencia nacional de que hablaré más tarde; pero la

:

dirección de lo que se llama *opinión pública*, puede ser tan funesta á veces como la de los partidos mismos. Por eso, en suma, las instituciones políticas, dotadas de permanentes derechos, son indispensables. Ellas pueden dar tiempo, primero, á que se distinga la opinión pública con evidencia, cosa difícil, y luego, á que con sus propios contrastes se aclare ó depure. Después, Dios la guíe, que ya he dicho en qué ocasiones pienso que la guiará de veras.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

LA MUJER ESPAÑOLA (1)



EL pasado año de 1889 la *Fortnightly Review*, importante publicación que ve la luz en Londres, pidió á Julio Simon un estudio sobre *La mujer francesa* y á mí otro sobre *La mujer española*. El original español de mi trabajo se encontraba inédito, y yo me resistía á publicarlo, comprendiendo que para España un estudio de tal índole y sobre tan delicado asunto pedía mayor desarrollo y extensión, al par que requería prescindir de ciertos detalles necesarios para el lector inglés, y acaso triviales entre nosotros. Por último, me he resuelto á entregarlo á la prensa tal como salió de la pluma, aunque sin quedar curada de mis recelos, y deseando que esta advertencia me valga la tolerancia del público.

(1) Creemos que nuestros lectores agradecerán que hayamos obtenido de nuestra eminente colaboradora Sra. Pardo Bazán, la inserción de cuatro artículos que ella no quería imprimir en lengua española por las razones que indica al encabezar el primero. Los extraordinarios encomios que merecieron de la prensa inglesa al ver la luz en la *Fortnightly Review*, y lo curioso del asunto, nos obligaron á rogar á dicha señora que quebrantase su propósito en interés de los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. (N. de la D.)

I.

Al hablar de la mujer en mi patria, desearía poder atribuirle sin restricción virtudes, cualidades y méritos, presentándola como un dechado de perfecciones ; pues siendo yo igualmente mujer y española, cuanto realce dé á nuestras mujeres ha de refluir en mí. Aparte de que siempre granjea más simpatías del público quien ensalza que quien aprecia imparcialmente el estado de las costumbres ; y en España, á veces, constituye un acto de valor decir por escrito lo que todo el mundo reconoce de palabra, por lo cual el escritor se ve precisado á dorar la píldora.

Yo, aun comprendiendo lo arduo de la cuestión y escribiendo para mis compatriotas, no la doraría : hablaría clara y explícitamente, como hablo siempre en las cuestiones graves y vitales en que no puede ser ley la cortesía. Pero la obligación de ser verídico aumenta cuando nos dirigimos á lectores extranjeros, que nos piden informes francos y leales, y casi no tienen medio de rectificar los errores en que pudiese inducirles nuestra inexactitud.

No se crea, sin embargo, por lo que indico, que voy á censurar agriamente á la mujer española ; á trazar una especie de sátira á lo Juvenal ó á lo Boileau. Ni hay motivo para ello, ni habría riguroso derecho, aunque hubiese motivo ; porque los defectos de la mujer española, dado su estado social, en gran parte deben achacarse al hombre, que es, por decirlo así, quien modela y esculpe el alma femenina. Acaso en la sociedad francesa de hace

doscientos años, cuando ejercía omnímodo imperio una favorita y daba el tono una reunión de *preciosas*, pudo repetirse con algún fundamento el axioma de que «los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres». Lo que es en la España contemporánea, de diez actos consuetudinarios que una mujer ejecute, nueve por lo menos obedecen á ideas que el hombre la ha sugerido; y no sería justo ni razonable exigirla completa responsabilidad, ni perder de vista este dato importante.

Para entender lo que es hoy la mujer española, hay que recordar el cambio, ó, mejor dicho, la transformación que sufre España desde principios del siglo XIX, rechazada ya la invasión napoleónica. La Revolución francesa, que apenas había logrado influir directamente en nosotros, lo consiguió por modo indirecto á favor del violento choque de una épica lucha. Nuestra guerra de la Independencia, pareciendo terrible protesta contra la nueva forma social de la nación vecina, fué en realidad vehículo por donde el espíritu revolucionario y las ideas modernas penetraron hasta nosotros salvando la valla del Pirineo. Desde que se reunieron las Cortes de Cádiz en 1812, destacóse claramente la nueva España constitucional, llamada á domeñar á la antigua en repetidas y sangrientas luchas civiles. Para robustecerse y vivir, necesitaba la España joven combatir sin tregua á la vieja, autoritaria y devota, sujeta á un absolutismo, sólo en ocasiones ilustrado, por los reyes de la Casa de Borbón; y no combatirla solamente en los campos de batalla, sino en el terreno de las costumbres. Modificación tan profunda tenía que reflejarse en el estado social y moral de la mujer, y, por consiguiente, en el de la familia.

La mujer del siglo XVIII, entre nosotros, se diferencia totalmente de la de Francia en los albores de la Revolu-

ción. Mientras la francesa del siglo XVIII es quizá la más ingeniosa, escéptica y libre que registra en sus anales la historia (sin exceptuar á la mujer ateniense), la española es la más rezadora, dócil é ignorante. Obsérvese que he dicho *rezadora* y no *cristiana*, porque cristianas juzgo que lo eran mejor, y con más sólido fundamento, las ínclitas mujeres de los siglos XVI y XVII, á cuya cabeza brilla la gran reina Isabel I. Bajo el Renacimiento, la mujer española, tan piadosa como sabia, lejos de contentarse con una instrucción inferior ó nula, desempeña cátedras de retórica y latín, como Isabel Galindo, ó ensancha los dominios de la especulación filosófica, como Oliva Sabuco. En el siglo XVIII, de tal manera se perdieron estas tradiciones, que se juzgaba peligroso enseñar el alfabeto á las muchachas, porque, sabiendo lectura y escritura, les era fácil cartearse con sus novios. De cierta bisabuela mía, procedente de casa gallega muy ilustre, he oído contar que tuvo que aprender á escribir sola, copiando las letras de un libro impreso, sirviéndole de pluma un palo aguzado, y de tinta un poco zumo de moras. Saludable ignorancia; sumisión absoluta á la autoridad paternal y conyugal; prácticas religiosas, y recogimiento sumo, eran los mandamientos que acataba la española del siglo pasado; contra ellos esgrimió el azote satírico nuestro excelso Moratín en *El sí de las niñas*, *El viejo y la niña* y *La mojigata*. La moraleja de estas tres comedias equivalía á una transformación capital del elemento femenino.

El tipo de la española antes de las Cortes de Cádiz ha llegado á ser clásico, tan clásico como el garbanzo y el bolero. Esta mujer neta y castiza no salía más que á misa, muy temprano (pues, según el refrán, *la mujer honrada, la pierna quebrada*). Vestía angosta saya de cúbica ó

alepín; pañolito blanco sujeto con alfiler de oro; basquiña de terciopelo; mantilla de blonda, y su único lujo,—lujo de mujer emparedada que no anda nunca,—era la media de seda calada y el chapín de raso. Ocupaba esta mujer las horas en labores manuales, repasando, calcetando, aplanchando, bordando al bastidor ó haciendo dulce de conserva; zurcía mucho, con gran detrimento de la vista; —todavía en mi niñez me enseñaba mi madre, como trabajo de mérito, unas almohadas zurcidas por mi bisabuela, donde casi los zurcidos formaban un tejido nuevo. —Esta mujer, si sabía de lectura, no conocía más libros que el de Misa, el Año cristiano y el Catecismo, que enseñaba á sus hijos á fuerza de azotes; porque el azotar á los chicos era entonces una especie de rito, del cual no sería correcto prescindir, según lo de *qui diligit filium, assiduat illi flagella*. Esta mujer guiaba el rosario, á que asistían todos los criados y la familia; daba de noche la bendición á sus hijos, que le besaban la mano, aunque peinasen barbas ó estuviesen casados ya; consultaba los asuntos domésticos con algún fraile, y tenía recetas caseras para todas las enfermedades conocidas. Tan genuina figura femenil no podía menos de desaparecer al advenimiento de la sociedad moderna.

No afirmo que todo fuese virtud en la antigua. Me desmentirían á voces los escandalosos recuerdos de la corte de Carlos IV, las duquesas yéndose á merendar en la pradera con los toreros, ó á cenar en casa de las comediantas; las reinas encumbrando á sus favoritos y cubriéndoles de oro y honores; las damas entregadas (aparte de otras pasiones más excusables porque las impone la naturaleza) al vicio del juego, atestando de onzas el bolsillejo de abalorio, y perdiendo en una noche un quiñón de su hacienda. Sólo quise decir que el tipo

clásico de la mujer «á la antigua española» era el más común antes del año 12, y ha llegado á caracterizar la sociedad anterior al régimen constitucional; y añadiré que las mujeres devotas y recogidas y las damas galantes que Goya pintó en los frescos de la ermita de San Antonio, fueron dos formas distintas, pero conexas é inseparables, de una misma época; dos figuras de la España antigua, que ninguna de las dos cabe en el siglo XVIII francés, donde virtudes y vicios presentan un sello de intelectualismo evidente.

El cambio social tenía que traer, como ineludible consecuencia, la evolución del tipo femenino; y lo sorprendente es que el hombre de la España nueva, que anheló y procuró ese cambio radicalísimo, no se haya resignado aún á que, variando todo—instituciones, leyes, costumbres y sentimientos,—el patrón de la mujer también variase. Y no cabe duda: el hombre no se conforma con que varíe ó evolucione la mujer. Para el español, por más liberal y avanzado que sea, no vacilo en decirlo, el ideal femenino no está en el porvenir, ni aun en el presente, sino en el pasado. La esposa modelo sigue siendo la de cien años hace. Detengámonos en profundizar esta observación, porque ella nos dará la clave de varias contradicciones y enigmas, á primera vista inexplicables, que ofrece la española contemporánea.

Cuando estalló la guerra de la Independencia, poseía España uno de los elementos que más robustecen la conciencia nacional: y era la unidad del sentimiento público en los dos sexos. De esta concordia (que también poseyó Francia durante el período revolucionario) se engendra el patriotismo en el hogar; el patriotismo transmisible á las generaciones futuras. Esperadlo todo de la nación donde semejante concordia existe.

Más iguales entonces el varón y la hembra en sus funciones de ciudadanía, puesto que aquél no ejercía aún los derechos políticos que hoy le otorga el sistema parlamentario negándolos por completo á la mujer, la sociedad no se dividía, como ahora, en dos porciones política y nacionalmente heterogéneas. Sentía y pensaba lo mismo la mujer que el hombre, y eran ambos católicos, monárquicos castizos, enemigos del extranjero hasta la medula de los huesos. Así es que el papel de la mujer en la defensa contra el francés no fué menos activo que el del hombre. Dócil y pasiva en circunstancias ordinarias, la mujer «á la antigua española» supo mostrar, cuando vió la patria en peligro, que bajo su honesta basquiña latía el corazón indomable de las heroínas de Celtiberia. Con las manos acostumbradas á pasar las cuentas de la camándula ó á mover el abanico de lentejuelas y tul, supo arrojar en los pozos á los granaderos de la guardia vieja, y aplicar la mecha al cañón.

Acaso entrando en el terreno de la hipótesis, me dirán que volvería á suceder lo mismo si se renovase la invasión extranjera. No lo creo. Este heroísmo femenino se daría quizá como caso aislado; como hecho general, no. Y se daría más bien en el pueblo ó en la aristocracia que en la clase media, que es la que más ha sentido el influjo de la transformación política y social en beneficio del varón. Los últimos chispazos de conciencia pública en la mujer española fueron sus protestas y la especie de *fronda* que organizó cuando la Revolución de Septiembre de 1868 tomó color anticatólico y Amadeo I se sentó en el trono. Al mismo orden de manifestaciones pertenece la cooperación que las mujeres (las aldeanas sobre todo) prestaron al alzamiento carlista en las provincias del Norte. (Y nótese cómo siempre que la mujer

española revela interés político, se adhiere á la España antigua; la nueva, socialmente hablando, no se ha formado su elemento femenino.) Extinguida la última guerra civil, la mujer no vuelve á pensar en negocios públicos; si algunas señoras adoptan la costumbre de frecuentar las tribunas del Congreso, es por distracción, por ver ó ser vistas. Quejábame hace pocos días un amigo mío, de ideas nada reaccionarias, de que la mujer española carece de ideal; y pensaba yo, al oír su queja, que no puede tenerlo, porque ni le han infundido el nuevo, ni le han respetado el antiguo.

Adolece el hombre, en España, de un dualismo penoso. Inclinado á las novedades sociológicas con tal ardor, que en ningún país, salvo quizá en el Japón, han sido más radicales y súbitas las reformas, siente á la vez de un modo tan intenso el apego á la tradición, que siempre vuelve á ella, como el esposo infiel á la esposa constante. Y el punto en que la tradición se impone con mayor fuerza al español, porque late, digámoslo así, en el fondo de su sangre semítica, es el de las cuestiones relativas á la mujer. Para el español,—insisto en ello,—todo puede y debe transformarse; sólo la mujer ha de mantenerse inmutable y fija como la estrella polar. Preguntad al hombre más liberal de España qué condiciones tiene que reunir la mujer según su corazón, y os trazará un diseño muy poco diferente del que delineó Fr. Luis de León en *La perfecta casada*, ó Juan Luis Vives en *La institución de la mujer cristiana*, si ya no es que remontando más la corriente de los tiempos, sube hasta la Biblia y no se conforma sino con la *Mujer fuerte*. Al mismo tiempo que dibuja tan severa silueta, y pide á la hembra las virtudes del filósofo estoico y del ángel reunidas, el español la quiere metida en una campana de cristal

que la aisle del mundo exterior por medio de la ignorancia. Hombre conozco que se pasa la vida patullando en el charco de la política, y censura como el mayor delito ó escarnece como la mayor ridiculez el que una mujer se atreva á emitir opinión sobre un negocio público. Y en cuanto á conocimientos de otro orden, muchos opinan lo mismo que el papá de una amiga mía, que, habiéndole preguntado su hija si Rusia está al Norte, contestó muy enojado:

—Á las mujeres de bien no les hace falta saber eso.

Repito que la distancia social entre los dos sexos es hoy mayor que era en la España antigua, porque el hombre ha ganado derechos y franquicias que la mujer no comparte. Suponed á dos personas en un mismo punto; haced que la una avance y que la otra permanezca inmóvil: todo lo que avance la primera, se queda atrás la segunda. Cada nueva conquista del hombre en el terreno de las libertades políticas, ahonda el abismo moral que le separa de la mujer, y hace el papel de ésta más pasivo y enigmático. Libertad de enseñanza, libertad de cultos, derecho de reunión, sufragio, parlamentarismo, sirven para que media sociedad (la masculina) gane fuerzas y actividades á expensas de la otra media femenina. Hoy ninguna mujer de España—empezando por la que ocupa el trono—goza de verdadera influencia política; y en otras cuestiones no menos graves, el pensamiento femenino tiende á ajustarse fielmente á las ideas sugeridas por el viril, el único fuerte.

Á fin de demostrar la exactitud de este aserto, me bastará analizar un solo aspecto del alma femenina en España: el aspecto religioso.

Ya dejo dicho que en mi patria, lejos de aspirar el hombre á que la mujer sienta y piense como él, le place

que viva una vida psíquica y cerebral, no sólo inferior, sino enteramente diversa. La mujer española es creyente por instinto, no lo niego, pero ayuda mucho al desarrollo de ese instinto la ley, promulgada por los hombres, de que, sean ellos lo que gusten, —deistas, ateos, escépticos ó racionalistas,—sus hijas, hermanas, esposas y madres no pueden ser ni son más que acendradas católicas. Recuerdo que en una ciudad de provincia se organizó hace tiempo un *meeting* de librepensadores, arreglado y presidido por un profesor muy republicano, quien anunció en los diarios que podían asistir señoras. Como después del *meeting* le preguntasen por qué no había llevado á la suya, contestó lleno de horror: «¿Á mi esposa? Mi esposa no es librepensadora, gracias á Dios».

No seré yo quien me queje de que persista el espíritu religioso en la mujer, y ojalá persistiese también en el hombre, que buena falta le hace; sólo quiero poner patente la contradicción, el desequilibrio y el carácter un tanto humillante que tiene para la mujer esa consigna impuesta por el varón de no romper el freno de las creencias. Júzgase el varón un ser superior, autorizado para sacudir todo yugo, desacatar toda autoridad, y proceder con arreglo á la moral elástica que él mismo se forja; pero llevado de la tendencia despótica y celosa propia de las razas africanas, como no es factible ponerle á la mujer un vigilante negro, de puñal en cinto, le pone un *custodio* augusto: ¡Dios!

Dios es, pues, para la española, el guardián que defiende la pureza del tálamo; lo cual ofrece la ventaja de que, si el marido se distrae y solaza fuera, el guardián se convierte en consolador y en sano consejero, que, tomando el alma herida en sus manos amorosas, la curará con

bálsamo suave, apartándola del sendero de perdición.

Así se explica el que ningún español (salvando excepciones, que por lo escasas confirman la regla) quiera ver á las mujeres de su familia apartadas de la religión en que nacieron. Hombre hay que no se confiesa hace treinta años, y le parecería ofensivo oír que su mujer no había cumplido con el precepto en la pasada Cuaresma. Notemos que esta susceptibilidad crece si la refuerza el filial cariño. Ningún incrédulo deja de revelar cierta sensibilidad cuando evoca los días de su infancia, recordando las creencias que le inculcó su madre. No haber recibido de su madre enseñanza religiosa, se juzga casi tan humillante como no tener padre conocido: y decirle á un hombre que su madre carecía de principios religiosos, es ultrajarle poco menos que si la acusásemos de libertinaje.

De este dualismo en el criterio varonil nacen contrastes sumamente curiosos entre la vida privada y la pública de los personajes políticos españoles. Mientras exteriormente alardean de innovadores y hasta demoledores, en su hogar doméstico levantan altares á la tradición, y se asocian á las prácticas religiosas de la familia. Estanislao Figueras, presidente que fué de la República, rezaba diariamente el rosario con su mujer. En la mesa de Emilio Castelar, otro presidente, y además tribuno democrático, no se sirvió carne los días de vigilia, mientras vivió su hermana Concha. Con su don de embellecerlo todo, Castelar explicaba estos miramientos de una manera sumamente poética y linda. «Mi hermana—decía el célebre orador—representa para mí el hogar ya deshecho de nuestros padres, las gratas memorias de la infancia, y ese período juvenil en que con tanta fuerza se ama y se cree. Las prácticas católicas que mi hermana me impone, me calientan el corazón.»

Son hechos tan comunes y repetidos que nadie fija su atención en ellos, el que ínterin las mujeres oyen misa los maridos las esperen recostados en algún pilar del pórtico, y el que á los ejercicios espirituales, triduos, novenas y comuniones apenas asistan más que mujeres, algún sacerdote ó algún carlista. De tal manera les han cedido los hombres el campo de la devoción, que los predicadores se han visto obligados á idear un subterfugio para conseguir algún auditorio masculino. Consiste en anunciar unas pláticas ó conferencias, que por versar sobre asuntos muy hondos de ciencia, moral ó filosofía, no pueden ser atendidas por mujeres. Lisonjeada así la vanidad varonil en su punto más cosquilloso, que es el exclusivismo intelectual, la iglesia se llena, y aunque regularmente las conferencias no rebasan de un límite vulgar, inferior á cualquier artículo de revista, con la golosina de ser «para hombres solos», consiguen éxito y público.

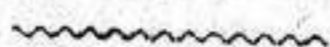
Me apresuro á añadir que al abandonar el terreno de la devoción á la mujer, no permite el hombre que en él se detenga hasta echar raíces. Le prohíbe ser librepensadora, mas no le consiente arrobos y extremos místicos. Detrás de la devota exaltada ve el padre, hermano ó marido alzarse la negra sombra del director espiritual, un rival en autoridad, tanto más temible cuanto que suele reunir el prestigio de una conducta pura y venerable al de una instrucción superior casi siempre—al menos en cuestiones morales y teológicas—á la de los laicos. Así es que de todas las prácticas religiosas de la mujer, la que el hombre mira con más recelo es la confesión frecuente. Á veces ocasiona verdaderas guerras domésticas. Hay en España algunas ciudades (en Vizcaya y Andalucía), donde el influjo de los Jesuítas es tan grande, que las familias

se rigen por el consejo dado en el confesonario; y no sabré ponderar la impaciencia y enfado con que los hombres ven este influjo, ni las insinuaciones malévolas y hasta calumniosas con que disputan á los Jesuítas el dominio del alma femenil.

Y, sin embargo, los maridos, ó en general los que ejercen autoridad sobre la mujer, saben que el confesor no es para ellos un enemigo, sino más bien un aliado. No sucede casi nunca que el confesor aconseje á la mujer que proteste, luche y se emancipe, sino que se someta, doblegue y conforme. Sólo en raras ocasiones, cuando puede peligrar la fe, el confesor recordará á la penitente que ella no ha de perderse ni salvarse en compañía de su marido, y que el alma no se enajena al contraer nupcias. Á pesar de tanta cautela y moderación por parte de los confesores, afirmo que el hombre no ve con gusto la confesión frecuente ni la religiosidad entusiasta. Lo que desea para la mujer es una piedad tibia: un justo medio de piedad. Y la mujer ha tomado dócilmente ese camino: ni se exalta, ni se descarría.

EMILIA PARDO BAZÁN.

VERDADES POÉTICAS



CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO PUBLICADO POR
MELCHOR DE PALAU. PRÓLOGO DE D. JOSÉ R. CARRACIDO.

ESTA obra está contenida, con prólogo y todo, en un cuadernito de 80 páginas, y sin embargo sugiere tantas reflexiones, aun al menos reflexivo, que para exponerlas con orden y reposo sería menester escribir un libro de cinco veces más lectura: de 400 páginas lo menos.

Por fortuna ó por desgracia, según el gusto de cada cual, no tiene tiempo quien esto escribe para exponer aquí dichas reflexiones con la debida amplitud. Se limitará, pues, á apuntarlas en cifra y apresuradamente.

Ya se entiende, desde luego, que en esta declaración, de que el cuaderno del Sr. Palau da mucho en que pensar, va implícito muy lisonjero encomio. Lo vulgar ó lo insignificante no estimula la mente de nadie, ni despierta jamás en ella pensamientos ni ideas.

Las composiciones en verso que contiene el cuaderno cuyo título va como epígrafe, son, pues, bellas, discretas é inspiradas, lo cual no es afirmar que sea verdad lo que afirman.

:

Y, con todo, hace ya doscientos años ó más, que dijo un crítico: *rien n'est beau que le vrai*; pero, antes de que lo dijese este crítico, lo habían dicho otros, y antes otros, si bien con diversa frase y en diversa lengua; por donde creemos fácil de probar que, desde que hubo poesía, todo crítico juicioso sostuvo lo mismo: la ecuación entre la verdad y la belleza: la absoluta imposibilidad de que sea bello lo falso.

El distingo que importa hacer á fin de salvar esta primera contradicción, es que la verdad del sabio es una, y la verdad del poeta es otra. Lo que importa para que el uno sea buen sabio y el otro buen poeta, es que ambos se muestren verídicos, pero cada cual á su modo. Entendidas las cosas de otra suerte, armaríamos un enredo que ni el mismo diablo sería capaz de desatar.

Aclaremos esto con un ejemplo. Consideremos las poesías de tres ilustres italianos: Manzoni, Carducci y Leopardi. Los dos primeros coinciden en creer que la humanidad progresa, que vamos de bien en mejor, y discrepan en que el primero entiende que toda la ventura presente y la mayor ventura de las venideras edades se deben á Cristo y á su doctrina, y en que entiende el otro que Cristo y su doctrina han traído mil males al linaje humano, cuyo progreso y bien consisten en que ya pocos hombres creen en Cristo, y en que con el andar del tiempo no creerá nadie. Acudamos después al tercer poeta, á Leopardi, y veremos que, lejos de poner en paz á sus dos colegas, ó de abarcar en una síntesis la oposición, contradice á ambos, y sostiene que ni Júpiter, ni Cristo, ni Mahoma, ni el creer en este dios ó el negar el otro, hacen la felicidad de los hombres; y que todos los inventos de la física, de la química y de la mecánica, y todos los descubrimientos de la ciencia, lejos de mitigar

nuestro infortunio y nuestra irremediable miseria, los acrecientan y emponzoñan.

Imaginemos ahora á un escéptico sereno, que lea á los tres poetas, y es posible que no dé la razón á ninguno de los tres. Acaso este escéptico niegue á Leopardi su desesperado pesimismo, y á Carducci y á Manzoni el optimismo risueño y progresista que los anima, y al primero no le conceda, y hasta le censure su furor anticristiano, y no convenga con el segundo en que la libertad, la fraternidad y la dicha, dado que existan en la tierra, se deben á la Iglesia católica.

Resultará de aquí que, para nuestro escéptico, ninguno de los tres poetas dirá ó cantará la verdad; pero como nuestro escéptico podrá ser sujeto de buen gusto, y apto para sentir y comprender la belleza, los tres poetas le parecerán divinos, y pondrá sobre su cabeza las obras de ellos en señal de veneración profunda y de singular entusiasmo.

Luego no vale, diremos entonces, la ya citada sentencia: *rien n'est beau que le vrai*. Aquí tenemos tres poetas bellísimos, y los tres se equivocan. Ahora es cuando encaja el distingo. Demos de barato que los tres yerran: pero la verdad de la poesía está en que el error es verdadero: en la sinceridad perfecta del error; en el ardor con que se acepta y en el brío con que se sostiene y se propala.

De aquí se sacan infinidad de consecuencias. La que más conviene á nuestro propósito es que debemos lamentar la divergencia, bien demostrada, entre la verdad poética y la verdad científica. Debiera darse la convergencia de ambas verdades. Si no convergen, hablemos con franqueza, es porque en muchos puntos, tal vez, ó sin talvez, en los más interesantes, no hay verdad científica aún.

Acaso la haya dentro de ochenta siglos, si sigue la humanidad progresando. En el día, todos esos puntos oscuros, inexplorados, donde la ciencia no llega, los vemos porque nos los presenta la imaginación ó la fe, que son la potencia y la virtud del alma que se levantan hasta ellos con vuelo encumbrado. La ciencia se queda tamañita y muy por bajo, titubeando y dando tropezones.

Aunque sostengamos que la fe y la imaginación, que suben hasta donde la ciencia no sube, hallan y nos ofrecen, no la verdad, sino fantasmas vanos, el error ó la mentira, ¿cómo probar, si la ciencia no vale para el caso, que es mentira ó error lo que la imaginación ó la fe nos presentan como verdad? ¿Qué sabio marcó ya definitivamente los límites entre lo ideal y lo real, lo sobrenatural y lo natural, lo posible y lo imposible? ¿Es argumento contra la existencia de los ángeles el que no los vea el astrónomo con su telescopio; ni se infiere que no haya ondinas, ni sílfides, ni salamandras, de que no las saque el químico del fondo de sus retortas, ni las vea ó las sienta escapar por la piquera de sus alambiques?

Goethe, gran sabio y gran poeta á la vez, dice que el hombre yerra mientras aspira, y aspira mientras vive. Si se suprime el error, queda la aspiración suprimida.

¿Para qué cansarnos en imaginar qué sería la poesía si tuviésemos perfecta ciencia? ¿Qué sabemos lo que sería entonces la poesía? Ni siquiera lo columbramos con vaguedad.

La condición presupuesta no se dará aunque persista, progrese indefinidamente, y cada día crezca, cunda y ahonde más el saber humano. Detrás de cada objeto, en el centro de cada ser finito y limitado que descubra, descubrirá también un nuevo infinito incógnito; y de cada

ley con que explique un misterio, surgirá multitud de misterios nuevos ó antes no concebidos.

Se aduce todo esto para demostrar el error de lo que el Sr. Palau sostiene; pero como su error estriba en verdad poética, los versos del Sr. Palau son bellos también. Nada de lo que voy á añadir va contra el Sr. Palau como poeta.

La oda-prólogo, que explica y resume el pensamiento capital del librito, es verdad y sinceridad purísimas, porque expresa bien un modo de sentir que atormenta en el día á no pocas almas humanas. Nadie ha expresado con más brío y elegancia que Leopardi este modo de sentir que el Sr. Palau pone en la misma poesía personificada, excitándola al suicidio.

La ciencia ha averiguado ya tantas cosas, ha invadido tantas regiones, no exploradas antes, y ha explicado tantos fenómenos, que nada le ha dejado á la imaginación y á la fe por donde vuelen, se explayen y creen.

Pasó la edad de la fantasía; pasó la edad de la fe; vivimos en la edad de la razón. Adiós mitologías, religiones, metafísicas, milagros, magias, teurgias, querubines, demonios, duendes, etc. La Poesía, despojada de toda esta riqueza, que era suya, y que tan cara y respetada la hacía á los hombres, no recibe de ellos sino desdén y sofiones, y, no pudiéndolos sufrir, decide matarse.

Indudablemente, la Poesía del Sr. Palau se deja arrebatar de su mal humor, y delira. Habrá acaso algunos naturalistas, ingenieros ó geólogos, que sueñen con que lo saben todo y desprecien la Poesía; pero la mayoría de los mortales, aun concediendo que ha crecido en extremo el número de las cosas sabidas, reconoce que, en proporción, se ha aumentado el catálogo de los misterios, de lo inexplorado y arcano y de los enigmas sin solución.

Isis sigue con su velo, sin que ni Mad. Blawaski, ni ningún sabio inglés ni alemán, por audaz é insolente que sea, se le levante; la esfinge, inmóvil en la puerta de la vida, persevera en obstinado silencio sobre nuestro origen y nuestro fin; y las más de las preguntas, que se hicieron, hará treinta ó cuarenta siglos, en el libro de Job, continúan sin contestación, á no ser que se conteste á ellas como el personaje de Molière contesta á la que dice: *¿Quare opium facit dormire?—Quia est in eo virtus dormitiva.*

Lo descubierto y lo inventado por la ciencia experimental tiene, sin embargo, mucho valer, y es digno de que la Poesía lo celebre; pero no es este el principal asunto de la Poesía, sino uno de los menores.

La ciencia no es de ahora, sino de hace miles de años: y tan ciencia de verdad era la ciencia del tiempo de Aristóteles para los científicos contemporáneos suyos, como la ciencia de hoy para los científicos que viven sincrónicamente con el Sr. Palau. Aristóteles decía que Homero era poeta y Empédocles no, sino físico: que entre ellos lo único que había de común era el metro. En el día no queda derogada esta ley de Aristóteles, y la sentencia que da contra Empédocles puede valer y renovarse.

El Sr. Palau reconoce su justicia. Para sustraerse á tal sentencia, asegura en una nota que él no es didáctico, que no enseña: que, lejos de enseñar, su poesía presupone el completo conocimiento del asunto de que trata.

Estamos conformes. Nunca nos pasó por la cabeza que el Sr. Palau quisiese enseñarnos geología, astronomía ó química en sus odas. Lo que quiere hacer, y lo que hace, es celebrar sus triunfos, los adelantamientos de estas ciencias. Y en esto puede, sin duda, lucir su ingenio un poeta.

En lo que no convenimos es en la novedad de tal género de composiciones. Pues qué, ¿Monti no cantó á Montgolfier? ¿Quintana no celebró la invención de la imprenta? ¿Qué artefacto, qué máquina, qué navegación ha carecido de poeta que los ensalce?

No se sigue de aquí que la consagración de la Poesía á las ciencias físicas y químicas haya de rayar en exclusivismo; ni que la Poesía haya de desechar por eso los *mythos*; ni que se haya de abstener de *prefigurar* la Naturaleza á su antojo, ya que, hasta hoy, bien á su antojo se la prefiguran los sabios, sin saber mejor que los poetas lo que es en realidad la Naturaleza.

Decimos esto con motivo del Prólogo que pone el Sr. Carracido al librito del Sr. Palau. No podemos conceder que sea justo ordenar lo siguiente: «Sepúltense en las capas formadas por el sedimento histórico los fósiles de la poética clásica, y no disputen el derecho á la vida de los nuevos organismos que por ley de evolución responden con sus formas y tendencias al medio generador en que han de nutrirse y desarrollarse, para no quedar rezagados en el cumplimiento de su misión, conforme al lugar que ocupen en el proceso evolutivo».

La poética clásica, esto es, las reglas y leyes de la poesía buena, ni es fósil, ni impide á nadie que cumpla su misión, ni que se nutra, ni que se desarrolle, ni que tenga todos los procesos involutivos y evolutivos que le cuadren.

Si no sucede á nuestra edad otra de perverso gusto y de barbarie completa, no habrá sedimento histórico bajo el cual se sepulten esas reglas y los modelos inmortales. Un Virgilio de ahora haría unas *Geórgicas* en que los descubrimientos químicos entrarían por mucho; y un Fracastoro del día hablaría de aquella pícara enferme-

dad y de sus remedios con mejor noticia de todo, porque había visto los microbios y sabe Dios cuántas cosas más; pero estos poemas, en cuanto fuesen tales poemas, no serían mejores ni tan buenos como los antiguos, si prescindían de las *minucias de sintaxis y detalles prosódicos* y de otros *trabajos rastreos*, por cuya virtud salen los versos bruñidos, cincelados, esculpidos en bronce, con la perenne, rítmica y divina nitidez de la forma. El que no quiera sujetarse á esos *trabajos rastreos*, ¿no es mejor que escriba en prosa desatada y corriente? Verdad es que hasta en prosa pone el buen escritor cierto artificio, por donde, llevando al extremo la doctrina, vendríamos á parar en que un sabio profundo ni en verso ni en prosa habría de escribir.

Escriba en verso, no obstante, el Sr. Palau, pero no siga los malos consejos que irreflexivamente, y harto deslumbrado por las ciencias que con éxito brillante cultiva, le da sobre literatura el Sr. Carracido.

Considere, pongamos por caso, á Terencio Mamiani, que escribió también un extenso poema sobre Geología. ¿Deja dicho poema de estar lleno de reminiscencias clásicas, de *mythos* y de primor artístico? Lo geólogo, lo filósofo y lo científico que era Mamiani, ¿fué obstáculo para que compusiese cantos épicos (como los de Homero á los dioses) á San Rafael, á San Telmo y á Santa Rosalía? No hay tal *ésto matará aquello*. Ni el telescopio, ni el microscopio, ni el radiómetro han venido á destruir lo que la fantasía produce y lo que la fe sustenta. Coexisten y caben con holgura en la pasmosa capacidad de la mente humana el protoplasma y el demiurgo, el telégrafo y los ángeles, los microbios y los silfos, los gnomos y los duendes, y todos los lagartos alígeros y demás bicharracos descomunales de las edades primitivas.

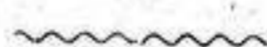
La ciencia no ha venido á achicarlo todo, como pretende y deplora Leopardi, sino á hacer más ingente, más hermoso, más rico y más vario el panorama del espíritu; el espectáculo de cuanto es y de cuanto puede ser, espectáculo que se retrata en el alma del poeta, como en espejo cuya virtud lo magnifica todo, y, si cabe, le presta mayor hermosura, porque debe fijar lo transitorio, dotar de persistencia lo caduco, y hacer inmarcesible, indeleble y perpetuamente luminoso lo que en la naturaleza se marchita, se borra y se apaga.

Y nada de esto se consigue sin los trabajos que califica de rastreros el Sr. Carracido, y sin muchas minucias de sintaxis y de prosodia. Los versos salen malísimos cuando se prescinde de tales minucias. Si prescindiese de ellas el Sr. Palau, no le elogiaríamos como le elogiamos.

JUAN VALERA.

EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN)



II.

EL ORDEN SOBRENATURAL.

EL crepúsculo hace aptos los ojos para ver la claridad del día: ya blanquea el cenit del Oriente; sobre las alturas brillan los cielos con inusitado esplendor; la aurora se levanta, y el sol no tardará en aparecer....» Así profetizaba á orillas del Rhin hace cuarenta años un filósofo-poeta, esperanzado con la aparición radiante del nuevo sol filosófico. Porque, verdaderamente, á principios de este siglo la filosofía sufrió lo que se llama parálisis; indecisa, irresuelta, inerte para todo, remedaba la agonía de un ebrio moribundo. Los pensadores tenían las fuerzas enervadas, resultado sin duda de la agitación espantosa que sufrió en la pasada centuria el organismo social. Pero los gérmenes de los enciclopedistas *memorables* no se atrofiaron: se esperaba un sol nuevo que con sus rayos amorosos les fecundara é hiciese brotar lozanos y robustos. Y ese sol apareció á

la postre, lanzando los rayos de su cabellera desde las cátedras universitarias de Jena y de París. Los nervios estudiantiles, sacudiendo el marasmo cosmopolita, se agitaron como las cuerdas de un arpa, y entonaron himnos como éste: «Hay un Dios...., pero no como el de las Iglesias, que juzga las acciones.... Ese Dios es la piedra y la nube, el perfume y la brisa; la flor que se abre, el sol que la fecunda y la abeja que vuela. Dios, Acaso, Naturaleza, indiferente para todo...., no le ofendéis. ¡Haced lo que os plazca!» Ese himno panteista vibró en la conciencia de muchos escritores y de algunas escritoras, —v. gr., Aurora Dupin ó *Jorge Sand*, — arrancando otros himnos pertenecientes al mismo género, aunque de forma distinta; es decir, que el panteísmo real, argamasa inconcebible, se confundió con el panteísmo ideal, mezcolanza más ridícula, que hoy se evapora en el laboratorio de Wundt. Desde el año 30 á la fecha, el sol del panteísmo fué la aurora del sol racionalista, cuyos progresos han sido tan rápidos, que no hay escritor baladí en ciertas aulas que no aborrezca la idea antigua de Dios y lo que la es consiguiente: el orden sobrenatural.

No obstante, hasta hace unos cuantos años, todavía resonaba el grito de los filósofos alemanes, á quienes Büchner (*Ciencia y Naturaleza*) llama *cacharrereros*. Michelet, Vacherot, Taine, Schérer y Sainte-Beuve, defendían —Taine lo defiende aún— que Dios es la *Idea* desarrollándose en el mundo. Y sin salir de nuestra España, hemos oído alternativamente, ya á D. Nicolás Salmerón y á D. Antonio López Muñoz, ya á D. Francisco de Paula Canalejas ó á José Barnés, ó á Eusebio Chamorro, que Dios es ó «la conciencia humana y la ley moral que late en el fondo de cada ser y se manifiesta en las palpitaciones (!!)

de la historia», ó «lo absoluto en la intimidad de

los espíritus que son y serán», ó «la Humanidad-Dios, padre de todos los hombres, siglos y pueblos». Y hoy mismo en Francia, Mr. Camilo (Flammarion), después de refutar con argumentos incontrastables el Dios-Materia, termina propinándonos un «Dios-Fuerza», ideal, universal é íntimo, hecho á imagen del hombre, pensamiento inmanente que reside invisible en el fondo de cada *átomo empapado de Dios. (Dios y Naturaleza.)*

Y aquí llega Renán. ¿Cómo, sin abrazarse con esas teorías, podía *demostrar* en sus obras novelescas que Jesús no es Dios, y el orden sobrenatural no existe? ¿Cómo, sin esa máquina de guerra, podía combatir la fe en lo suprasensible, la divinidad del Cristianismo, y dar explicación á las elevaciones grandiosas del Mártir del Calvario? Así es que pronto se adivina la estrategia del *crítico-novelador*. «....Por mi parte, dice Ernesto, juzgo que en el Universo no hay inteligencia superior á la humana. La fe absoluta es incompatible con la Ciencia : sin la fe, existe el amor. De admitir alguna fe, ha de ser la *fe ideal*. Los Evangelios son *leyendas, porque abundan en sobrenatural y en milagros*. La materia eterna, el germen-latente de la vida y el *Dios-Impersonal*, es lo que nos queda. Un nombre propio en Dios es la negación de la divina Esencia. El exclusivismo de Israel y de la Iglesia católica es horrible. El Catolicismo rompió las cadenas ortodoxas por causa de sus santos. Dios está en todos : llamarle *suyo*, es blasfemia satánica, confiscación sacrílega. El progreso de Israel y del Catolicismo consistirá en dejar al Ihavé-Dios particular, y quedarse con *la existencia abstracta de Elohim-Dios universal....*»

¡Gracias á Dios que nos hemos entendido! Un Dios-Impersonal, fe ideal, inteligencia Soberana....., racionalismo escueto. Bérand y Renoudier, discípulos de Renán,

participan de esa opinión. La escuela crítica-histórica admite, á pesar de todo, el tránsito de la animalidad á la racionalidad y la herencia darwiniana. Con esos preliminares se explica muy bien lo que fué Jesús. Hegel le presentó saliendo de la *Idea* nebulosa para encarnarse en el mundo ; Arnoldo Ruge y Daumer, como un símbolo de la lucha del estío y del invierno ; Dupuis, como un *mito* del sol. Hay que convenir en que Vacherot y Renán han sido más cuerdos, presentando á Jesús como un hombre circunspecto y puro, héroe y mártir, sublime y *divino humanamente* : en lo cual está la razón decisiva de la influencia de Jesús en el mundo.

Dada la intuición del *Yo-Puro*, por un acto de *reflexión trascendental* y mediante la *sublime cópula*, como D. Nicolás diría, se realiza el ósculo inefable de Dios con la criatura ; y al abrazarnos y comulgar con Él, nos abrazamos y comulgamos con todos los seres. Así cuentan que murió Sanz del Río. ¡Pero qué infeliz debe de ser ese Dios, cuando en ese abrazo y en ese beso permite á sus *místicos esposos* proferir tantas sandeces insulsas ! ¡Cuánta palabrería para plagiar en estilo mistagógico el panteísmo de Scoto Erígena, la íntima y natural unión de las almas con el Ser Inefable ! ¡Oh Ciencia nueva, más vieja que Matusalén, que todo lo explica y todo lo confunde, trocando á nuestras almas en frascos de vitriolo ó en terrones de azúcar !....

Los católicos defienden que Dios está presente en el alma como causa conservadora, no como objeto de intuición ; que el hombre puede unirse con Dios por vías sobrenaturales, extraordinarias, suprasensibles, siendo auroras de esa unión la esperanza, fe y caridad. Mr. Ernesto siente y ve á Dios en la *intimidad de su conciencia*, en la idea de su mente, en el fondo de su ser, como en las

palpitaciones de la historia. De donde resulta la negación del orden sobrenatural y de la Divinidad de Jesús. Desde Arrio hasta Denk y Socino, y desde Socino hasta los modernos filósofos, distinto ha sido el procedimiento é idéntico el resultado. Hegel alaba á la Religión cristiana porque realizó «la suspirada unión de Dios con el hombre». Verificado el *nefando contubernio* de Dios con el hombre, el orden sobrenatural es ridículo «pues le creamos y hacemos accesible á nuestros conocimientos». (Büchner, *Ciencia y Naturaleza.*)

Al llegar aquí, deja Renán la exégesis á un lado para operar con el escalpelo racionalista. No se detiene ya para salir del laberinto, como Mr. Reville, ante los nombres de «Hijos de Dios» que se dan á los justos y á los ángeles; ni ante la santidad absoluta de Jesús, el perenne equilibrio de todas sus potencias, la estupenda é inseparable unión de su grandeza y mansedumbre, sin intermitencia alguna, en las ovaciones entusiastas y los sarcasmos horribles del pueblo de Israel: lo cual nadie niega á Jesús y le proclama altamente verdadero Hijo de Dios, por ser imposible en un *hombre puro*. No repara ya en la lista sin fin de los pasajes del antiguo y del nuevo Testamento en que Jesús es llamado Hijo propio de Dios; ni siquiera en que todos los Evangelistas desde el principio de *sus leyendas* y el *visionario de Damasco* le saludan con ese título sublime. Á los ojos del sabio francés, *Napoleón de las ideas*, pasó inadvertido aquel satánico interrogatorio en que el astuto Caifás y sus ministros perversos preguntan á Jesús: «¿Luego tú eres Hijo de Dios?», y el *Justo* les responde: «Vosotros lo decís: ¡lo soy!», levantando esta respuesta una explosión de cólera y haciendo rasgar las vestiduras del Gran Pontífice.... No: Renán no se detiene en esas bagatelas: bástale para

conseguir lo que se propone, recurrir al procedimiento estúpido que lleva siempre en sus escritos religiosos: al racionalismo, á la negación é invención.

«.... La preexistencia ideal de Jesús, dice Ernesto, es evidente. Jesús no pensó en hacerse pasar por una *encarnación de Dios*, pero se creía *algo más* que un hombre extraordinario. Jesús era hijo de Dios como todos los demás hombres : pues Dios está en el hombre y vive en él *como el pensamiento en la mente*. La fraseología de *sobrenatural* y *sobrehumano* no tenía sentido en la elevada conciencia de Jesús. Jesús, en este punto, no se parece á los de su raza. Muchas frases, v. gr., «te perdono tus pecados», han sido, quizá, *peut-être*, atribuidas al Maestro para servir de apoyo á la autoridad colectiva de los Apóstoles. El reino del cielo de que habla Jesús, es un cielo fantástico. No obstante, la voz de Dios resonaba en el corazón de Jesús con el timbre más puro ; por eso fundó el verdadero reino de Dios, el reino de los mansos y humildes. Y porque comunicaba con Dios en la conciencia, tuvo relación directa con Él y la idea más grande y el más elevado sentimiento de Dios entre los hombres : idea resultante de su íntima unión con la Divinidad. Pero esta unión y comunión no era real y verdadera, pues está desmentida por las ciencias físicas y fisiológicas—¿en qué capítulo?—sino ideal y humana. Dios se había revelado antes de Jesús y se revelará después en las manifestaciones *ocultas* de la conciencia. Á esta revelación íntima y particular en la de Jesús, se deben todas las acciones maravillosas que en Jesús admiramos y su poderío en la historia. Lo que se debe adorar en Jesús no es á Jesús-Dios, sino á la Humanidad-Dios. El amor hacia Jesús fué creciendo como la luz de la mañana en el pueblo de Israel, y ese amor justísimo

se ha agigantado en el correr de las edades y le ha conferido el título de Hijo de Dios.»

.....
 Ahora se comprende el artificio de Renán ; el por qué maldice con rabia satánica al autor del cuarto Evangelio, tan justamente ensalzado por Reus, maestro de Renán ; porque el águila de Patmos, remontándose á las alturas inaccesibles de la Esencia de Dios, nos trazó una metafísica sublime, desconocida hasta entonces ; la metafísica eterna de la Divinidad de Jesús y autoridad y Divinidad de su Iglesia : metafísica que no pueden comprender los filósofos que llevan telarañas por pupilas. En ese terreno, el *sabio* por antonomasia es invulnerable ; á Renán no se le puede combatir, á no ser con las razones *poterosas* con que á los escépticos se fustiga. Renán, ni admite profecías ni milagros. Ya sabemos cómo *explica* la propagación del Cristianismo y la sangre de los mártires. *Solución* tendrán también en el *bufet* del *orientalista* el fin de los perseguidores de la Iglesia católica ; la estabilidad de la misma á través de los siglos, en medio de las tormentas y combates y sangrientas batallas ; encima de las ruinas de los tronos que se han derrumbado y de las coronas que se han deshecho, de las dinastías que se han extinguido y de los cetros que se han roto.

¡Qué modo tan peregrino de combatir la Divinidad de Jesús ! ¡Místicas sublimes-cópulas, manifestaciones oculto-masónicas, palpitaciones secretas, timbres puros, comuniones íntimas, conciencias *krausistas*, ciencias físicas, ciencias fisiológicas, ovaciones frenéticas, amores agigantados y seres teratológicos.... ¡Ni Castelar con su *Cosmos* y su *materia radiante* !

Para refutar debidamente todos esos dislates, era necesario hablar del ontologismo de Malebranche y Gio-

:

berti y de la escuela de Lovaina, del panteísmo alemán, etc., etc., lo cual haría yo con fruición si aquí fuese oportuno. Pero para cerrar los labios á Ernesto y á cualquier libre pensador de su talla, son bastantes estas dos consideraciones: Renán quiere principalmente que Jesús sea Hijo de Dios, no porque comunicase Jesús con Dios en la *intimidad de la conciencia*, sino porque Jesús exigía sólo el amor, no la fe; y el título de *Hijo de Dios* se le confirieron las ovaciones del pueblo israelítico y el amor de las siguientes edades. Todo eso es una calumnia y una evasiva del que no sabe desatar la dificultad. Los Evangelios—ya que Renán los cita—repiten incesantemente aquel «*modicae fidei*». Luego Jesús no se contentaba con el amor. Jesús fué perseguido desde Belén hasta el Gólgota, y si algunas turbas le hicieron ovaciones, advierta Renán lo que Caminero contestaba á Réville: «¡las ovaciones se hacían al *Taumaturgo*, y los racionalistas no admiten los milagros!» Y si ese mismo título de «Hijo de Dios» fué la resultante, en las edades sucesivas, de los entusiasmos frenéticos de las turbas, es decir, de una ilusión, venga Renán y todos los libre pensadores y expliquen con razones satisfactorias cómo esa ilusión ha podido remover al mundo en sus cimientos, renovar todas las instituciones y hacer inexplicable la historia si esa ilusión no se tiene presente, según el mismo Renán confiesa. Pero las contradicciones vendrán después, y ellas dirán más de lo que yo podía decir. Así es que para no interrumpir las historietas de Ernesto, terminaré haciendo una observación.

Renán, que maldice todo lo que huele á sobrenatural y ultramundano, en la *Vida de Jesús* tiene para el alma de su querida y difunta hermana Enriqueta,—que le acompañó y murió en su viaje á Palestina,—la siguiente dedi-

catoria, apóstrofe inconcebible: «¡Tú que duermes en la tierra de Adonis, cerca de la Santa Byblos y de las aguas sagradas adonde iban á mezclar sus lágrimas las mujeres de los antiguos misterios!.... ¡Revélame, ¡oh buen genio!, á mí, á quien tanto amabas, esas verdades que dominan la muerte é impiden temerla y casi nos la hacen amar y desear!....» Al leer estas frases de un escritor que dibuja con el buril del ridículo los apodosos farisaicos; un nombre también se me ocurre, pero no le quiero estampar; y juzgando piadosamente que Ernesto no cree que el alma de su hermana querida vague por esos mundos como la de Garibay, ó transformada en cuervo como la del rey Arthus, me contento con repetir: «¡Oh divina comedia!....»

III.

EL CULTO.

Como era de esperar, ante las magníficas descripciones de las prácticas religiosas del antiguo y del nuevo pueblo de Dios, Ernesto, que pretende historiar el origen y progresos del Cristianismo, no podía poner punto en boca. El ilustre racionalista, *en comunicación con Dios*, ensaya extinguir esa explosión de sentimientos y plegarias que suben á los cielos como el aroma de las flores. No conozco á ningún filósofo que haya negado el orden sobrenatural sin ser enemigo implacable de esas *sinagogas abiertas á los incircuncisos*. Y en verdad que si el hombre es Dios, todo el incienso traído de

la Arabia deberá quemarse después del postre en el altar de la mesa.

El culto católico es una de las piedras de escándalo para el racionalismo-positivista moderno. Pedro de Bruys y sus hijos los petrobrusianos, clamaban en el siglo XII que estaba prohibida la construcción de iglesias, y pedían á gritos se destruyesen las existentes, porque Dios lo mismo nos oye en el monte que en el valle, en la taberna que en el templo. Parece que esta frase, fortísimo Aquiles, la recogieron de los labios de aquel hereje todos los libre pensadores del día, que gustan más de solazarse entre las sábanas *matinales*, soñando en la orgía ó el banquete de la pasada noche, que de cumplir un deber común á todos los hombres. El *dios dormilón*, que sigue al dios de la bacanal, tiene más atractivos que el Dios verdadero, que grita: «¡Insensatos! ¿En dónde está el honor que me debéis?» «Hegel, dice Menéndez y Pelayo, al hablar del culto, tiene páginas de exquisita ternura.» Será la única excepción; porque yo confieso que en bastantes libros racionalistas y materialistas que leí, encontré repetida la sentencia antirracional de Pedro de Bruys. Hasta el astrónomo Mr. Camilo (Flammarión), que debió alcanzar con la potencia de su telescopio el concierto *inextinguible y admirable*, como dice Job, que elevan al Supremo Ser esos mundos *infinitos* que giran en los *infinitos espacios*, rechaza indignado las religiosas *supersticiones* de los *neos*. «¡Culto puro, religión absoluta y positiva, sin fecha, sin patria, sin libros ni dogmas, sin sacerdotes ni altares!», es el grito marcial de todos esos *científicos*. Tiene la palabra Ernesto:

«.... Dios, dice, es adorado con una buena acción. No se ha observado que se ocupe de los acontecimientos de la humanidad. La novísima Filosofía ha desvanecido, no

con la abstracción metafísica, sino con la experiencia cotidiana, esas supercherías con que á Dios honraban las turbas. Es proclamación frenética la de los que dicen que el hombre no tiene más que un solo Dios y un solo Padre y un solo Maestro. El templo es la *materialización* del culto, y supone que Dios tiene necesidades más ó menos humanas. El del Rey pacífico é impuro, fué localización de la gloria divina: Salomón debía haber puesto en el frontón de su Iglesia lo que Voltaire puso en el de la suya: *Deo erexit Voltaire....* Todo templo produce cismas; el de Jerusalén fué el primer acto para destruir las escorias supersticiosas del viejo Israel. Jesús, comunicando con Dios en su conciencia, y sólo por sentimiento, fué enemigo, como Isaías, del culto externo y del sacerdocio hipócrita. Si el Cristianismo sedujo á las almas, fué porque no tenía forma exterior: una Religión así es maravillosamente apta para que todos la abracen. Jesús en este sentido fué el revolucionario trascendental que ensaya regenerar el mundo en sus bases mismas: aborrecía las obras del Arte, y por eso rechaza y condena el templo. Fué más allá que Moisés, que Judas Gaulonita y Matías Margatoth, fundando la religión absoluta. Hacía poco caso del ayuno: no conocía prácticas externas; érale secundario el bautismo. El día en que Jesús pronunció la frase: «Adorar á Dios en espíritu y en verdad», fué verdadero Hijo de Dios; sobre esas palabras descansa el edificio de la Religión eterna; con ellas fundó el *culto puro, sin fecha y sin patria*, la Religión de la humanidad, la Religión absoluta, que será perenne hasta el fin de los siglos....»—Aquí Renán suelta la sin hueso contra el sacerdocio y culto católicos.

No es fácil ni conveniente dar contestación cumplida á ese conjunto de contradicciones y blasfemias. Asegurar

en tono olímpico que Jesús condena el templo y ama el culto puro; que no conocía prácticas externas y consideraba como cosa secundaria el bautismo; que la *nueva filosofía ha desvanecido las supersticiones religiosas, y, á pesar de todo, el templo de Jerusalén— ¡que produjo cismas!— las ahogó, etc., etc.,* todo eso me parece el único medio de *hacer historia* y decir lo que venga bien. ¡Cálmese Renán! El culto católico no desaparecerá de la tierra aunque rujan los vientos huracanados de la metafísica positiva. ¡Hay luces inextinguibles! Jesús se bautizó; Jesús lavó los pies á sus Apóstoles; Jesús dijo: *Id y predicad... bautizando, etc., el que no fuere bautizado, etc.*; Jesús instituyó los Sacramentos de la gracia, y, por último, para no ser interminable, Jesús en el templo enseñó á los doctores; en el templo oró y del templo arrojó indignado á los profanadores del templo: ¡cuánto le amaría! Ni Lutero, ni Calvino, ni Ostorodio y los Socinianos; ni Melancton, Antonio de Dominis, Kemnicio ó Dallæo se atrevieron á proferir afirmaciones semejantes. Y es porque Renán es partidario de Pedro de Bruys, que condena todo culto externo, mientras que Melancton ú Ostorodio le falsificaban. Es porque en el siglo xvi la soberanía de la razón era *templada*, ó quizá *representativa*, y en el siglo xix es absoluta; tan absoluta como la del Czar en su solio, ó la del Emperador en la Cochinchina. Aquellos herejes verían quizá la necesidad del culto externo, no en las divinas indigencias, sino en los beneficios innumerables que á la continua recibimos de Dios; en nuestras facultades vegetativas, sensitivas é intelectuales, en todo lo que hay de bueno en nosotros, en la vida y en el ser, en el cuerpo y en el alma; lo cual exige nuestra gratitud y reconocimiento sin límites para con Dios. Verían quizá, filósofos zafios, que si á Dios se

lo debemos todo, ese reconocimiento y esa gratitud es una obligación imperiosa de la naturaleza racional, no sólo para el alma, sino para el cuerpo; porque así como el aroma se pierde si el cáliz se divide y el líquido se derrama si el vaso se rompe, el amor que es uno, como es inmortal, debe tender con todas sus fuerzas, como el fuego, hacia arriba, no concentrándose en los objetos de la tierra contra las leyes de la mecánica psíquica; porque entonces no amaríamos á Dios, pues no le amaríamos de veras. Verían también que esa obligación, principalmente del alma, no se puede realizar sin el auxilio de los motores del cuerpo; que el entusiasmo interior se extingue y muere sin las vibraciones y armonías de los objetos sensibles. Así se ve que los indiferentistas, esos fariseos del siglo que debieran llamarse, según la fraseología de Renán, *los ¿y qué!*, sólo tienen un templo, pero es para.... ¡el Buey Gordo! Finalmente: vislumbra- ban acaso los filósofos aquellos la necesidad del culto público en la natural *sociabilidad* de los hombres; y como la sociedad es obra de las manos de Dios, debe manifestársele la sociedad *en masa*.

No sé cómo Arhens, Thibergien y Renán, con su culto *únicamente interno é invisible*, se colocan enfrente del sentido común de todas las razas, de todos los siglos y lugares. «Recorred, decía Plutarco, la extensión de la tierra: podréis hallar ciudades sin muros, sin reyes, sin casas, riquezas ó monedas, sin gimnasios ó teatros. Pero una ciudad sin templos y sin plegarias, en la cual no tenga significación el oráculo y el juramento, y no se ofrezcan sacrificios para conseguir bienes ó expiar crímenes...., ¡imposible!» Ahí están, dice otro escritor, Amasis entre los egipcios, Zoroastro entre los persas, Radamanto y Mino entre los cretenses, Triptolemo entre

los habitantes de Atenas, Pitágoras entre los crotoniatas, Zaleuco entre los locrenses, Licurgo entre los lacedemonios, Rómulo y Numa entre los romanos....

Ahora preguntará Renán: ¿Será infatuación de espíritus enclenques y mujerzuelas?—Es patrimonio de todas las razas y de esos espíritus fuertes *que rezan á solas cuando ruge la tempestad*.—¿Será creación del miedo?—El miedo no crea el culto: le supone.—¿Será invención del *sacerdocio hipócrita*, de los legisladores y príncipes?—¡Ah! Entonces, ¿por qué pacto, en virtud de qué convenio se hicieron todos participantes de esa idea soberana y universal? Porque para llevar tan rápidamente esas noticias, no existían aún cables, telégrafos ó locomotoras. Esto necesita explicación, y Ernesto no la da, ni la dará nunca. Yo prefiero creer que el sentimiento ese del culto externo es una verdad encarnada en todos los pechos humanos, como lo atestiguan todas las razas, desde la Religión índica hasta el *babismo*; y por ende, verdad infalible, de sentido común. Tienda la mirada Renán hacia aquella institución *memorable* del 89. Los revolucionarios negaban la adoración al Corazón Sacratísimo de Jesús, océano de delicias inefables. En cambio, adoraban en relicario precioso el corazón sanguinario de Marat, pudridero de todas las inmundicias y de todos los crímenes que revolvió con la punta de su cuchillo la famosa Carlota.

¿Y tiene valor Renán para maldecir el culto católico? Si el culto es necesario y urgente, yo no veo que pueda compararse al del Catolicismo el de todas las demás religiones. No hay para qué hablar de las prácticas sanguinarias, ridículas y grotescas de los prosélitos de Confucio, Budha ó Mahoma: sangre á torrentes piden á gritos esos remedos de Moloch. Recorred las iglesias protes-

tantes : el Ángel de la belleza artística parece que ha quemado sus alas : son—por no darles otro nombre más duro—salones de anatomía descriptiva ó de clínica casera, en los que el estuche del médico y la retorta del químico están reemplazados por una mesa de pino y un libro grasiento. ¡Urnas mortuorias de todo sentimiento elevado! Acudid de noche á una sesión espiritista, y os parecerá un conciliábulo de Satanás, en que los filtros y duendes os ponen los pelos de punta. ¡*Pandaemonium* horrendo, en que el gemido se trueca en blasfemia! Acudid á las comparsas masónicas, el tercer día de *luna nueva*, las fiestas de las Kalendas de Octubre, el 27 de Diciembre ó el día con que cada tres años celebran las honras fúnebres en memoria de los *hermanitos albañiles difuntos*. ¡Qué espectáculo tan triste! Parecen algo semejante á esas comparsas de las turbas alborotadas, en esos períodos de anarquía, cuando Dios permite que un enjambre de hienas beba con frenesí la sangre y la esencia de todos los consuelos y latidos generosos. ¡Es la risa satánica de Danton en la guillotina!

En cambio, sed espectadores de la fiesta católica por excelencia el día del *Corpus*. Mirad la gran Basílica, nave que flota en las borrascas de la vida y tabla de salvación en el naufragio; el suspiro y la plegaria de las almas á lo infinito, simbolizados en las agujas de los capiteles; los santos y los ángeles que llaman al pecador con sus brazos y sus ojos; las campanas, lenguas de los cielos, que convocan á la multitud; el sol que quiebra sus rayos por entre las vidrieras de colores; las mil luces que arden en los altares; el raudal de armonías que se eleva entre las ondas del incienso.... Fuera de la Basílica.... contemplad las colgaduras en los balcones; las flores de primavera que tapizan las plazas y embalsaman la

atmósfera, y entre la multitud.... las doncellas pudorosas junto al ejército aguerrido. ¡Ya sale de su santuario, en carro de oro y pedrería, el Príncipe de los Príncipes!, y entre las armonías de la música y de las campanas y el aroma del incienso y de las flores, el ejército rinde á los pies de su Dios el cañón y el fusil. ¡Una explosión de lágrimas de júbilo, de suspiros y plegarias surge del corazón de la arrodillada multitud! ¡Día de triunfo y de regocijo! Aquí la doncella que gime y el pecador que llora, el huérfano desvalido y la viuda desamparada, la virtud perseguida y el vicio purificado, la miseria despreciada y la endeblez escarnecida.... ¡todo tiene una voz amorosa que le responde, una fuente deleitable que le consuela, un bálsamo para curar toda herida y toda aflicción!....

Y lo mismo que esa festividad son otras festividades católicas. Yo no puedo leer, sin que el llanto se agolpe á mis ojos, la última Misa Pontifical del *Santo vivo*, del gran Pío IX, descrita por Alarcón en su obra *De Madrid á Nápoles*. Es necesario tener un corazón de corcho, y el alma fría como un carámbano, para no sentir esas elevaciones espontáneas y vibraciones sublimes que Dios suscita en los pechos humanos. Y consiste todo eso en que el Dios á quien los católicos adoran no es el Dios de queso ó mantequillas como el de las sectas disidentes; no es el Dios vacío y enjuto del racionalismo; no es el Dios cornudo de los espiritistas, ni el Dios dormilón de los *¿y qué?*, ni el Dios albañil de los masones, sino aquel Jehová, océano inmenso de vida, belleza y amor, adonde confluyen y desde donde parten las oleadas eternas; círculo de todo suspiro, imán de todo deseo, iris de toda esperanza, fuente de toda gota, éxtasis y centro, alfa y omega de lo que es, ha sido y será. Á pesar de tener la inteligencia pervertida y el corazón corrompido, Rous

seau y Diderot no faltaban á la fiesta católica del Corpus. De donde el lector podrá deducir el estado patológico del alma de Renán.

Y ya que Ernesto se fija en esa frase que De Maistre llamaba bagatela de los impíos, *adorar á Dios en espíritu y en verdad*, debo responder que la Iglesia católica, como su fundador Jesús, al pronunciar esa frase, la dieron la única, verdadera significación siguiente: «Manifestar al Creador de los tiempos nuestra gratitud con todas nuestras fuerzas, alma y corazón, vida y ser, todo entero». Lo demás es mentira.

Y si es notorio que el universo es templo de Dios y el corazón humano el altar, como cantan los poetas, evidente es también que para que los miembros de la familia humana, bajo una autoridad é idéntico fin, salden sus cuentas con Dios, cumplan el deber rigurosísimo de darle culto público—pues públicas son las relaciones sociales,—para que oigan las doctrinas salvadoras del cuerpo y del alma, del trono y del pueblo, del tiempo y de la eternidad, necesitan un templo y un sacerdote: el templo y el sacerdote del Catolicismo. Sin esos dos broqueles,—¡convénzanse los libre pensadores!—ninguno puede ser *salvo*. Jesús no condenó el culto, porque sabía que la plegaria ó la súplica se extinguirá dentro del pecho cuando el dolor—¡abolengo bien triste!—se arranque de raíz de los humanos corazones ó pueda siempre ahogarse en la garganta sin prorrumpir en lastimeros gritos.

Fr. ZACARÍAS MARTÍNEZ,

Agustiniano.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.



II.

Sr. D. Juan Valera.

Madrid.

Muy respetado señor mío: El segundo punto sobre que tengo que contestar á V. es el relativo á la conducta de los conquistadores.

Dice V. que ninguna raza indígena ha perecido, y que en algunos lugares son acaso ahora más numerosas que cuando la Conquista.

El movimiento demográfico de los indios después de la emancipación política del Continente hispano-americano; su guarismo actual, que no se puede fijar con precisión por la imposibilidad de levantar la estadística, y, en fin, el porvenir de las razas indígenas, no son factores de necesaria intervención en el examen de la política colonial de ahora tres ó cuatro siglos. Hasta es probable que dichas razas se extingan, no por la violencia, sino sumergidas en las marejadas de la inmigración europea que ya ha empezado á cubrir nuestros desiertos. Un ca-

ballero español, que ha residido muchos años en la República Argentina, el Sr. D. R. M. Cañaveras, escribía en 1881 á *La Ilustración Española y Americana*:

«El indio americano, salvaje ó civilizado, constituye todavía en la América del Sur la mayoría de la población; pero no aumenta, sino que va disminuyendo, siguiendo en esto la ley fatal de las razas inferiores cuando viven en contacto con otras más superiores con quienes, si se mezclan, resultan híbridos (1).»

El Sr. Cañaveras opina que la raza india está destinada á desaparecer, por su inferioridad psicológica, y yo creo lo mismo, pues lo observo en los Estados Unidos, donde el decrecimiento es notable, y no podemos atribuirlo exclusivamente al mal trato, que reconozco y condeno, con que ha sido ultrajada en aquella nación. En la Memoria presentada al Congreso americano el 4 de Diciembre último por el Secretario respectivo, dice éste que «ni se puede dar con toda exactitud el número actual de indios que existen en los Estados Unidos, ni tampoco determinar si la población india se aumenta ó se disminuye»; pero eso se refiere á los años de la última década, y no á tiempos anteriores, respecto de los cuales el decrecimiento es visible. La extinción será más tardía en países como Colombia, que no figuran aún en el itinerario de los inmigrantes, y que organizan, como está sucediendo aquí actualmente, misiones dignas del mayor encomio para civilizar esos pueblos rezagados; pero no creo posible que deje aquí mismo de cumplirse la ley de la lucha por la existencia, cuando Europa nos envíe los excedentes de su población trabajadora.

Mas estos tópicos de lo presente y lo futuro son oca-

(1) *Ilustración Española y Americana* de Madrid, tomo 1 de 1882, páginas 43 y 46.

sionados á confusión en un debate sobre lo pasado, al cual debo concretarme.

¿No ha perecido ninguna raza indígena?

Refiere Oviedo que cuando en 1514 llegó Pedrarias á Castilla de Oro (Darién), había más de dos millones de indios, y que un tercio de siglo después, ya todos habían sucumbido, pues el territorio estaba yermo y despoblado (1).

El obispo de Tierra Firme escribió en 1552:

«En Panamá, Nata Nombre de Dios y Acla de los indios que hay muchos, son de Perú, Nicaragua, Venezuela, Santa Marta. Acla está quasi despoblada por mal gobierno. En Panamá, salvo la isla de V. M. y otras dos ó tres en que habrá sesenta familias, no quedavan naturales. En nombre de Dios, de indios naturales habrá ocho ó diez, y la población que allí hizo Clavijo ya está deshecha y la dió por solar á un fraile. En Panamá, quitadas las islas, no había treinta que fuesen naturales. En las dos islas de Otoque y Taboga habría cuarenta piezas de indios extranjeros con los cuales han puesto otros extranjeros, que unos no se entienden á otros» (2).

D. José Antonio Saco, dice:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

«Aún no corridos cuatro años de la dominación castellana en la isla Española, y ya en 1496 había perecido en ella la tercera parte de los indios (3).»

En Cuba no queda ya ni un solo individuo descendiente de su antigua y pacífica población, la que han calculado

(1) OVIEDO: *Historia general de las Indias*, libro XXIX, capítulos IX, X, XXV y XXXIV.

(2) Al Príncipe desde Panamá en 1552. *Fr. Paulus Episcopus Continentis*. (Colección de Muñoz.)

Véase, sobre despoblación del Perú, la nota á la pág. 298, parte II, de las *Noticias secretas de América*, por D. J. Juan y D. A. de Ulloa.—Manuel Sanguily, *Revista Cubana*, IX, 486.

(3) JOSÉ ANTONIO SACO: *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*, cap. III.

algunos en un millón de habitantes, y otros, más acertadamente quizá, en doscientos mil; y la desaparición no ha sido debida á la famosa ley citada, pues la isla, teniendo capacidad para varios millones de habitantes, no cuenta sino con millón y medio, cuya mitad es de color. De los caribes en general, le dirá á V. un escritor español, el Sr. D. Juan Cervera Bachiller, que « quedan pocos restos ya (1) ».

No quiero averiguar qué se han hecho otros pueblos; me limito á hablar de Cuba, porque la circunstancia de no haber dejado nunca de pertenecer á España, excluye toda divagación sobre la responsabilidad de los Gobiernos y las clases superiores de los países que conquistaron la independencia.

Es, además, bien sabido que la introducción de negros africanos tuvo por objeto remediar la falta de brazos causada por la merma de la población indígena. El mal á que se quiso poner remedio, y el remedio mismo, fueron dignos el uno del otro; fué cubrir un borrón con otro borrón, y yo le invito á V., Sr. Valera, á que considere estas cosas, no con espíritu de nacionalidad, sino como miembro de la especie humana, para que las pueda juzgar bien.

Dice V.:

« El guerrero español de la conquista sería cruel, codicioso, sin entrañas, todo lo malo que se quiera, con tal de que no se suponga, sin justicia alguna, que hubieran sido ó que fueron más suaves ó benignos los alemanes ó los ingleses; pero no fueron españoles los que imaginaron que eran los indios de una raza inferior. Los españoles creyeron siempre que los indios eran sus hermanos, extraviados y decaídos, á quienes convenía traer al buen camino y levantar de su abatimiento y miseria. »

(1) *Ilustración Española y Americana*, tomo II de 1883, pág. 251.

Pero, Sr. Valera, si los españoles eran crueles y sin entrañas, según V. mismo, y si consideraron á los indios como hermanos, ¿contra quiénes ejercieron su crueldad? Aquí no había entonces más población que la india: contra ella tuvo que ser.

En esta parte de mi trabajo es cuando más quisiera que tuviese la lengua castellana voces dulces con que expresar ideas y hechos que no lo son, y lo quisiera por consideración á V., á quien deseo no lastimar ni en lo más leve la epidermis delicada del patriotismo. Quisiera poseer esa habilidad suya para tratar gallardamente asuntos escabrosos, ese *superb treatment of a very hazardous theme*, que con tanta justicia elogió en V., á propósito de su *Pepita Jiménez*, una revista newyorkina (1). Quisiera, en fin, un verbo amable y melodioso como una modulación de la Nilsson, y que expresase sin bronquedad: cortar las manos á los indios; otro que significase: cazarlos con perros de presa; otro y otro: incendiarles sus poblados, abrumarlos de trabajo, herrarlos como á bueyes, aplicarles el tormento, tostarlos en hogueras para que revelasen dónde estaban escondidos sus tesoros, ahorcarlos, degollarlos.... (2).

Pero á falta de melodías imposibles, note V. que suprimo todo epíteto ajeno, y no escribo ninguno por mi cuenta. Refiero hechos, y no los califico; y no *supongo gratuitamente* esos hechos, sino que los tomo de histo-

(1) *Eclectic Magazine* de New York, Octubre de 1886, pág. 569.

(2) Carta del Obispo Miguel Jerónimo Ballesteros, de Venezuela, fechada en Coro el 20 de Octubre de 1550: colección de Muñoz, tomo LXXXV. — OVIEDO: *Historia General*, lib. xxix, capítulos iii y x. — Carta del licenciado Alonso de Zuarzo á M. de Chièvres, fechada en Santo Domingo el 22 de Enero de 1518. — Carta de Fr. Tomás de Angulo, obispo de Cartagena, al Emperador, fecha 7 de Mayo de 1535: Colección de Muñoz. — La autorización de herrar á los indios fué dada por Fernando el Católico, en Real cédula expedida en Tordesillas el 25 de Julio de 1511.

rias y documentos imparciales, y llevo mi empeño en no exagerar hasta el extremo de no apoyar ninguna censura en los escritos indignados del P. Las Casas.

Pedro Martín de Angleria, que desaprobó antes que el P. Las Casas el sistema colonial de España, encabezó con estas palabras la continuación de un trabajo interrumpido: «En todo el tiempo que ha pasado desde que suspendí mis *Décadas*, no se ha hecho otra cosa más que matar y recibir la muerte» (*trucidare ac trucidari*).

D. José Caicedo Rojas, una de las grandes reputaciones literarias de Colombia, y que ama con arrobamiento á España en su presente y en su pasado,—en su pasado más que en su presente,—publicó en el *Repertorio Colombiano* de esta ciudad un interesante estudio sobre *Fr. Domingo de las Casas*, del cual tomo los párrafos que voy á copiar. Como V. lo ve, el deponente es de la mayor excepción:

«Ya se deja comprender, pues, cuáles serían las instrucciones benévolas y caritativas dadas á los religiosos misioneros que venían á América, y cuáles las miras y sentimientos de la Santa Sede respecto de los desgraciados indígenas, á quienes desde el principio de la Conquista se les negaba aun el carácter de individuos de la raza humana, afirmando que no eran capaces de recibir ni comprender las verdades de la fe, ni eran aptos para la civilización, y, en consecuencia, no sólo se les miraba, sino que se les trataba como animales.

»El reverso de esta política humanitaria era la baja y vulgar ambición de la mayor parte de los conquistadores, hombres aparentemente religiosos, pero en realidad soldados descreídos y corrompidos, á quienes las costumbres y aventuras de la vida militar de aquellos tiempos, les habían encallecido el corazón y hecho insensibles á las desgracias ajenas. Y este es el segundo error en que se ha incurrido, atribuyendo generalmente á los tales un celo piadoso exagerado. No era la conversión de los fieles lo que á ellos les importaba; por el contrario, un motivo diametralmente opuesto al sentimiento religioso les hacía desear que los

indios no recibiesen la instrucción evangélica que podía civilizarlos y hacerlos menos abyectos. Su verdadero interés era que aquella raza, natural enemiga de los invasores, se fuese aniquilando.»

.....
 «Fué tal el empeño que tomaron en propalar la especie de que los indios no eran hombres, y tales las proporciones á que se elevó la cuestión, que al fin llegó hasta la Corte y luego hasta Roma, y fué necesario que el Papa Paulo III reuniese una consulta de teólogos para oír las enérgicas reclamaciones que sobre el particular hacían el Obispo de Tlascala y los frailes Dominicanos misioneros, y en consecuencia expidiese una Bula.... (1) »

El Sr. Caicedo no cita sino muy pocas frases de la Bula, pero conviene reproducirla íntegra, y voy á hacerlo :

«Paulo, Papa Tercero, á todos los Fieles Christianos que las presentes Letras vieren, salud, y bendición Apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, quando embiaban los Predicadores de su Fe, á exercitar este Oficio, sabemos que les dixo: Id, y enseñad á todas las Gentes. Á todas (dixo) indiferentemente, porque todas son capaces de recibir la enseñanza de nuestra Fe. Viendo esto y embidiando el común enemigo de el Linage Humano, que siempre se opone á las buenas obras, para que perezcan, inventó un modo, nunca antes oído, para estorvar, que la Palabra de Dios, no se predicase á las Gentes, ni ellas se salvaran. Para esto movió á algunos Ministros suyos, que deseosos de satisfacer, á sus codicias, y deseos, presumen afirmar á cada paso, que los Indios de las partes Occidentales, y los de el Mediodía, y las demás Gentes, que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio, como Animales Brutos, á título de que son inhábiles para la Fe Católica, y so color, de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen, y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen á sus Bestias, apenas es tan grande como la con que afligen á esta Gente. Nos-

(1) *Repertorio Colombiano*, II, páginas 6 y 7.

otros , pues , que aunque indignos , tenemos las becas de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerças hallar sus Obejas, que andan perdidas fuera de su Rebaño, para reducir las á él, pues es este nuestro Oficio, conociendo que aquestos mismos Indios , como verdaderos Hombres , no solamente son capaces de la Fe de Christo , sino que acuden á ella , corriendo con grandísima promptitud , según nos consta , y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con Autoridad Apostólica, por el tenor de las presentes , determinamos , y declaramos , que los dichos indios y todas las demás Gentes , que de aquí adelante vinieren á noticia de los Christianos , aunque estén fuera de la Fe de Christo , no están privados , ni deben serlo, de su libertad , ni de el dominio de sus bienes , y que no deben ser reducidos á servidumbre, declarando que los dichos Indios, y las demás Gentes, han de ser atraídos y combidados á la dicha Fe de Christo , con la Predicación de la Palabra Divina , y con el exemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación , se hiciere, sea en sí de ningún valor , ni firmeça, no obstantes cualesquier cosas en contrario , ni las dichas, ni otras en qualquier manera. Dada en Roma , Año de 1537, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro Pontificado (1).»



Que la conquista no destruyó nada. ¿No vimos hace poco que los acueductos eran destruidos con la esperanza de encontrar tuberías de oro? ¿Y qué objeto tuvieron las lágrimas de Hernán Cortés cuando lloró amargamente la destrucción de nueve décimas partes de la antigua México, destrucción ordenada por él mismo como medida de guerra, así como por motivos religiosos derrocó y quemó los ídolos de Cempoale (2)? De la destrucción de México,

(1) TORQUEMADA.—*Monarquía Indiana*, tomo III, libro XVI, cap. XXV, página 198.

(2) D. José Morales Santisteban.

la hermosa Tenochtildan, reina del Anáhuac y asombro de los conquistadores, como la llama el ilustrado mexicano Sr. Dr. D. Demetrio Mejía, dice el erudito señor D. Alfredo Chavero:

«....Cada día hubo diez batallas, cien asaltos, innumerables incendios. Los castellanos, para conservar un palmo de terreno conquistado, necesitaban quemar y derribar casa por casa.... No se dejaba piedra sobre piedra; cuanto ocupaban castellanos y aliados era destruido y quedaba tornado yermo campo (¹).»

El marqués de Nadaillac, en su reciente obra *L'Amérique préhistorique*, tan aplaudida por la prensa de ambos mundos, dice que los edificios de los Nahuas eran, según los historiadores, más importantes aún que los de los Mayas, pero que todos han perecido á impulsos de la cólera española, motivada por una resistencia inesperada, y también de orden de los sacerdotes. Tal fué la causa de «esas destrucciones, irreparables para la ciencia. Las ruinas que quedan no sirven sino para acrecer nuestro pesar». «Ningún monumento de México está en pie; nada hay ya que nos recuerde el poder de los Aztecas; pirámides, palacios, teocalis, todo ha desaparecido; las ruinas mismas están sepultadas bajo el polvo acumulado durante tres siglos, y se ignora hasta la situación de los edificios cuyo imponente esplendor encomiaron á porfía los escritores españoles.» «Tezcucó ha desaparecido como su antigua rival; las piedras, los bajo relieves, las esculturas, han servido para construir las casas de la nueva ciudad.... (²)»

Los templos, cuajados de oro y plata é incrustados de piedras preciosas, y las sepulturas, llenas de riquezas en relación con la categoría que habían tenido los difuntos,

(1) Discurso pronunciado el 21 de Agosto de 1887 en la solemne inauguración del monumento erigido en la calzada de la Reforma de México á Cuauhtemoc (Guatimozin) en el aniversario 366º de su tormento.

(2) LE MARQUIS DE NADAILLAC: *L'Amérique préhistorique*: París, 1883: páginas 349, 357, 360, 386, 414.

eran otros tantos archivos de la antigüedad precolombiana, y fueron objetos especiales de persecución y devastación. Así desaparecieron el gran templo ó teocali en México, en donde estaba el calendario azteca elogiado por Laplace, y que no vino á ser encontrado (y eso no íntegro, según varios arqueólogos) sino años más tarde, cuando se hicieron excavaciones en la plaza de Armas de la ciudad para empedrar una calle; así desapareció el templo del Sol en el Cuzco, convertido luego en convento de Dominicanos (1), y se cuenta que habiéndole tocado al soldado Mancio Sierra de Leguizamo la colosal figura de oro del sol, la jugó y perdió en una noche, de donde se hizo proverbial en el Perú la frase: «juega el sol antes que salga»; así, en fin, pereció el templo de Suamoz ó Sogamoso en Colombia, y tantos otros que da lástima enumerar. Léase lo que refiere Quintana hablando de la ciudad del Cuzco:

«....Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestían, metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó después el ansia á los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez, y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habían enterrado.»

El ya citado secretario del Museo Arqueológico de Madrid, dice:

«Cuantos objetos encontraron con frecuencia los viajeros que posteriormente visitaron al Perú con Vasco Núñez de Balboa y Pizarro, los hallaron en los sepulcros, ricas minas de metales preciosos y de recuerdos históricos, llamados á consignar las verdaderas costumbres de sus primitivos dueños; de aquí dimana que muchos conquistadores, en su

(1) NADAILLAC, pág. 413.

sed de riquezas, profanasen en primer término estos sagrados recintos, y que de esta ambición se hiciesen también reos algunos de los mismos indios.... (1)»

Jamás he negado lo que la civilización de ambos mundos ha debido á la Iglesia; nunca tampoco he seguido la moda de la clerofobia, porque sé lo que es tratar de cerca á sacerdotes virtuosos hasta la santidad, y venerarlos todavía, aun después de haber olvidado muchas de sus enseñanzas; y por eso puedo reproducir con gusto las siguientes palabras de uno de los más notables escritores cubanos, D. José Antonio Saco, quien no será ciertamente calificado de parcial en favor de la clerecía:

«Dígase lo que se quiera de los frailes en España durante el siglo xvi, lo cierto es que, en medio del furor de la conquista del Nuevo Mundo, muchos de ellos fueron los más valientes y constantes defensores de la libertad de los indios (2).»

Pero reconocido esto; reconocido también que á varios sacerdotes, como á varios seculares, debemos las primeras fuentes de noticias, informes y tradiciones relativas al Nuevo Mundo, y más aún: que si en la conquista no hubiese habido más que conquistadores; si no hubiese habido también frailes Franciscanos, Dominicanos y otros misioneros, careceríamos de casi todos los conocimientos científicos, históricos y filológicos que poseemos acerca de los indios; reconocido todo esto, se me permitirá también decir que la ignorancia de parte del clero y su desdén altivo por la ciencia y la inteligencia de los indios, atizaron las hogueras en que ardieron poemas, libros, crónicas, pinturas raras, vasos sagrados y otras reliquias donde se contenía quizá toda la historia precolombiana,

(1) *Ilustración Española y Americana*, tomo I de 1883, pág. 31.

(2) SACO: *Historia de la esclavitud de los indios*, cap. III.

que ahora inquirimos desalados. El primer obispo y arzobispo de México, Zumárraga, figura como uno de los más señalados entre este nuevo género de iconoclastas; pero ha sido defendido por el Sr. García Icazbalceta. Aunque no conozco la obra del erudito mexicano, sé que el Sr. Bachiller y Morales, después de leerla y elogiarla, no quedó convencido (1). Ojalá que se pueda vindicar de todo en todo al Prelado que hizo introducir (con el virrey Mendoza) la primera imprenta que hubo en el Nuevo Mundo.

Otro obispo, D. Diego de Landa, escribía: «Se los quemamos todos (los libros), lo cual á maravilla sentían y les daba pena». ¡Bella hazaña! ¡Dejar á un mundo sin voz!

Por fortuna, no todos perecieron, como lo creía con fruición el celoso quemador mitrado; pero si el fruto de aquel alumbramiento de las pasadas edades americanas sobrevivió lisiado á la asfixia, no fué deseo de ahogarlo en la cuna lo que faltó. Algunos libros se han salvado, cuyo estudio hace más sensible la pérdida de los otros. El Dr. Daniel G. Brinton, de Filadelfia, logró adquirir por compra algunas obras mayas de Chilam-Balan, las cuales contienen «secretos astrológicos y profecías, consejos y recetas del arte de curar, y *la historia detallada del tiempo y los sucesos*»; y ya se ha visto el partido que ha sacado de ellas M. Charnay.

D. Manuel Orozco dice que han perecido más de sesenta idiomas en los límites de la República mexicana; muchos más han desaparecido en otras partes;—para que venga luego D. Nicolás Fort y Roldán, oficial primero de Administración militar del ejército de Cuba, á

(1) *Revista de Cuba*, XIII, 470.

marcar la senda que debe seguir la juventud estudiosa para indagar el pasado de América por medio del estudio de su idioma (¹)!

La inteligencia de los jeroglíficos se ha perdido también, y recuérdese que el P. Las Casas asegura (²) que en su tiempo había hombres iniciados en la lectura y reproducción de esos signos. En comunicación fechada el 16 de Marzo de 1884 en San Sebastián, Concordia (Estado de Sinaloa), aseguró el señor presbítero D. Dámaso Sotomayor á la Academia de Numismática y Antigüedades de Filadelfia, que él había descubierto la clave azteca, con tanta solicitud buscada inútilmente por los sabios; y que estaba en arreglos con la casa editorial de Bancroft, de California, para publicar en cinco ó más idiomas una obra relativa á su hallazgo; pero después no hemos vuelto á oír hablar de este importantísimo asunto, y tememos que haya corrido la misma suerte que la ilusión del Ldo. Borunda. También se ha anunciado que M. Le Plongeon ha tenido la envidiable ventura de encontrar la clave; pero han pasado más de dos años desde que se dió la noticia, y á haberse ésta confirmado, no se habría rodeado del gran silencio que se ha hecho después en torno suyo. Los hombres de los siglos xv y xvi hubieran podido ahorrarnos estas pesquisas é incertidumbres.

De Fuentes y Guzmán dice:

«Nuestros venerables progenitores anduvieron en continuado movimiento sobre su reducción (de los indios) á nuestras leyes, y los eclesiásticos en la predicación y enseñanza no cuidaron de apuntar, recomendando á la perpetuidad de lo escrito, los movimientos y máximas

(1) D. NICOLÁS FORT Y ROLDÁN: *Cuba indígena*.

(2) LAS CASAS: *Historia apologética de las Indias Occidentales*.

políticas de aquellos ancianos y primitivos tiempos, distantes de nosotros para la mayor noticia y retentiva de las noticias, costando no poco trabajo y gasto de tiempo las que después de tantos caducos años se adquieren (1).»

Es del caso recordar aquí que á mediados del siglo XVIII, y con motivo del célebre proceso de Boturini, propuso el Consejo de Indias que se fundase en México una Academia de Historia para el estudio de la particular de Nueva España, y el Monarca se negó rotundamente, según consta en Real Acuerdo de 19 de Diciembre de 1746.

Favorecido por esa destrucción de idiomas y de monumentos, pudo Mr. Luis H. Morgan (1881) forjar la teoría de que todos los indios, sin excepción, vivían en las construcciones colosales cuyas ruinas nos quedan, y no en edificios particulares; teoría rectificada ya, pero que siempre sirvió para embrollar más el pasado americano, y no sirvió sino para eso.

* * *

V. no puede, Sr. Valera, negar las abominaciones de la conquista. Si lo pretendiera, depondrían en contra suya, además de la Historia, aquellas frases «cruel, codicioso, sin entrañas», aplicadas por V. mismo al guerrero vencedor. Veamos en cuántos puntos más, fuera de éste, podemos estar de acuerdo.

¿Dice V. que otras naciones llevan en su conciencia idéntica mancha? Convengo en ello; no sé de ninguna conquista que se haya efectuado al regalado son de la

(1) *Historia de Guatemala*, II, 111.

orquesta, ni con las maneras suaves de pisaverdes de salón. Todas las guerras son horrorosas, todas las armas mortíferas y todos los trofeos destilan sangre. Al lado de jefes generosos se descubren siempre subalternos sin alma y sin disciplina, corazones empedernidos, como el de aquel margrave de Gomer, fotografiado al comienzo de la vigorosa poesía *Confiteor*, en la que V. ha compendiado todo un poema de Coppée. En unos casos habrá más ferocidad que en otros, pero á nada conduce discutir sobre gradaciones; en hecho de verdad, todas las naciones conquistadoras son algo así como solidarias en la sevicia, y ninguna puede arrojar á otra la primera piedra, por más que en sabiduría de administración colonial, en educación política de los nuevos súbditos, y en preparación para la libertad y el gobierno propio, sí las haya que con satisfacción legítima puedan preciarse de algo parecido á una predestinación. Si nosotros, engrandecidos en un día futuro, descubriésemos tierras pobladas de salvajes, y las conquistásemos, quizá procederíamos también como los antepasados de V. y míos, pues hay en muchas de nuestras guerras civiles antecedentes que justifican ésta, que sí es *suposición*. Consuélese, pues, Sr. Valera, con esta fidelidad fatal á la vocación hereditaria; y cuando nos quiera imponer silencio, no niegue las iniquidades de los españoles ni se escude con las de los extranjeros, sino busque en los anales americanos, desde México hasta los aledaños del Polo Sur, nuestras propias atrocidades. ¿Quieren Vds. que les regalemos á Melgarejo, Santana y otros tiranuelos, especialmente á Rosas? Todos, pues, Vds. y nosotros, todos podemos introducir una ligera variante en el verso de Terencio: *Homo sum: inhumani a me nihil alienum puto.*

Nos parecemos hasta en las desolaciones. Hace poco más de dos años leí en un periódico que en un lugar de Guatemala se esforzaban en hacer desaparecer varios monumentos antiguos que habían quedado sumergidos en unas inundaciones (contra lo cual protestó enérgicamente el reputado *Diario de Centro-América*, y entiendo que el Gobierno de aquella República acudió con disposiciones eficaces á impedir la devastación). En la isla de Cuba han ido, como juguetes, á manos vandálicas de muchachos, los primeros instrumentos de piedra descubiertos de los aborígenes (bien que hoy la ilustrada Sociedad Antropológica de la Habana organiza expediciones arqueológicas y recoge cuantos restos puede de los antiguos pobladores). En Colombia se ha permitido que se venda al extranjero un Museo de antigüedades formado en muchos años de paciente diligencia por el Sr. D. Gonzalo Ramos Ruiz, cosa que también ha sucedido en México y en otras partes ; y no fué sino hace tres meses cuando se resolvió oficialmente conservar el *cercado* de Facatativá, donde murió el último Zipa independiente, *cercado* que ya había empezado á ser objeto de explotación particular, y tal vez hubiera desaparecido sin la solicitud patriótica y tenaz de nuestro gran poeta el Sr. D. Rafael Pombo, secundada por el Gobierno (1).

¿Alega V. que las autoridades metropolitanas no ordenaron ni aprobaron todo lo que hicieron los conquistadores, y que antes bien expidieron órdenes tras órdenes en favor de los Indios? Lo reconozco también, y antes que V. me lo cite, recordaré yo el noble testamento de Isabel la Católica, en el cual «rogaba á su esposo y ordenaba y

(1) *Zipa* de Bogotá, Mayo 6 de 1881, pág. 585. — *La Nación* de Bogotá, núm. 357, Marzo 17 de 1889. — *Estrella* de Panamá, Abril 20 de 1889.

mandaba á sus herederos y sucesores, que los Indios fueran tratados al igual de sus súbditos, como que al emprender el descubrimiento se había tenido en mira ganar almas para el cielo, pero no esclavos para la tierra». Para satisfacción de V. copiaría yo aquí, si no fuese innecesario, los diez y nueve títulos del libro VI de la *Recopilación de las Leyes de las Indias* y otras muchas órdenes, pragmáticas y reales acuerdos. Y no solamente el Gobierno metropolitano, sino jefes de la Conquista, se esforzaron por que sus gentes procedieran con espíritu cristiano, como lo prueba el bando de Jiménez de Quesada, publicado en Guachetá, «en el cual, bajo penas severas, prescribía el más profundo respeto á las propiedades de los naturales (1)». Yo pudiera añadir, y lo añadiré en obsequio de la verdad, que la bondad de los Monarcas tuvo tal ó cual excepción (véase la nota 2 en la pág. 147); que Belalcázar escribía al pie de las órdenes de la Península : «Se obedece, pero no se cumple»; que Francisco Carvajal incitó á Gonzalo Pizarro á sublevarse contra la Corona; que los mejores jefes eran con frecuencia estorbados y desobedecidos por sus subalternos, y más de una vez los últimos, en castigo de su insubordinación y desafueros, sufrieron la pena capital en estas tierras; en fin, que «tantas disposiciones sobre un mismo asunto prueban por sí solas su completa inobservancia» (2); que «la misma abundancia y repetición de pragmáticas en beneficio de los naturales es la prueba concluyente de que á tanta distancia del trono fué superior el feroz impulso de la destruc-

(1) Esto no impidió «que Quesada le mandase formar (á Zaquesazipa) un proceso por ocultador de tesoros públicos, ni que le hiciese dar tormento. Zaquesazipa murió en él, y fué el último rey de los Chibchas». — FELIPE PÉREZ : *Geografía de los Estados Unidos de Colombia* : Bogotá, 1883, pág. 31.

(2) RAFAEL MARÍA BARALT : *Resumen de la Historia de Venezuela* : París, H. Fournier y Compañía : 1841, pág. 192.

tora codicia, á la solicitud, más ó menos tornadiza, de los Monarcas» (1). Pero no importa: ordinariamente, la crueldad no dimanó del supremo Gobierno.

¿No estaremos de acuerdo en todas estas cosas, señor Valera? Á lo menos, hago todo lo posible porque nos entendamos, y para ello atravieso como en zancos muchas ascuas de la Historia, ya que yo no soy el representante de lo que llama Pelletan «todo el dolor de una raza», ni fué V. el director de la conquista (que ¡ojalá lo hubieran sido hombres de su temple!). Pensar y decir cosas que V. acepte, es una honra y una seguridad de tino, y de ahí mi solicitud porque me firme V. el *visto bueno*.



Donde no, ó si acerca de esas especulaciones académicas se empeñase V. en que cada uno conserve su propia tienda en su propia colina, siempre le invitaré yo á que subamos juntos á otro promontorio de hacia Oriente, desde el cual no se columbre ya el pasado, sino que podamos fijar un mismo punto de vista de lo por venir. Me refiero á sus trabajos en pro de la confraternidad iberoamericana. No lo voy á tentar, como Satanás; no le voy á decir: «Si me oyes, todo esto será tuyo»; sino antes bien: «esto no será de V. ni mío, sino de toda la familia, por cuyas venas corre nuestra sangre».

Un poeta uruguayo, D. Estanislao Pérez Nieto, dijo

(1) Manuel Sanguily, en un notabilísimo artículo en que critica, con el acierto y vigor de su acerada pluma, un mal libro de D. Miguel Blanco Herrero, publicado en 1888 en Madrid, con el título de *Política de España en Ultramar*.—*Revista Cubana*, XI, 485.

en una composición titulada *Canto á la Patria*, premiada en los Juegos Florales del Centro Gallego de Buenos Aires en 1882:

« Su gloria de nación eso no empaña;
Que era el error del siglo, y no de España (1). »

No hay para qué reparar en pelillos con el Sr. Pérez Nieto, diciéndole que ya habíamos leído á Quintana. Lo que importa es fijar la atención de V. en que el acento patriótico del gran lírico español ha encontrado ecos en América. En verdad, yo me figuro que Quintana hubiera retocado su composición si hubiese vivido en la triste década de 1868 á 1878; mas en orden al poeta uruguayo, que escribió cuatro años después, él da testimonio de que en estas tierras hay combustibles activos para producir la llama de la unión que V. anhela por avivar, y que en mi concepto no dejará de vacilar al empuje de más de una ráfaga sino cuando se den á las Antillas todas las libertades prometidas por el ilustre general Martínez Campos en el convenio del Zanjón; libertades rezagadas por la influencia del Sr. Cánovas del Castillo, el estadista eminente y aciago, con quien, para no ser injustos en la estimación de sus grandes merecimientos, tenemos los cubanos que empezar por prescindir de que somos cubanos.

Y á propósito, Sr. Valera: ¿por qué en sus jugosas *Cartas americanas* no habla V. de la literatura de Cuba? En 1869, muchos años antes de empezar á escribirlas, ya había V. dedicado á la Avellaneda en la *Revista de España* uno de sus magistrales *Estudios*. ¿No le seduce á V. el movimiento intelectual tan activo que se ha des-

(1) *Ilustración Española y Americana*, tomo 1 de 1883, pág. 14.

arrollado en la Grande Antilla, el número crecido de filósofos, poetas, historiadores, economistas, oradores, críticos, de mayor ó menor mérito, que estudian allí todos los problemas contemporáneos y se afilian en todas las escuelas? ¿Deberé yo el honor, que agradezco, de que me haya V. nombrado varias veces, á la circunstancia de no residir en la patria? ¿Ó evita V. el tener que declarar que las promesas del Sr. Sagasta permanecen aún sin cumplimiento? Pues permítame decirle mi opinión sobre la confraternidad.

Vds. no la han comenzado por donde debe comenzarse. El Gobierno ha creado legaciones en todas estas Repúblicas, ha celebrado tratados de comercio con algunas, y trata de celebrarlos con otras; ha abierto sus escuelas militares á los jóvenes sud-americanos, y quiere reconocer la validez de los grados universitarios conferidos acá; se ha trazado, en fin, una nueva línea de conducta respecto de estos países donde en otro tiempo ondeó libremente su bandera, y la *Unión Ibero-Americana* secunda con carácter privado todos esos esfuerzos oficiales. Pero tales manifestaciones, ¿son hijas exclusivas del afecto, de la voz de la sangre, ó proceden también de *previsión*? Creo que hay de todo, porque veo que son posteriores á la revolución de Cuba, y deduzco que sin duda España atribuye á sus desdenes anteriores el grito unánime de simpatía con que todo este Continente respondió á la insurrección de Yara.

Pero están Vds. en un error, si se figuran que tal sentimiento puede sofocarse con tratados comerciales, relaciones literarias ó requiebros de cancillerías. La libertad de Cuba es una como aspiración innata de todo corazón americano. Apenas se anuncia una tentativa de emancipación, que después resulta rumor falso, la prensa de es-

tos países la acoge como los hebreos la realización de una grata profecía. Miembros de la *Unión Ibero-Americana* de Bogotá han venido á pedirme datos para promover, en unión de las sociedades hermanas de América, una solicitud colectiva de todas estas Repúblicas al Gobierno español, en favor siquiera de la autonomía cubana.

La obra de la fraternidad debe, pues, empezar en la Isla. Déjenos Vds. administrar los intereses locales de la provincia ó colonia; déjenos siquiera formar sin trabas y discutir nuestros presupuestos en una Cámara insular (no en las Cortes, donde nos abruma las preocupaciones de los unos y la indiferencia de los más), y será de Cuba de donde saldrá la propaganda más activa en favor de la unión de lo que erróneamente se ha dado en llamar nuestra raza. Estas naciones aplaudirán entonces, y no seguirán pensando, como ahora lo piensan y lo dicen, que si todavía fueran posesiones españolas, estarían aún sometidas al régimen irregular que impera en las Antillas; y ya no habrá ocasión de manifestaciones hostiles contra España á propósito de Cuba, porque ya entonces el separatismo no tendrá premiosa razón de existir.

V. dirá que sus *Cartas americanas* son literarias y no políticas. Pero los límites entre la política y la literatura no están bien trazados, y hay circunstancias en que la una se confunde con la otra. Entre ciencia y ciencia, como entre arte y arte, hay una como zona común que ninguno puede considerar su propiedad exclusiva. El estudio del Sol, el del Palenque, el de un asesinato, corresponden, respectivamente, al astrónomo, al arqueólogo, al jurisconsulto, pero éstos tienen que oír el dictamen, á veces imprescindible y decisorio, del físico ó del químico, del arquitecto, del médico ó del cirujano. De todos modos, Cuba está en América, y hay en ella una literatura

:

naciente, que reclama un buen espacio en sus *Cartas*. Uno de los grandes beneficios que está V. haciéndonos con ellas es que nos está dando á conocer unos á otros á los hispano-americanos, pues nuestras relaciones mutuas son nulas ó escasas. En sus *Cartas* aprendemos de nuestros vecinos mucho que ignoramos. V. es el ángulo de reflexión de todos los rayos luminosos de este Continente. Un libro escrito en Chile, llega á conocimiento de los colombianos porque V. lo lee, lo comenta y lo divulga. Debido á sus *Cartas*, hasta la prensa extranjera más refractaria á nuestras cosas intelectuales, empieza á sospechar que vivimos. ¿Le será á V. indiferente el que Cuba también sea conocida? Y yo creo que no lo es bien ni aun en España, y que es V. el llamado á colmar tal deficiencia. Volveré á citarle á Tácito: «Después de una acción brillante, hay que continuar».

No hable V., pues, de nuestros problemas coloniales; ya en el Parlamento español nos han defendido, al lado de las de nuestros propios oradores Montoro, Labra, Giberga, Betancourt, Portuondo, Fernández de Castro, Figueroa, las enérgicas voces de peninsulares ilustres, entre otros D. José Fernando González y D. Manuel Ortiz de Pinedo, dos de las almas más bellas que han honrado á la nación española. Déjeles á ellos la tarea política, y asuma V. la literaria; pero si en el curso de sus estudios tuviere que pronunciar la palabra *libertad* (y no uso esta voz en el sentido de *independencia*), pronúnciela resueltamente, V. que es liberal, V., antiguo compañero de O'Donnell, fundador con él del partido de la Unión liberal española, y revolucionario de 1868.

Simpatías tiene V. en Cuba, por su *ingenio*, su *erudición de buena ley*, su *talento amante de la contradicción y de la paradoja*, su *sinceridad*, su *discreción*, su

gusto correcto y aquilatado,—frases todas con que lo califica mi compatriota D. José Varela Zequeira y que yo prohijo (1); ¿por qué ha de pesarle aumentar allí el número de sus admiradores, contribuyendo, aunque sea de soslayo, á nuestra regeneración política?

Yo deseo ésta, por mis compatriotas más que por mí; por ellos, cuya felicidad social, el día que la obtengan, acaso no compartiré; pero cuyos sufrimientos actuales son los míos, cuyas angustias, desilusiones y tristezas son la única nube que empaña la serena tranquilidad de mi vida bajo el cielo colombiano.



Temo haber abusado de su paciencia; pero V., como antes el inolvidable Sr. Hartzenbusch, ó más quizá, se interesa vivamente en todas nuestras cosas. Ese interés será mi excusa, así como es la ocasión, que gustoso aprovecho, de ofrecerme á sus órdenes como su admirador y servidor Q. B. S. M.

RAFAEL M. MERCHÁN.

Bogotá, Octubre 31, 1889.

(1) *Revista de Cuba*, xv, 331, 332, 336.

RATAPLÁN

(CUENTO)

I.

AQUEL más animoso de mis lectores que se haya presentado á exponer lo que sabe de cualquier arte ó ciencia delante de cinco pasmosos profesores, y enfrente de dos ladinos contrincantes, comprenderá el valor y la poca aprensión que se necesitan. Ese valor lo tuve yo en dos ocasiones. En la tercera no fué ya valor, sino desesperación, porque después de haber llevado dos revolcones, con alguna justicia, era preciso, para presentarse á otra oposición, estar muy desesperado ó no tener chispa de vergüenza. Y, sin embargo, el éxito, ó mejor dicho, el tribunal coronó esta nueva proeza, y me vi nombrado de la noche á la mañana catedrático de psicología, lógica y ética. No os hablaré por de pronto del alegrón que recibí al saberlo, pues han corrido bastantes años de entonces á acá, y ya no lo siento para reproducirlo con la misma intensidad y viveza. Por otra parte, no soy retórico, y no puedo acudir al socorrido repertorio de hipérboles, simplificaciones, paradojas, símiles y

demás tropos. Lo único que recordaré como indubitable es que me apresuré á recoger el título en el ministerio, á arreglar el baúl, y á despedirme de los compañeros de Madrid, por el ansia que me había entrado de hallarme lo más pronto posible en *Cayudes*.

Cayudes es mi patria, y no debe extrañarse que tuviera tanta prisa por dejarme ver en ella. Era esta una de las primeras, y por consiguiente más vivas satisfacciones que me proporcionaba el estudio. Existía además otro motivo que me impulsaba á no dilatar indefinidamente mi estancia en la corte: oyendo á unos y otros, vine á formar idea de la merecida estimación que gozaban entre el profesorado los autores de obras de alguna importancia ó trascendencia. Estas obras se presentaban luego al Consejo de Instrucción pública, que informaba acerca de su mérito, y según fuese éste, el Gobierno las declaraba de texto en las Universidades. Otro gran aliante: en los concursos á cátedras se tenían muy en cuenta los trabajos originales publicados por el opositor.

Todas estas observaciones me sugirieron la idea de estudiar á conciencia mi asignatura, y ver de pergeñar un libro aceptable, útil, nuevo por el método ó por la mucha sustancia de su doctrina, lo cual llevaba más de dos docenas de perendengues, como dicen en mi tierra. Concebido así mi plan, y determinado á realizarlo, no me faltaba para poner manos á la obra más que una cómoda instalación y mucha tranquilidad de espíritu. Cediéronme mis padres con este exclusivo objeto la habitación más retirada de la casa, un cuarto muy capaz, alto de techo, con una hermosa ventana que caía al patio, y recibía la luz del mediodía. Hacía ya veintiséis años que ocupábamos el piso segundo, mientras el dueño se había reservado el principal, los sótanos ó bajos y este patio,

un perfecto cuadrado, bastante espacioso para poder convertirse en jardinillo. Pero hubo de contentarse al principio con plantar en los rincones dos parras, una frente á otra, y así se quedó para *in aeternum*. Al llegar la primavera, estas dos parras alegraban con sus verdes reflejos los tonos terrosos y sucios de aquellos paredones, que debían ser obra morisca, ó de la época de los Felipes, cuando menos.

De todos modos, complacíame en extremo el sosiego casi monacal que parecía reinar en aquel recinto de la casa, destinado nada menos que á restaurar la verdadera psicología. Porque, en efecto, la escuela inglesa, lo mismo que los Enciclopedistas, habían hecho mangas y capirotos de esta egregia rama de la filosofía clásica y tradicional. Reducíase mi tarea, por lo tanto, á aplastar á los unos y á perniquebrar á los otros á fuerza de lógica. En cuanto á Cousin y á sus hermanos en eclecticismo y en elegancias de estilo, me bastaba con unos cuantos alfilerazos bien dirigidos para que se deshinchasen y viniesen á tierra, blandos, vacíos y rugosos, como esos globillos de goma que sujetan los niños con un hilo. Excuso decir igualmente á mis lectores lo que yo pensaría de aquel famoso Krause, que por aquella época despuntaba en nuestro horizonte filosófico. Para él, y aun para otros de mayor cuantía, reservaba, no ya dos ó tres argumentos de sentido común, sino una especie de catapulta de argumentos. Pues este buen señor había tenido la paciencia de encerrar sus sofismas bajo una forma tan impenetrable, tan áspera y aparatosa, que más que razonamientos y tesis de metafísica, parecían cachazudos galápagos ocultando su cabeza entre dos conchas.

II.

Ello es que no tardé en empezar mis tareas animosamente, en medio de una santa y envidiable paz. Ésta duró quince días; al décimosexto me distrajo bastante un ruido particular que salía del patio y sonaba como á toque de generala ó de parada militar; pero de un modo tan desagradable, que nadie se lo figuraría. Luego, ya comprendí que se trataba de un simple tambor tocado de prisa y desordenadamente. Y esto sucedía á las ocho de la mañana, en Octubre, á muy poco de empezar el curso, en el momento de ir á prepararme para la lección de la cátedra. Como el ruido no cesaba y me sentía molestadísimo, me asomé á la ventana, y vi que el empecatado autor no era otro que el nieto del dueño de la casa. Este chiquillín de seis á siete años, morenillo, feo, de mal color, con una nariz tan recia que semejaba un manubrio, llevaba pendiente de una correa un tambor casi mayor que él, sobre cuyo parche menudeaba los golpes con todo el entusiasmo bélico de un veterano. Acompañábase al mismo tiempo de su voz aguda y resonante, gritando: «¡Plan, plan, rataplán, plan, plan!»

--¡Eh! Fernandito, ¿quieres callarte? Ó bajo y se lo digo á tu abuelo,—le advertí desde la ventana.

Pero el condenado chiquillo continuó impertérrito, como si le hubiera hablado en griego, cruzando el patio en todas las direcciones y machacando sobre su tambor, con aire tan marcial como insolente. Dos horas duró la tal música aquella mañana. Después pregunté á mis padres la razón de tenerlo el abuelo en su compañía, que no po-

día ser más sencilla y natural: habiendo fallecido la madre del niño, y hallándose el padre constantemente fuera de la población, por estar como ingeniero al frente de unas minas, pensaron que en ninguna parte se hallaría mejor que bajo su vigilancia. Desgraciadamente, la abuela, que era una malva y una excelente señora, se pasaba el día en la iglesia ó en las juntas de piadosas congregaciones, y el abuelo, D. Camilo Cebrián, si no era sordo por completo, le faltaba muy poco.

—¡Bah! Ya se cansará de tocar, me dije yo algunos días después; los niños tienen también sus manías, y aun es peor muchas veces llevarles la contraria. Pero, ¡ay de mí!, aquella manía no pertenecía sin duda á las comunes ni á las que fácilmente ceden ó se extinguen. Pasó un día, corrió un mes, contáronse seis meses, y terminó el curso sin que la tal manía dejase de estallar á la hora menos pensada. Hallábame á lo mejor desentrañando una proposición abstrusa en lo más peliagudo de mi tarea, cuando de pronto oía en el fondo del patio los maldecidos redobles del chiquillo, que sonaban en mis oídos como la murga más antipática del mundo. Cada idea se escapaba por un lado; ya no cabía ilación en ningún razonamiento, y aquello era el caos de la meditación, la *danza macabra* de los conceptos, el Walpurgis de la lógica. ¡Poderoso Dios! ¿Cómo discurrir con tino en medio de tan atronadoras disonancias? Imposible; había que desistir de la empresa. Pues ya comprenderéis que para perniquebrar á Condillac y echar la zancadilla á John Stuart Mill, necesitábase mucha paz, mucho sosiego y mucha tranquilidad de espíritu.

Cierto que podía haber trabajado de noche en esta santa empresa; pero á causa de una afección á la vista que padecí de niño, se me quedó hasta el presente tan

sensible y delicada, que hube de renunciar á todo lo que fuese velar con luz artificial más de media hora. Aun en las primaveras suelo usar gafas de cristal azul para librarme de molestas irritaciones y de los reflejos vivos y deslumbradores. En resumen: que con tales distracciones no adelantaba gran cosa en mis estudios.

III.

Una mañana fué tanta la ira que me dió, que tomando un cierto instrumento que mis padres destinaban á muy distinto uso, lo llené de agua fría y me situé detrás de la ventana, decidido á hacer un escarmiento. Ya comprendo que el procedimiento empleado no estaba á la altura de las circunstancias. Realmente no resultaba muy airosa la figura de un señor catedrático, con jeringa en mano, espiando detrás de una ventana, como cualquier antiguo dómine, las idas y venidas de un chicuelo. Item más: de un señor catedrático que peinaba barbas, que ostentaba cara *feroce* por lo grandona y seria, que vestía bata de color de avellana y gorro oscuro de terciopelo, lo cual no deja de revestirnos de cierta respetabilidad; pero ¿qué queréis?, los pormenores risibles se imponen en ocasiones aun á las personalidades más graves y caracterizadas. Y como es la sinceridad la que dicta estas páginas.... paso adelante y digo, que en cuanto el chiquillo se me puso á tiro le solté sobre el cogote una tremenda rociada, que debió dejarle más fresco que una lechuga. Amedrentado ante aquel furioso chaparrón, tan certero como imprevisto, corrió á esconderse á su casa, y ya no le sentí en todo el resto del día.

Esto no obstante, la memoria del castigo no duró mucho más de veinticuatro horas. Á la siguiente mañana, algo más tarde que de costumbre, se oyeron los redobles del tambor, aquellos maldecidos redobles que me ponían las ideas de punta. Cerré el libro con muda desesperación, y me armé del instrumento. Pero, á pesar de su entusiasmo, el chiquillo levantaba la cabeza y miraba de vez en cuando á la ventana. Por no errar el golpe, como no paraba ni un solo instante, asomé yo un poco la nariz al lanzar la temible rociadura, lo cual fué causa de que lo advirtiese á tiempo, y huyera á toda prisa, gritando:

—¡Polito, Polito, Polito, ya te veo!

Me llamo Hipólito Salvatierra; pero el muchacho, por abreviar sin duda, se comía dos letras y un acento. Conocida la intención del enemigo, se colocó frente á mi ventana, y con insolentes voces, gritos y exclamaciones empezó á pedir que le arrojase más agua. Torné yo á aparecer con gesto avinagrado, y aun le amenacé seriamente con un bastón. ¡Que si quieres! Fernandito se rió en mis barbas de semejantes amenazas, insistiendo á voz en cuello que se repitiera la función. Tuve que retirarme á mi campamento. Desde aquel día le tomé una inquina horrible, que casi llegaba al odio, y me hacía discurrir un medio de acabar de una vez con su endemoniado rataplán. Y mentalmente repetía la frase de Lutero: «Yo haré un agujero en ese tambor». Con esta intención les hablé á mis padres para saber qué opinaban sobre un cambio probable de domicilio. ¿Qué habían de opinar? Eran viejos, estaban habituados á su rincón, después de veintiséis años que vivían en él, y les sonaba pésimamente todo lo que fuera hablar de mudanza de casa ni de buscar cosa mejor que su rincón.

Aquel curso ni aun siquiera logré formar un progra-

ma de la asignatura para mis discípulos. ¡Un año perdido! Y en verdad que el segundo no comenzaba con mejores auspicios. Una tarde que volví de paseo media hora antes que de ordinario, con la idea de dar la última mano á mi programa, me encontré con la novedad siguiente: como consecuencia de sus correrías por el barrio, Fernandito se había traído algunos amigotes y hecho jefe de ellos. Así que, cuando me asomé á la ventana me lo vi en el patio con su tambor, ¡siempre con el tambor!, un gorro de papel en la cabeza y un sable de hoja de lata en la diestra, al frente de un pelotón de soldados, es decir, de cinco ó seis chiquillos que le obedecían como borregos. Al poco rato, después de diversas marchas y contramarchas, estalló un motín. ¡Divino cielo! Era cosa de emigrar del barrio, de *Cayudes* y hasta de la provincia. ¡Qué voces, qué gruñidos, qué peleas, qué batallas aquellas que precedieron por su inmensa resonancia á las de Alcolea, Monte-Ezcurra y Lácar! Estos jaleos se repetían la mayoría de las tardes, y observaba yo al ir al Instituto que en otras muchas calles los chiquillos se uniformaban militarmente, lanzaban vivas á algunos generales, cantaban el himno de Riego y otros himnos por el estilo.... Indudablemente existía en nuestra atmósfera social cierto espíritu de insubordinación, de indisciplina, de entusiasmo bélico que inspiraba estas continuas algaradas. Ahora bien: ¿cómo trabajar y ahondar en psicología en medio de semejante rumor de guerra, y sobre todo con la vecindad de la patrulla de Fernandito? ¿Sería otro año perdido para mi porvenir de autor? Probablemente.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEOS BARCELONES

IV.

Transcurrido algún tiempo, y muerto el digno compañero que la desempeñaba, se me concedió la Secretaría del Instituto como premio á mi laboriosidad. Una mañana que despachábamos las papeletas de matrícula, se presentó á reclamar la suya un estudiantillo moreno, feo, con ojos vivos de pájaro y una nariz gruesa, que parecía un puño pegado á la cara.

—¿Su nombre de V.?

—Fernando García,—respondió con desparpajo, y mirándome serenamente, cuando, sorprendido yo por el nombre, clavé mi vista en él. Según la papeleta, estaba matriculado en Aritmética y Álgebra, Geografía, Retórica y Poética, y no sé qué más. «Esta es la mía:—me dije en cuanto volvió la espalda;—ahora veremos, señor *Rataplán*, si despunta V. tanto en matemáticas como en el manejo del tambor.»

Durante el curso le pregunté en varias ocasiones á mi compañero, el profesor de Aritmética, cómo se portaba el alumno Fernando García.

—Le tengo por una medianía. No da palotada, ni estudia, ni concurre á clase.... y es de los que amotinan á los estudiantes:—tal fué la respuesta que me dió.

Perfectamente; lo que yo esperaba. No quise saber más. Terminado ya el curso, formaba con mi compañero antedicho el tribunal de examen, y poco tuve que hacer para que se le propinase el merecido *suspense*. Mas cuando llegó Septiembre, volvió á presentarse, y respondió con algún acierto ó, mejor dicho, con mucha verbo-

sidad. Conocíase que á ratos perdidos había hojeado los libros. Mis compañeros dudaban, pero yo insistí:

—¡Oh! Como le dejen hablar...., no le ahorcarán seguramente á ese chiquillo; pero no basta saber charlar si falta la doctrina. En fin: es un charlatán que carece de fondo. Además, se le habrá visto en cátedra media docena de veces en todo el curso.

Esta opinión decidió al tribunal, y se le obsequió con un *reprobado* más grande que una casa.

En el curso siguiente se formaron distintos tribunales de examen, y, aunque con gran trabajo, debió pasar el caballerito Fernando, porque llegué á tenerlo entre mis discípulos. No es ahora del caso referir menudamente ciertas peripecias de poca monta que pasaron en la cátedra, y por las cuales la ojeriza que le había cobrado subió de punto. Pero siempre, en estos choques, lo que más me irritaba, lo que más me revolvía la bilis, era la frescura y desparpajo con que se atrevía á replicar á mis reprimendas. Dos años le tuve amarrado á la psicología y ética. Por fin llegó al grado de bachiller, de cuyo tribunal formaba yo también parte como secretario. Presentóse de los últimos, y no puedo negar que casi casi salió airoso, gracias á su desenfado, á su facilidad en expresarse, á la petulante fluencia de su palabra. Habíale recomendado la familia á uno de los catedráticos del tribunal, y como la cosa quedó un poco en duda, se armó un zipizape mayúsculo. Se discutió lo indecible. Tanto y con tal empeño, que yo tuve que sacar el cristo, asegurándoles que nunca daría mi voto á un charlatán que carecía de ideas, de doctrina y de solidez, sin más jugo ni sustancia que una sarta de tópicos, vulgaridades y frases hechas. Le hice una seña al presidente, que era de los nuestros, y añadí:

—Se puede proceder á la votación.

—Un momento, señores (repuso nuestro digno presidente). Si se aprueba este alumno, advierto á Vds. que la manga ancha seguirá igual para todos los demás.

Pasamos, pues, á votar, tras esta sustanciosa insinuación, y apareció *suspensio* por irrecusable mayoría. Después de tal derrota no debió presentarse en Septiembre, á probar fortuna de nuevo, porque no volví á verlo en el Instituto, ni aun en *Cayudes*, desde aquella memorable fecha. Debo confesar, sin embargo, que, á pesar de la mala voluntad que tuve siempre al muchacho, en más de una ocasión recordé con verdadero sentimiento la rigidez y la aspereza excesivas con que le había tratado. Ni aun logró templarlas siquiera el saber que entre algunos compañeros míos disfrutaba de ciertas simpatías, por aquel despejo y aquel gentil desenfado con que respondía siempre en clase, supiera ó no supiera la lección, á tuerzas ó á derechas, antes que pasar plaza de ignorante. ¡Pobre Fernandito García! Yo lo traté á baqueta por lo de marras, y no merecía tanto rigor, bien consideradas las cosas.

V.

Gozando, por fin, de aquella tranquilidad de espíritu, tan necesaria para el estudio, di á luz una tras otra las siguientes obras: *Programa fundamental de psicología y ética*, *El racionalismo ante la sana razón* y *Errores de la filosofía positiva y materialista*, tres librecillos que me ganaron la estimación de todas las personas cultas y sensatas de *Cayudes*, pero que, considerados como valla

y antemural de la buena doctrina, fueron impotentes para detener el aluvión revolucionario que se nos entraba por las puertas. No hay duda que el terreno se hallaba ya preparado por aquel satánico espíritu de rebeldía que había yo sorprendido en la marcha irregular y agitadísima de los sucesos, y bastó un hecho solo para que las ideas perturbadoras tomaran repentinamente cuerpo. Este hecho fué la revolución de Septiembre.

Tuvimos, por consiguiente, motines un día sin otro, y dos á la par; formáronse juntas de compadres, se armó la milicia ciudadana, nos nacieron tribunos con esa prolífica abundancia de las plagas, amaneció la discordia, estalló la guerra. Mal cariz presentaba aquello. Algunos compañeros míos, así como todas las personas sensatas de la población, se alarmaron lo indecible al observar el giro que tomaban los acontecimientos, aquella especie de esfinge, invencible y trágica, asentada en cuantos caminos recorrían nuestros Edipos. Lo que yo me alarmaría, pueden calcularlo mis lectores, sabiendo que llevaba escritos en *El Orden*, periódico ortodoxo y tradicionalista, una tanda de artículos políticos algún tanto mordaces. ¿Cómo, pues, sustraerse á las consecuencias, al temor, al espanto, á la posibilidad de cualquiera desagradable peripecia? ¡Ah! ¡Que no volvieran aquellos felices años (algo más de un lustro), que tan sosegadamente corrieron para mis tareas de autor diligente! Corrieron, sí, con el sosiego y la apacibilidad de un río de anchísimo y dilatado cauce que ve reflejarse en sus claras aguas las infinitas bellezas del paisaje.

Después de proclamada la República, una de aquellas tristes noches, tan tristes en provincias, que todavía esperan un Ovidio desterrado que las cante, al tiempo de retirarme á casa se me presentó un ordenanza del gober-

nador, y me hizo saber que su jefe me recibiría en su gabinete particular, entre doce y una de la madrugada.

—Perfectamente: iré por allá,—contesté con no poco susto, porque las circunstancias no eran para menos.

Quedé luego pensando en las horas de recibir á las gentes que tenía S. E., que no podían ser mejores, sobre todo para cualquier catedrático metódico y madrugador. Pero fueran como fuesen, no era lo peor las horas, sino el asunto ó motivo de la cita. ¿Sería acaso político?

En cuanto dieron las doce, cogí el abrigo y me encaminé á la Diputación. Pero al cruzar por la sala, con el quinqué en la mano, eché una mirada al espejo, y me vi algo más pálido y amarillento que de ordinario. Debo advertir, por lo que atañe al exterior de la persona, que mi cara de filósofo con peluca á lo Luis XVI, seriota, carnosa y carrilluda, con su correspondiente papadilla, no previene en contra; á lo más infundirá cierto respeto, y creo que no disonase mucho, á pesar de su bigotillo, en el coro de una catedral, entre las más esponjadas y expresivas de los prebendados. Entrando en la Diputación, salió á recibirme el consabido ordenanza, y aún estuve media hora de antesala antes que volviera para acompañarme al despacho del Gobernador. Era este un hombre de mediana talla, pero de mucha fibra al parecer, moreno, joven, quizá demasiado joven para semejante cargo, de mal color, barbudo, con ojos de ave de rapiña y un perfil de cara típico, que, según Lavater, debía significar audacia, genio militar, orgullo, propensión á los cargos elevados, etc., etc..... Con todo y con eso, en conjunto resultaba una figura agradable, fina, atractiva, vestido como iba en aquel momento de levita negra y pantalón azul, lo cual tendría yo por inexplica-

ble, si no fueran mis propios sentidos los que tal impresión me sugirieran.

—¿V. es D. Hipólito Salvatierra?—me preguntó en seguida, sin haber cruzado conmigo ningún saludo.

—Servidor de V.

—Muy señor mío. ¿V. es catedrático de psicología, lógica y ética, secretario del Instituto, autor de varias obras y redactor de *El Orden*, desde cuyas columnas nos ha puesto V. á los liberales como chupa de dómine?

—¡Oh! no, Sr. Gobernador; tanto como eso.... He atacado, ó, mejor dicho, he puesto en tela de juicio ciertas ideas....

—Pero detrás de las ideas están los hombres, y V. se ha permitido aludir en sus artículos á los más caracterizados de una manera ofensiva, mordaz, venenosa, indigna de una pluma que se precia de culta y de discreta.

—Eso es la furia de la improvisación, créalo V. Si V. E. supiera cómo se escriben esos maldecidos artículos....—Y en medio de este tiroteo de preguntas y respuestas sentía bañarse todo mi cuerpo en extraño sudor, y pensaba para mi capote: «Pero, señor, ¿en qué vendrán á parar estas misas?»

—Además, se me ha indicado por persona que debe estar en autos, que V. ha dado dinero para....—Aquí bajó la voz su señoría y deslizó la acusación en mi propio oído.

Yo protesté en voz alta:

—¡Por Dios y por todos los Santos, Sr. Gobernador! ¡Que se inventen semejantes absurdos en un *Cayudes*.... y que se les dé crédito! ¿Cabe en cabeza humana que con doce mil reales de sueldo, teniendo que sostener á mis padres, socorrer á mis parientes y pagar casa, me quede á mí dinero para.... para eso?

—Bueno bueno. Es un rumor que me permito indicar,

aunque no crea en él. Y vengamos á lo importante, señor D. Hipólito; por personas de mi confianza supe esta mañana que la gente del bronce había formado una lista de sospechosos, con la idea de encerrarlos bajo llave. V. va en esa lista. Se han empeñado en tener una garantía de valor contra los excesos de los *carcas*, como los llaman ellos. Á mí, como comprenderá V., me repugnan los procedimientos de fuerza; pero las circunstancias difíciles que atravesamos me obligan á tolerar lo menos malo para no reprimir y ahogar en sangre lo peor. Ahora, que si faltan á lo convenido y se exceden de obra ó de palabra, en cualquier terreno que sea, yo le aseguro á V. que les sentaré la mano. Le he llamado, pues, para advertirle que haría V. muy bien en arreglar esta noche el equipaje y largarse á Madrid lo más pronto posible. Hoy por hoy, hallará V. mayor seguridad en aquel río revuelto que en esta balsa de aceite. ¡Ah! Otra cosa: V. no me habrá conocido tal vez; V. no se acordará ni del Santo de mi nombre, ¿no es verdad? Por supuesto que como me firmo Fernando G. Cebrián....

—Esa fisonomía.... Sí, señor, sí; estaba recordando, y me decía: «yo he visto esa fisonomía en otra parte...., tengo una idea confusa....»; pero no acertaba. Dispense V. E. mi torpeza: debo ser mediano fisionomista.

—Fernando García. Solo que hay tantos Garcías en España, que para no ser uno más, acostumbro á firmar con el apellido de mi madre. Por eso no me extraña que V. no cayera en la cuenta ni antes ni después.... ¿No se acuerda V. de aquel discípulo y vecinito suyo que V. suspendió tantas veces por ojeriza, por su desaplicación y por ciertas travesuras, pero sobre todo por lo primero?

—Perfectamente; no diga V. más. Fernandito García. ¡vaya! ¡Ya lo creo! Algo había de eso que V. indica, se-

ñor Gobernador; algo había en efecto.... Es una historia que le divertiría á V. muchísimo si se la contara.

—Pues yo, como muchacho resuelto y expeditivo, trasladé la matrícula á Madrid, y allí me hice abogado, orador y hombre político, todo en una pieza. No lo hice tan mal al principio que no me ganara algunas simpatías, y aquí me tiene V. de jefe, debiendo ser soldado raso. Pero no lo olvide V., Sr. D. Hipólito; es preciso ser un poco tolerante con la juventud; ni todos nacemos para sabios, ni todos los grandes hombres se formaron en las aulas.

Dicho esto, volvióse hacia la mesa del despacho, tocó un timbre, y acompañándome hasta la puerta, añadió con un gracioso movimiento de cabeza:

—Estos señores metafísicos.... son terribles.

Debo advertir que en este expresivo cabeceo no se traslucía ni por asomo aquel necio y soberano desdén con que Napoleón hablaba de los ideólogos.

Transcurrida apenas media hora, cerrando mi maleta de viaje en la soledad de mi cuarto, hacíame cruces, y me preguntaba con pueril asombro: «¿Viviré en la realidad? ¿Será posible que aquel alborotador chiquillo, que aquel estudiantillo travieso, que aquel famoso Rataplán gobierne una provincia nada menos? ¿Habrán pasado, en efecto, doce años, ó serán innumerables los que hayan corrido milagrosamente, como cuenta la leyenda de no sé qué santo anacoreta, para despertar en una España distinta de la que yo conocí?»

Á los pocos días de llegar á Madrid supe por los periódicos que habían sido detenidos y llevados á la cárcel algunos pájaros gordos de *Cayudes*. Pero Rataplán cumplió su palabra; los excesos del populacho se limitaron á detener á estos catorce ó quince personajes en calidad de rehenes, y exigirles algún dinero.

Entonces demostró carácter. Dos años después habló en las Cortes como diputado, y demostró talento. Con esta bizarra acción de acordarse de su profesor, sólo por haber sido su profesor, para evitarle un tremendo disgusto, demostró que era hombre de generosos impulsos, sin contar con que el citado rasgo envolvía una lección de prudencia regalada por el discípulo al maestro. ¡Vaya con el famoso Rataplán! No dudo yo que si modificara algún tanto sus ideas, que son medianejas, por sus puntas y ribetes de socialismo, le viéramos el mejor día ministro.

Por mi parte, si ese día llega, me comprometo á dibujaros esta figura contemporánea con los mejores perfiles de mi pluma de psicólogo; pues, según los estupendos lances de su vida, sospecho que no ha de carecer de originalidad, ni de gallardía, ni de noble y gracioso colorido.

Por la copia,

JOSÉ M. MATHEU.

APUNTES

PARA UN

DICCIONARIO DE ESCRITORAS ESPAÑOLAS

DEL SIGLO XIX.

~~~~~  
(Conclusión.)

PÉREZ DE MONTES DE OCA (DOÑA LUISA).—Poetisa. Nació en la villa de Cobre (Santiago de Cuba) en 1837. Sus primeros trabajos aparecieron en los periódicos de la Habana. En 1857 publicó un tomo de poesías, que aseguró su fama literaria. Son muy pocos los datos biográficos que podemos dar de esta escritora.

PERÍN (DOÑA MODESTA).—Propagandista de las ideas federales en la tribuna del club, en las barricadas de Zaragoza y en las columnas de *El Jurado federal* y otros periódicos. Murió en 5 de Octubre de 1871.

PICH (DOÑA ROSA).—Escritora catalana. Ha dado al teatro en Barcelona las piezas *Com sucshex moltas vegadas* y *Gent de barri* (1877).

PINO Y PENICHET (DOÑA MARÍA).—Autora del libro de poesías *Lágrimas y Flores* (Habana, 1866).

PIRES (DOÑA DOLORES).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1877).

PLAZA (DOÑA MAGDALENA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1874).

POGGI DE LLORENTE (DOÑA ISABEL).—Esposa del distinguido periodista cántabro D. Ildefonso Llorente Fernández. Ha escrito y publicado numerosas poesías de carácter religioso, especialmente en *La Moda Elegante*, *La violeta* y otros periódicos.

POVEDA (DOÑA ANA MARÍA).—Es autora de un *Manual de las señoritas ó Arte para aprender cuantas habilidades constituyen el verdadero mérito de las mujeres* (Madrid, 1853).

POZO GUERRERO (DOÑA ADELAIDA).—En *El Defensor del Comercio* y otros periódicos hemos visto versos de esta señora.

PRAT (DOÑA CARMEN).—En 1876 dedicó una poesía *Al rey D. Alfonso XII, pacificador de España*.

PRÍNCIPE (DOÑA CLOTILDE AURORA).—Poetisa; nació en 1849, y es hija del escritor D. Miguel Agustín Príncipe. Ha colaborado en *El Correo de la Moda* (1864-65).

PUIG CASTEJÓN (DOÑA MARÍA).—Ha leído poesías en algunas solemnidades dramáticas de Madrid (1877), y pertenece á la Asociación de Escritores y Artistas. Colaboradora de *La Raza latina* y otros periódicos.

PUJALTE (DOÑA ASUNCIÓN).—Colaboradora de *La Paz de Murcia* (1876).

PUJOL DE AULÉS (DOÑA ISABEL).—Esposa del autor dramático D. Eduardo Aulés. Ha escrito la comedia catalana *Per amor al art* (1885).

PUJOL DE COLLADO (DOÑA JOSEFA).—Activa colaboradora de los periódicos *La Ilustración de la Mujer, Cádiz, La Producción Nacional, Flores y Perlas, La Ilustración Ibérica, El Día*, y otros. Se le debe también la traducción de algunas novelas y muchos trabajos literarios publicados con el pseudónimo de *Evelio del Monte*.

PULIDO Y ESPINOSA (DOÑA N.).—Ha traducido y publicado un *Compendio de la Historia Sagrada y nociones de la profana* (1846), *El tribunal secreto*, por Clemencia Robert (1848).



## Q

QUEMADA (DOÑA NICASIA).—Escritora, natural de Valladolid, maestra superior. En la inauguración de la estatua de Cervantes en dicha capital (1877), y en otras solemnidades anuales y conmemorativas del Manco de Lepanto, ha publicado ó leído varias de sus composiciones poéticas. Fué premiada en los Juegos florales de Pamplona, celebrados en 1883, por su composición *El cantar de un emigrado*.

QUINTANO Y MEDINA (DOÑA MARÍA JUANA).—Poetisa, nacida en Madrid en 27 de Enero de 1815. Son sus obras: *Novena de Santa Teresa de Jesús* (1850); *Novena de San Francisco de Asís*; *Novena á la virgen y mártir Santa Filomena* (1853); *Canto al natalicio de la Princesa de Asturias* (1851); *Devocionario en verso* (1853); *Plegaria á Nuestra Señora de Atocha* (1860). Murió en Madrid en 1870.

QUINTERO Y CALÉ (DOÑA EMILIA).—Hija de la poetisa doña Emilia Calé y del Sr. D. Lorenzo Quintero, natural de la Coruña. Muy niña aún, publicó traducciones del italiano y del francés en *El Correo de la Moda, Cádiz* y otros periódicos. En las fiestas del Liceo Brigantino del Ferrol en 1881 fué premiada por su notable ejecución como pianista.

## R

RAMÍREZ TRUJILLO (DOÑA ANA).—En 1860 tomó parte en el *Album* dedicado á la reina doña Isabel por los profesores de instrucción primaria de Madrid.

RAMOS DE FERNÁNDEZ (DOÑA LUZDIVINA).—En 1876 habitaba en Toro, y escribió en la revista de instrucción primaria *La Reforma*. También hemos visto varias sentidas composiciones poéticas de esta señora,

RAVELLA (DOÑA TERESA).—Colaboradora de la revista *Flores y Perlas* (1883).

REAL Y MIJARES (DOÑA ELENA).—Colaboradora de los periódicos *Los dos Mundos* (1883), *La Patria*, *La Crónica de la Moda y de la Música*, etc.

REAL Y MIJARES (DOÑA MATILDE).—Maestra superior, institutriz y profesora de los Jardines de la Infancia. Ha publicado las obras: *Los animales trabajadores; Lecturas infantiles sobre la naturaleza* (1882); *La educadora de la infancia, cualidades y circunstancias que debe reunir* (1884); *Observaciones sobre la educación moral del niño* (1887).

RIBERA Y GARAU (DOÑA MARÍA INÉS). Escritora, nacida en Palma y muerta en 1861. Perteneció al claustro y escribió algunas obras religiosas.

RIDOCCI (DOÑA MATILDE).—Ha publicado *Nociones de higiene privada general al alcance de los niños* (Valencia, 1876), y *Nociones de higiene privada general para las Escuelas normales y las superiores* (1877).

RIEGO Y PICA (DOÑA FRANCISCA CARLOTA DEL).—Ha escrito numerosos artículos y poesías en *El Correo de la Moda* (1857 á 1865); la novela *Elena de Mendoza* (1881), y el libro *Cartas sobre la misión de la mujer* (1882).

RÍOS (DOÑA BLANCA DE LOS).—En 1879 dió á conocer los primeros frutos poéticos de su ingenio con el pseudónimo de «Carolina del Boss» esta escritora sevillana. En 1880 obtuvo un accésit en certamen abierto por la sociedad «Julián Romea». En 1881 publicó el libro de poesías *Esperanzas y recuerdos*, y por la misma época la

leyenda *Los funerales del César*. En 1889 fué recompensada por la Real Academia Española por un *Estudio biográfico y crítico de Tirso de Molina*.

RIQUELME Y TRECHUELO (DOÑA ADELA).—Profesora de la Escuela normal central. Ha publicado: *Influencia ejercida por la mujer en España* (1883), y *Nociones de Higiene doméstica* (1885).

ROBIROSA Y DE TORRENTS (DOÑA JOSEFA).—Nacida en Villanueva y Geltrú en 1817; dió al teatro el drama *Lorenzo* (1845).

RODÉS Y GARIES (DOÑA RITA).—En 1868 publicó en Zaragoza un volumen de poesías con el título de *Alboradas*.

RODRÍGUEZ (DOÑA CLOTILDE).—Poetisa cubana, conocida por *La hija del Damují*, muerta en Cienfuegos á principios de Abril en 1881.

RODRÍGUEZ (DOÑA NARCISA).—Tomó parte en la formación del *Álbum* que en 1860 dedicaron á la reina doña Isabel los profesores de instrucción primaria de Madrid.

RODRÍGUEZ TIÓ (DOÑA DOLORES).—Poetisa portorriqueña. En 1885 publicó la colección de poesías *Claros y nieblas*, y *Á mi patria en la muerte de Corchado*.

RODRÍGUEZ DE MORALES (DOÑA CATALINA).—Poetisa cubana. Ha publicado composiciones poéticas en *La Raza latina* de Nueva York (1879).

RODRÍGUEZ DE URETA (DOÑA ANTONIA).—En 1885 publicó en Barcelona la novela *Pacita ó la virtuosa filipina*, y en 1889 una colección de *Leyendas morales*.

RODRÍGUEZ DE VELILLA (DOÑA DOLORES).—Poetisa contemporánea, cuyos trabajos hemos visto en diferentes periódicos, y en la *Corona fúnebre* á la memoria de la señorita Estevarena.

RODRÍGUEZ Y PÉREZ (DOÑA ENRIQUETA).—En 1865 obtuvo accésit en la Sociedad Bibliográfico-Mariana de Lérida, por su estudio sobre el *Santuario de la Virgen de Atocha*.

ROJAS (DOÑA NATIVIDAD DE).—Distinguida señora que ha cultivado la música y la poesía, ya tomando parte en las veladas artísticas del Liceo de Madrid, ya colaborando en *El Correo de la Moda* y otros periódicos. En 1865 se estrenó en el Circo de Madrid la zarzuela *Una apuesta en la velada de San Juan*, letra y música de su composición.

ROJO Y HERRAIZ (DOÑA CARMEN).—Ha colaborado en el periódico *Instrucción para la mujer* (1883).

ROMERO DE MARTÍ (DOÑA MARÍA DE LA CAPILLA).—En *La Semana* de Jaén se han publicado poesías de esta escritora.

ROMERO DE SEGOVIA (DOÑA SOFÍA).—Actriz y escritora. El público de Madrid la conoce sobradamente para que haya necesidad de decir nada en su elogio, bajo el primer aspecto. Como escritora, ha dado á la estampa gran número de poesías y se ha representado con aplauso en el teatro Lara la pieza *Á la vicaría* (1885).

RONCO Y PÉREZ (DOÑA ADELAIDA).—Maestra de instrucción primaria de Pastrana, premiada en 1886 con medalla de bronce por sus escritos de educación, llevados á la Exposición provincial de Guadalajara. No sabemos que hayan sido publicados.

ROS DE JARAMATE (DOÑA ELISA).—Poetisa. En 1878 publicóse en Barcelona un *Himno á Su Santidad León XIII*, cuya letra se debía á esta señorita.

ROSSEL Y MAÑÉ (DOÑA CARMEN).—Dió al teatro de Barcelona en 1884 el juguete cómico *Apuros de un farmacéutico*.

ROSSO (DOÑA CONCEPCIÓN).—En *El Eco Moderno* y otros periódicos hemos leído versos suyos (1877).

RUBIANO Y SANTA CRUZ (DOÑA VENTURA).—En 1843 tradujo y publicó en Barcelona la obra de Albat Cler *Fisiología del músico*. Ha traducido también otras obras.

RUBIO (DOÑA INÉS).—Hemos visto la firma de esta señora al pie de algunas poesías (1878).

RUÍZ (DOÑA FIDELA).—Regente de la Escuela normal de maestras de Lérida. En 1888 publicó, en unión de D. Cipriano Ruíz, la obra *Tratado de Caligrafía y Ortología*.

RUÍZ RICOTE (DOÑA MARCELINA).—Profesora de labores desde hace veinte años en el Colegio nacional de sordo-mudos y de ciegos. En la sesión de reparto de premios celebrada en dicho Colegio en 30 de Junio de 1889, la Sra. Ruíz Ricote tuvo á su cargo el *Discurso reglamentario*.

RUÍZ DE CARABANTES (DOÑA LEONOR).—Ha dado al teatro en Valladolid las comedias *Amparo*, *Por un descuido* (1882); *Por vestirse de prisa* (1883), y *Lo que encubre una levita* (1885). En 1887 dió á la estampa una colección de poesías con el título de *Crisálidas*, la primera de las cuales aparece dedicada á Allán-Kardec, apóstol del espiritismo, y en 1889 la colección *Flores y perlas*. En 1882 había publicado otra poesía en honor de *Santa Teresa de Jesús*.

RUÍZ DE MENDOZA (DOÑA JOAQUINA).—Publicó las obras: *Tres tumbas al pie de la Cruz* (1858); *La mujer cristiana, consideraciones filosóficas sobre la influencia de la Santísima Virgen María en las sociedades cristianas* (1870).

RUÍZ Y ALÁ (DOÑA CARMEN).—Profesora de ins-

trucción primaria. Publicó en Barcelona en 1877 un *Método de corte y confección de prendas de vestir para señora y lencería para caballero*. En 1882 dirigió en aquella capital el periódico *El Figurín artístico*.

RUSIANO (DOÑA MATILDE).—Hemos visto la firma de esta señora en la prensa religiosa al pie de algunas composiciones poéticas (1887).

## S

SABATER (DOÑA ADELAIDA).—Colaboradora del periódico *El Generalife* de Granada (1877).

SÁENZ DE TEJADA (DOÑA VICTORINA).—Poetisa, natural de Antequera. En 1865 publicó en Granada un volumen de *Poesías*, del que hizo la prensa entusiastas elogios. En 1875 tomó el velo de religiosa en el convento de San Clemente de Sevilla.

SÁENZ DE VINIEGRA (DOÑA LUISA).—Esposa que fué del general Torrijos, y autora de una *Vida* de dicho general (1860).

SÁEZ DE MELGAR (DOÑA FAUSTINA).—Escritora. Nació en Villamanrique en 1834, y llevada de irresistible afición á las letras, las cultivó desde que era adolescente, á pesar de la oposición de su familia. Casada en 1855 con D. Valentín Melgar, pudo ya escribir libremente, y utilizó con gran amplitud la autorización, de lo que dan claro testimonio sus numerosos artículos, sus poesías, sus obras novelescas, su incesante labor, lo mismo en Madrid que en París, donde actualmente reside.

Ha colaborado en los periódicos *El Correo de la Moda*, *El Trono y la nobleza*, *El Agente industrial*, *La Antorcha*, *El Occidente*, *La Discusión*, *La Época*, *La Moda Elegante*, *La Violeta* (fundado por ella en 1862), *La Ca-*

*nastilla infantil* (lo publica en París), *El Mensajero de la Moda* (1879), *La Mujer*, *El Día* y otros muchos periódicos, así políticos como literarios y de modas. Son sus obras principales: *La Pastora del Guadiela* (1858); *La Marquesa de Pinares* (1859); *Los Miserables de España*; *Matilde ó el ángel de Valderreal*; *Angela ó el ramillete de jazmines*; *Aniana ó la quinta de Peralta* (1876); *La Cruz del Olivar*; *La higuera de Villaverde*; *El caballero del Águila negra*; *La prelada de las Huelgas*; *Luz y esperanza*; *Un libro para mis hijas*; *Manual de la joven adolescente* (1861); *Sendas opuestas*; *La bendición paterna*; *Inés ó la hija de la caridad* (1878); *El collar de esmeraldas*; *El deber cumplido* (1879); *Ecos de gloria*, leyendas históricas (1877); *Páginas para las niñas* (1881); *La Abuelita*, cuentos de la aldea; *María*; *El hogar sin fuego*; *Ayer y hoy*; *Blanca la extranjera*; *Rosa, la cigarrera de Madrid*; *La lira del Tajo*, poesías (1859); *Inés la Mojigata*; *La loca del Encinar* (1873); *Intrigas cortesanas*; *África y España* (1867); *Deberes de la mujer* (1866); *Romances históricos y lecturas amenas* (1888); *Irene* (1886); *Los dos maridos de Tula* (1886); *Aurora y felicidad* (1889). Para el teatro ha dado el juguete cómico *Contra indiferencia, celos* (1875); el drama *La cadena rota*, y ha traducido *La sociedad y sus costumbres*; *Los dramas de la Bolsa*, y otras muchas obras. En 1889 se encargó de traducir á nuestro idioma las obras de la reina de Rumania *Carmen de Silva*, dándolas á la estampa con el título de *Flores y perlas*.

SAN ANTONINO (SOR MARÍA ISABEL DE).—Autora de un *Poema historial de la vida de Santo Domingo de Guzmán* (Granada....).

SÁNCHEZ CANTOS (DOÑA ADELA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda*, la *Revista Compostelana* y

otros periódicos. Ha publicado las novelas *La víctima de una ambición* (1875) y *Venganza y abnegación* (1876), y ha dado al teatro el drama *La mártir de su honra* (Toledo, 1878).

SÁNCHEZ MARÍN Y GYMIA (DOÑA MARÍA).—Autora de una poesía de la muerte de la reina Doña Mercedes de Orleans.

SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE (DOÑA LUISA).—Tomó parte en la redacción del *Album* que en 1860 dedicaron á la reina Doña Isabel II los profesores de instrucción primaria de Madrid.

SÁNCHEZ DE LLANO (DOÑA ISABEL).—Autora de un *Tratado de Mitología* (1877).

SAN JURJO Y BADÍA (DOÑA JOSEFA).—Ha publicado algunas composiciones poéticas en los periódicos de la Coruña (1874).

SAN ROMÁN (DOÑA JOSEFA).—Escritora castellana: en los periódicos de Valladolid y de Madrid se han publicado trabajos literarios de la misma (1880).

SANTA CRUZ (SEÑORITA).—Publicó en la Habana el libro *Historias campesinas*.

SANTA MARÍA (DOÑA JOAQUINA).—Escritora catalana. Premiada en el certamen de la Juventud Católica de Barcelona de 1877, por una poesía firmada con el pseudónimo de *Ana de Valldaura*.

SANTA TERESA (SOR GREGORIA FRANCISCA DE).—En 1865 publicó en París un volumen de *Poesías*.

SARALEGUI DE CUMIÁ (DOÑA CONCEPCIÓN).—Poetisa navarra, cuyos trabajos desconocemos.

SARASATE DE MENA (DOÑA FRANCISCA).—Escritora navarra, esposa del publicista D. Juan Cancio Mena. Ha publicado *Un libro para las pollas* (1876); *Horizontes poéticos* (1881); *Amor divino*, poesía premiada con



una pluma de oro en el certamen poético de Alba de Tormes dedicado á Santa Teresa (1882); *Una actriz*, novela (1887); *Fulvia ó los primeros cristianos* (1889); y ha dirigido el periódico *La Gaceta de París*.

SCHMIDT (DOÑA ELISA).—Ha publicado traducciones del alemán en los periódicos de Valencia (1878).

SELLÉS (DOÑA ELENA).—Poetisa, hermana del autor dramático de su apellido. En 1879 publicó en *El Independiente* una colección de *Cantares*. También ha colaborado en diferentes periódicos literarios.

SERRA Y MIRÓ (DOÑA ROSALÍA).—Poetisa catalana, residente en Villanueva y Geltrú, en donde son muy apreciados sus trabajos literarios.

SERRA Y MUÑOZ (SOR MARÍA DEL CARMEN).—Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús en Barcelona. Publicó en 1841 *El ejercicio de la presencia de Dios*, traducción de la obra del P. Vauber.

SERRANO (DOÑA ARMINDA FLORA).—Es un pseudónimo. El premio logrado con él en un certamen de Orense (1885), lo fué por el poeta D. Valentín Lamas Carvajal.

SERRANO DE WILSON (DOÑA EMILIA), baronesa de Wilson.—Nació en Granada en 4 de Enero de 1843; ha dirigido los periódicos *Las Hijas del sol* y *El Último figurón*, y colaborado en *El Correo de la Moda* y otros muchos. Se le deben las obras: *Almacén de señoritas* (1860); *Alfonso el Grande*, poema histórico (1860); *Las perlas del corazón*; *La miseria de los ricos*, historia de dos millones (1872); *La mujer*; *La peregrina del Rhin*; *El camino de la Cruz*, poema (1872); *Los tres duendes ó el mundo en carnaval*; *El mundo americano y la Exposición de Barcelona* (1887); *Americanos ilustres* (1889). Estos dos últimos libros, como los de carácter biográfico é histórico que tiene en preparación, son resultado de

los largos viajes hechos por la autora en América, donde ha recibido grandes distinciones, como la corona poética que la dedicaron en 1881 los escritores de Colombia.

SEVILLANO DE TORAL (DOÑA JOSEFA).—Poetisa, cuyos trabajos aparecen en *La Semana* y *El Industrial* de Jaén, *Cervantes*, *La Ilustración infantil*, *Cádiz* y otros. Murió prematuramente en Cádiz, en 10 de Septiembre de 1878.

SHEE (DOÑA ISABEL).—Escritora, premiada en 1882 en el Certamen abierto en Baena para conmemorar el Centenario de Santa Teresa de Jesús.

SIDRACH DE CARDONA (DOÑA TELMA).—Ha publicado poesías en el periódico *El Constitucional* (1877).

SIERRA Y ORENGA (DOÑA CASIMIRA).—Tradujo del inglés y publicó en Madrid en 1860 la obra *Influencia de la educación doméstica*.

SILVA (DOÑA MICAELA).—Escritora: nació en Oviedo en 8 de Mayo de 1809, y una vez terminada la guerra de la Independencia, se trasladó á Barcelona y más tarde á Madrid, donde pudo entregarse al estudio de idiomas y al de las obras de nuestros clásicos. Escribió muy numerosas composiciones poéticas, publicando bastantes en *El Correo de la Moda*, *La Mujer cristiana*, *La Defensa de la sociedad* y otros periódicos; debiéndose citar especialmente su sátira *Un novio á pedir de boca* y la traducción de *El cinco de Marzo*, de Manzoni. Publicó *Emanaciones poéticas*, colecciones de poesías (1885). Después de muy prolongada dolencia, falleció en Jadraque en 20 de Julio de 1884.

SIMAN (DOÑA RAMONA).—Poetisa charadística, que escribía en 1881 para *La Voz de las Clases Pasivas*. Otro poeta la dedicaba unos versos, llamándola *inspirada cantora del manso Henares*.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

SINUÉS DE MARCO (DOÑA MARÍA DEL PILAR).—Distinguida y fecunda escritora aragonesa, esposa del autor dramático D. José Marco. Contrariedades de la vida la hicieron utilizar como medio de existencia el cultivo de las bellas letras, á que desde su primera juventud había mostrado invencible afición, siendo en gran número los periódicos, así de la Península como de Ultramar, en que aparecen los trabajos de esta escritora, inspirados todos en la más sana moral. Novelas, estudios de educación, poesías, cuentos para la infancia: he aquí las especialidades cultivadas preferentemente, sin contar las revistas de modas y de actualidades, que son muchas y muy dignas de estimación. Los libros publicados por la Sra. Sinués atestiguan su portentosa fecundidad literaria. Á continuación citamos unos setenta de los mismos, sin poder asegurar que aún sea completa su enumeración: *Glorias de la mujer*; *Reinas mártires*, leyendas (1877); *Palmas y flores*, leyendas del hogar (1877); *Las alas de Ícaro*, novela (1872); *Un libro para las madres* (1877); *Un libro para las damas* (1875); *Plácida* (1877); *Combates de la vida* (1876); *Un libro para las jóvenes*; *La primera falta* (1879); *Damas galantes* (1878); *La gitana* (1878); *El becerro de oro* (1878); *Flor de oro* (1878); *La mujer en nuestros días* (1878); *La ley de Dios* (1858); *Á la luz de una lámpara*; *El lazo de flores*; *La rama de sándalo*; *Celeste*; *El almohadón de rosas*; *Dos venganzas*; *Amor y llanto* (1857); *El sol de invierno*; *Margarita*; *Á la sombra de un tilo*; *La senda de la gloria*; *La virgen de las lilas*; *No hay culpa sin pena*; *Rosa* (1878); *Querer es poder* (1878); *Un nido de palomas* (1878); *Á río revuelto....*; *Premio y castigo* (1859); *Glorias de la mujer* (leyenda); *Tres genios femeninos* (leyendas); *Luz y sombras* (leyendas); *Cuentos de niñas*

:

(1883); *Una hija del siglo*; *El ángel del hogar*, estudios morales (1874); *Sueños y realidades*; *Album de mis recuerdos*; *Hija, esposa y madre*; *El camino de la dicha*; *La vida íntima*; *Flores del alma*; *El último amor* (1870); *Mecerse en las nubes*; *La expiación* (1887); *Verdades dulces y amargas* (1882); *Una herencia trágica* (1883); *La abuela*; *El alma enferma* (1882); *La dama elegante* (1879); *Narraciones del hogar* (1883); *Manual práctico del buen tono* (1880); *La vida real* (1882); *La diadema de perlas* (1859); *Amor y llanto*; *Veladas del invierno en torno de una mesa de labor*; *Álbum de la familia*; *La corona nupcial*; *La confianza en los padres*; *Los mártires del siglo XIX*; *Páginas del corazón* (1887); *Cantos de mi lira* (1857); *En la culpa va el castigo*; *Fausta Sorel*; *Galería de mujeres célebres* (1874); *Cortesanas ilustres*; *Los mártires del amor*; *La misión de la mujer* (1886); *Una historia sencilla* (1886); *Isabel* (1888); *Cuentos de color dorado* (1867); *Morir sola* (1889); *Cómo aman las mujeres* (1890).

SOLANCE (DOÑA ROSARIO).—Tradujo al castellano y publicó en Barcelona la obra *El lirio immaculado ó Manual del peregrino en Lourdes* (1888).

SOLER (DOÑA CAROLINA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1864).

SOLÍS Y GREPPI (DOÑA ELVIRA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda*.

SORIANO Y PALLAZAR (DOÑA ISABEL).—Escribió en el *Álbum poético* á la terminación del ferrocarril de El Grao á Játiva (1855).

SORIANO Y BAZÁN (DOÑA PRUDENCIA).—Poetisa aragonesa. En 1875 leyó al rey D. Alfonso XII algunas de sus poesías.

SOTO Y CORRO (DOÑA CAROLINA).—Escritora se-

villana. Durante algún tiempo dirigió en Jerez de la Frontera la revista semanal *Asta Regia*; ha publicado además numerosas composiciones poéticas en los periódicos de Andalucía, y es autora de las obras *El Faro de la virtud* (1883); *El Santo de la aldea*, poema (1885); *El terremoto de Andalucía* (1885); *Album de boda* (1888); *El diablo en el púlpito*, poema (1889); *Americanistas ilustres: Excmo. Sr. D. Ramón Elices Montes* (1890). En la actualidad prepara el libro *Poetas andaluces contemporáneos*.

## T

TAMARIT (DOÑA CARMEN).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1859-60).

TARTILÁN (DOÑA SOFÍA).—Dirigió en Madrid el periódico *La Ilustración de la mujer* y colaboró en los titulados *El Correo de la Moda*, *Flores y Perlas*, *El Ramillete*, *La Enciclopedia* y varios más. Publicó asimismo: *Páginas para la educación popular* (1877); *Historia de la crítica*; *Costumbres populares* (1880); *La lucha del corazón*, novela; *La loca de las olas*, novela (1884); *Borrascas del corazón*, novela (1884). Murió en Madrid en 2 de Julio de 1888.

TORRE (DOÑA MARÍA LUISA DE LA).—Colaboradora de *La Correspondencia de los Niños* (1877).

TORREGROSA PASTOR (DOÑA SOLEDAD).—Ha publicado algunas composiciones poéticas en los periódicos de Alicante (1884).

TOVAR Y SALCEDO (DOÑA ANTONIA).—Tradujo del francés la obra *Reinaldo y Elina ó La sacerdotisa peruana* (Valencia, 1820).

TRONCOSO DE OIZ (DOÑA MATILDE).—Escritora

cubana, cuya pluma, puesta siempre al servicio de la religión, ha dado notables muestras de laboriosidad. La prensa cubana ha insertado muchas de sus composiciones, la mayor parte en prosa. En 1887 fué fundadora en Las Palmas de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

## U

UGARTE-BARRIENTOS (DOÑA JOSEFA).—Poetisa. Nació en Málaga en 5 de Septiembre de 1855, siendo premiadas varias de sus composiciones en Juegos florales y certámenes de Málaga, Lérida, Santiago y otras capitales. Ha publicado dos libros de poesías: *Recuerdos de Andalucía* (1878); *Páginas en verso* (1882); *La estatua yacente* (1889). También ha escrito para el teatro los dramas *Margarita* y *El Cautivo*, y tiene inédito el titulado *Jaime*.

En 1887 contrajo matrimonio en el conde de Parcent.

URBINA Y MIRANDA (DOÑA GREGORIA).—Escritora. Nació en San Francisco de California en 1857. En 1877 publicó en la Habana, donde residía: *Novena á Santa Elena, Emperatriz, y Septenario de melodías divinas*. En dicho año vino á la Península, donde ha publicado: *Una visita al Hospital del Niño Jesús* (1878); *Una Madre cristiana* (1878); *La condesa de Orchis*, novela; *Caracuali*, novela (1879); *Apuntes históricos sobre el pueblo hebreo*; *Jacobo Cook*, novela; *La mujer en el siglo XIX* (1879); *Historia de Galinda*, novela (1880); *Los Actores de la Humanidad* (1880); *La Mujer en sociedad*. También ha colaborado en *La Voz de Cuba*, *El Ramillete*, *La Semana* y otros periódicos.

URIARTE (DOÑA MARÍA).—Hemos visto algunas poesías de esta señora en los periódicos de Andalucía (1876).

V

V'CRONWLEY (DOÑA AMALIA).—Publicó en 1844 la novela *El Nieto del Verdugo*.

VALDERRAMA SÁNCHEZ (DOÑA ELOÍSA).—En 1866 publicó en Granada: *Aritmética con la explicación del sistema métrico y el de monedas*; en 1875 *Método de lectura*, primera y segunda parte.

VALDÉS MENDOZA (DOÑA MERCEDES).—Poetisa. Nació en la Habana. Publicó una numerosa colección de poesías con el título de *Cantos Perdidos*.

VALENCIA DE LÓPEZ NÚÑEZ (DOÑA CAROLINA).—Escritora. Hemos visto su firma al pie de poesías y artículos religiosos y morales en *La Propaganda* de Palencia, *La Ilustración Católica* de Madrid, *El Mundo de los Niños* y otros periódicos. En 1889 fué premiada su oda *El arpa del poeta* en los Juegos florales de Palencia, y actualmente prepara la publicación de un volumen de sus principales poesías.

VALLDAURA (DOÑA ANA).—V. SANTA MARÍA.

VALLE (DOÑA PETRA DEL).—Colaboradora de *La Semana madrileña* (1877).

VAN-HALEN (DOÑA MARGARITA).—Hija del pintor de este apellido. Autora de la novela *Un conde condenado* (1875).

VELARDE (DOÑA EULALIA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1875), *El Cántabro* (1881) y otros periódicos.

VELASCO (DOÑA EMILIA).—Ha escrito en colaboración de D. Carlos Yeves un libro de *Economía política y labores*, declarado de utilidad para la enseñanza en 1884.

VELAVIÑA Y WANDERLÍN (DOÑA LUISA).—Pro-

fesora de Instrucción primaria, y poetisa, natural de Madrid. Ha colaborado en *El Correo de la Moda*, *La Paz* de Murcia, *El Porvenir de Santiago* y otros periódicos. En 1877 fué premiada con un accésit en los Juegos florales de Murcia, por su trabajo *La instrucción de la mujer*.

VELILLA (DOÑA FELISA).—Escribió unos versos en la *Corona fúnebre* de la poetisa Estevarena (1877).

VELILLA Y RODRÍGUEZ (DOÑA MERCEDES).—Publicó en Sevilla en 1873, con el título de *Ráfagas*, un volumen de poesías. En 1876 dió al teatro en la misma población el cuadro dramático *El Vencedor de sí mismo*. Ha colaborado en *El Gran mundo* y otros periódicos.

VENERO BELLVER DE OLLERO (DOÑA EMILIA).—Profesora de instrucción primaria, y directora que fué en Valencia del periódico *La Institutriz*, autora de la obrita *Breves nociones de urbanidad para niñas* (1880). Murió en Valencia en 1.º de Julio de 1883.

VERA (DOÑA JOAQUINA).—Escritora dramática. Ha dado al teatro los arreglos: *Dos amos para un criado* (1844); *El disfraz* (1844); *En todas partes hay de todo* (1858); *De España á Francia ó una noche en Vitoria* (1858), y *¿Quién es su madre?* (1872). Al tiempo de representarse este último en el teatro Martín, de Madrid, la autora había fallecido, sin que podamos precisar la fecha.

VERDEJO Y DURÁN (DOÑA MARÍA TADEA).—Poetisa aragonesa, muerta muy joven en Julio de 1855. Ya con su nombre, ya con el seudónimo de *Corina*, escribió muy sentidas poesías en *El Correo de la Moda* y otros periódicos. También ha publicado: *Ecos del corazón* y *La estrella de la niñez*. Ambas obras se han reimpresso diferentes veces.



VERDIER (DOÑA ANA).—Escritora nacida en 1848. Ha publicado las novelas *Los hijos de Margarita* (1880), y *Mi agonía*.

VERDUGO DE ARAZOZA (DOÑA PILAR).—Hemos visto varias traducciones de novelas francesas hechas por esta señora (1887).

VEREA Y NÚÑEZ (DOÑA CONSTANZA).—Colaboradora de *Flores y Perlas* y de otros periódicos. En 1871 se representó en el teatro Martín de Madrid un drama de esta escritora, titulado *Luz en tinieblas*.

VICIANA (DOÑA MARÍA DEL MAR).—En 1860 colaboró en el *Álbum* que dedicaron á la reina Isabel los profesores de instrucción primaria de Madrid.

VIDAL (DOÑA MARÍA NIEVES).—Maestra de instrucción primaria de Fonollosa. Publicó en 1885: *La educación moral* y *El trabajo es indispensable para la civilización de los pueblos*.

VILCHES (CONDESA DE).—V. LLANO Y DOTRES.

VILLAMARTÍN Y THOMÁS (DOÑA ISABEL).—Escritora catalana, que colaboró activamente en *El Correo de la Moda* y otros periódicos; concurrió á varios certámenes, siendo premiada, entre otras, su leyenda *Clemencia Isaura* con la flor natural en los Juegos florales de Barcelona en 1869. Publicó una colección de cantares con el título de *Horas crepusculares*. Murió en el establecimiento termal de la Garriga, en 1.º de Octubre de 1877, legando todos sus premios literarios á la Virgen de Monserrat.

VILLAR DE LA TORRE (DOÑA PRÁXEDES).—En la fiesta celebrada en la casa de Cervantes de Valladolid en 23 de Abril de 1879 leyó una poesía alusiva á aquel suceso.

VISCONTI Y VISCONTI (DOÑA EDELMIRA).—Ha publicado en Pontevedra *Ecos del alma*, colección de poesías.

## X

XAMBO (DOÑA EMILIA).—Publicó en 1879, en el folletín de *Las Noticias* de Murcia, una traducción de la novela de C. Laumier, *La Idiota*.

## Y

YANGUAS (DOÑA ELOÍSA).—Ha publicado algunas poesías en los periódicos de Zaragoza (1883).

## Z

ZAPATER DE OTAL (DOÑA ROSARIO).—Es autora de las obras : *Prácticas sociales* y *Prontuario de lectura y música*, y de las novelas *La expiación* y *Madrid por dentro*. Viuda del brigadier Sr. Otal, se consagró en absoluto al cuidado de su madre, y cuando ésta falleció, la Sra. Zapater tomó el velo de religiosa en el convento de la Asunción (1886).

ZAPATERO Y ANGULO (DOÑA PRUDENCIA).—En la solemnidad conmemorativa celebrada en Valladolid en la casa de Cervantes, en 23 de Abril de 1879, leyó esta señora una poesía alusiva al acto.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## REVISTA ULTRAMARINA



La conquista del África comparada con la de América.—Los españoles fuimos los primeros en llegar á las fuentes del Nilo.—Stanley y Emin-bey.—Intrigas y manejos.—Bismark los complica.—Nuestros sentimientos humanitarios y los de ahora.—Historias edificantes de Stanley y de ciertos misioneros ingleses.—Caso ocurrido en la muerte de Hernando de Soto.—*Juan de la Torre*, por J. A. de Lavalle: folleto impreso en Lima.—Tipo vulgar del conquistador español.—*Abascal*: otro escrito del citado autor.—*Historia de la división libertadora del Perú*, por Gonzalo Bulnes.

Lo que va de Pedro á Pedro!, podemos sin gran jactancia decir los españoles, cuando en toda la prensa del universo mundo, trompeta colosal que así alienta las empresas más gloriosas, como hace públicas las mayores ignominias é indignidades, leemos curiosísima y edificantísima relación de las desavenencias ocurridas entre los célebres exploradores del África oriental, Stanley y Emin-bey, representantes ó más bien símbolos de las naciones que se dan hoy el pomposo nombre de colonizadoras; desavenencias principalmente producidas por pequeños intereses, pasiones bajas y ruines propósitos. Cierta que ha sido empresa digna de los españoles del siglo xvi la salvación de Emin-bey por Stanley, atravesando casi en toda su longitud el inhospitalario y terrible continente Negro, y burlando las feroces asechanzas de aquellas innumerables tribus an-

tropófagas ; pero hay que considerar, que sobre hallarse toda Europa interesada en tan noble aventura, lo cual es por sí sólo una fuerza casi omnipotente, la han ayudado con 30,000 libras esterlinas la Compañía formada *ad hoc* en Inglaterra, y con recursos que no es posible apreciar todavía, una suscripción abierta en todas las ciudades del Reino Unido, cuyos corresponsales y cuyas relaciones mercantiles representan á su vez otra fuerza moral y material incontrastable, por todo el universo escalonada. Trabajos que se emprenden entre aplausos y con los bolsillos repletos, no exigen la abnegación de los héroes, ni de los mártires la constancia.

Sin rebajar un punto el valor y la trascendencia de semejantes esfuerzos, nos es permitido á los españoles recordar los nuestros en el orden científico, y anteponerlos en el sociológico y humanitario, ya que no son otros en el siglo XIX los fundamentos y justificantes de tales conquistas. Si damos crédito á los periódicos belgas, y en particular al *Journal de Bruxelles*, allá por los primeros meses de 1881, encontraron los exploradores de las fuentes del Nilo huellas indudables de expediciones análogas emprendidas por dos Jesuítas españoles en el siglo XVII, sin otra ayuda que la de Dios, sin otros recursos que su fe inquebrantable, y sin más propósito que el amor á la ciencia y la extensión de los conocimientos geográficos. Ni fueron ellos solos por ventura. Un fraile anónimo y oscuro, cuyo viaje publicó por primera vez en 1877 el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, *camino el río del Nilo ayuso*, hasta subir á la Persia, de donde por el Norte de Europa, por Alemania y Flandes, volvió á Sevilla, su punto de partida. Titúlase este rarísimo documento *Libro del conocimiento de todos los reynos y tierras y señoríos que son por el mundo, escrito por un*

*Franciscano español de mediados del siglo XIV*, y aunque no exento de errores y fábulas semejantes á las de los grandes viajeros antiguos Benjamín de Tudela, Pian de Carpino, Ruisbroëk, Oderico de Friuli y John de Mandeville, algunos de sus datos geográficos y de sus interesantes noticias se están diariamente justificando.

Las empresas españolas posteriores, repárese bien, tenían por único objeto la extensión de la fe y por consiguiente de la civilización, y arrancar á la barbarie los pueblos más bárbaros del mundo: obras á toda luz que se miren dignas de una raza verdaderamente épica, que cumplía una misión providencial. No es más grande la que atribuye la mitología á los argonautas, y aun entre ellos simbolizaba el vellocino de oro la ganancia mercantil. Nosotros, por regla general, en los primeros pasos de nuestras conquistas, nunca hemos pensado en el vellocino. Por el contrario: á los ingleses, como á los norteamericanos y alemanes, no los guía otra estrella en esta ocasión. El cálculo de las toneladas de marfil que pueden traerse á Europa como fruto de los viajes de Stanley y Emin-bey, ha sido el cebo, no sólo de los exploradores, sino de sus auxiliares filantrópicos. Suprímase de los libros de caja extranjeros esta columna del *Debe*, y seguramente quedará en blanco la del *Haber*. Ni hay suscripciones ni compañías. Los descubrimientos geográficos se dejarán para mejor ocasión, y los negros seguirán siendo esclavos y bárbaros, hasta que haya una raza de Quijotes que vaya á romper sus cadenas de barbarie por amor platónico á la humanidad. Visto el camino que lleva el mundo, pueden esperar sentados los negros y la geografía.

Cuanto á la conducta de los dos apóstoles del progreso y de la buena nueva africana, el conflicto que han promovido entre las naciones colonizadoras lo prueba por

modo elocuentísimo. Acorralado Emín-bey en Wadelai por las tribus negras, lo salva de la muerte de Gordon el dinero inglés, representado por su colega en filantropía Stanley, que representa al mismo tiempo el papel de Mefistófeles, aunque con el carácter extraño de enemigo de la raza de Margarita, pues lo mismo trabaja por Bélgica que por Inglaterra, con tal que Emin no se ponga al servicio de Alemania. Al decir de los *reporters* y amigos íntimos de unos y otros, que son hasta ahora los únicos que han rasgado un poco el velo que encubría estas miserias, Stanley tan pronto obraba por cuenta de la Bélgica y del flamante Estado del Congo, como por cuenta del Gobierno inglés y de los comerciantes de la City. Si Emin se decidía á enarbolar la bandera belga, se le haría general, conservando su gobierno de Wadelai, con un sueldo fijado por él mismo, y un plus de 12,000 libras esterlinas que se agenciaría vendiendo marfil y comerciando. Si abrazaba la causa de la Compañía inglesa del África Oriental, también sería su boca la medida de la ganancia; pero había de ayudar con sus tropas á Stanley á apoderarse de los territorios del Sudoeste hasta las orillas del Victoria Nyanza, plantando su cuartel en Kavirondo, mientras Stanley conquistaba el país de los Massai, de donde le traería barcos que le permitiesen extenderse hacia el Uganda y el Unioro, para darse la mano con su antigua provincia de Wadelai, y así la Compañía inglesa realizaría su sueño dorado de unir sus posesiones del Sur de África con la cuenca del Alto Nilo.

Sin la ejecución de este plan, queda el dominio inglés reducido á una faja de tierra comprendida entre el mar y el lago Victoria, de unas cuatrocientas millas de largo por menos de doscientas de ancho; es decir, un bocadillo de pan duro para los comerciantes ingleses, mientras las

posesiones alemanas del Sur del Victoria Nyanza podrían, con la ayuda de Emin, extenderse hasta las provincias ecuatoriales, ó sea la cuenca del alto Nilo. El *Times*, nada menos que el *Times*, califica de desastre esta probabilidad, llegando hasta aconsejar á su país que recurra á la guerra para impedirlo. ¡En pleno siglo XIX! Tendría que ver por unas cuantas toneladas de marfil, y por territorios donde la civilización y el progreso parecen imposibles, el choque de razas que se creen tipo del progreso y la civilización, y no sólo el choque, sino quizá una guerra europea de resultados incalculables. Habría que borrar todas las tablas de derechos que suponen haber escrito los pueblos modernos, y rehacer la historia contemporánea, sobre todo en lo que se refiere á las censuras que desde el siglo XVII se han fulminado á España por sus procedimientos en la conquista y colonización de América.

Pues si volvemos los ojos á las complicaciones que en esta contienda puede producir la caída de M. de Bismark, suben de punto los peligros del choque profetizado y aun deseado por el *Times*. Hombre práctico y positivo, el gran Canciller se negaba á comprometer al Imperio en aventuras coloniales antes de establecer una base más sólida que la que por lo visto tiene actualmente la Compañía alemana del África Oriental, representada por el mayor Wiseman, limitándose á obrar de acuerdo con Inglaterra, á pacificar en lo posible los territorios ya ocupados, y á impedir la trata de negros, único punto de vista civilizador y humanitario que puede hacer disimulables estas guerras de invasión y conquista en la época moderna. Pero el Canciller ha caído, y con él la política de los temperamentos conciliadores en África, según parece. ¿No será este suceso la causa determinante de la

conducta de Emin-bey, que, según los últimos telegramas, se decide al fin por entrar al servicio de Alemania, volviendo la espalda á Inglaterra y á su oferta de 12,000 libras anuales.... en marfil? Ello es que, con el título de *El Naufragio de Bismark*, hemos leído en un periódico español, que se dice bien informado en la materia, y que á pesar de su insignificancia puede estarlo, pues su actitud en las cuestiones de Filipinas descubre estrechos lazos con Alemania, un artículo que atribuye exclusivamente la caída del Canciller al nuevo giro que el Emperador está dando á su política colonial y á sus relaciones con Emin-bey, capaces de producir un conflicto internacional, que Bismark preveía y evitaba, «aleccionado (*sic*) por los sucesos de las Carolinas. Por de pronto, concluye el articulista, entre grandes elogios al personaje caído, ya tenemos las protestas de Inglaterra contra los actos de Emin».

Tampoco debe desatenderse otro aspecto de la cuestión, que pone muy negros colores en el cuadro de estos Corteses y Pizarros de nuevo cuño. La conducta que están observando, sobre todo Inglaterra, con los exploradores modestos que representan naciones humildes, porque no pueden apoyarlos con numerosas escuadras y grandes ejércitos, es más que censurable, indigna. Á pocos pueblos deben tanto la civilización y la ciencia como á holandeses y portugueses. Estos últimos en África tienen una historia verdaderamente gloriosa, hasta el punto de disputarnos el descubrimiento del Río del Oro en el siglo xiv, y habérsenos anticipado en la India Oriental por el Cabo de las Tormentas y el estrecho de Magallanes. Sabido es igualmente que hasta han sacrificado la vida de sus reyes por introducir la civilización y el Cristianismo en África. Mientras sólo se trataba de hacer sacrificios gloriosos y expediciones



científicas, Portugal ha obtenido benevolencia y aplauso de sus carísimos protectores los comerciantes ingleses; pero llega á entreverse la posibilidad de cargar de marfil unos cuantos barcos, y la escena cambia por completo. Los servicios portugueses á la humanidad no merecen el premio de anexionarse un pequeño terreno comprendido entre Sofala y el Atlántico, porque la Compañía inglesa del África del Sur lo considera comprendido...., no en sus territorios, sino en *la zona de su influencia*, y no podrá cumplir su misión civilizadora si la navegación del Zambezé ha de estar intervenida por Portugal. De aquí el conflicto que estamos presenciando y que tanto conmueve al vecino reino, hasta poner en peligro sus instituciones. Nada más sofístico que el texto literal de las declaraciones inglesas. «El Zambezé, que es una gran vía comercial é »internacional, debe pertenecer á la Gran Bretaña, única »potencia que está resuelta á reprimir la trata de esclavos, en lugar de favorecerla, como han hecho hasta aquí »los portugueses.» Calumnia infame en este siglo, pues los portugueses han dejado de consentir en Cabo Verde la caza de esclavos, acaso antes que los ingleses dejaran de explotarla, dedicando casi todos sus barcos á llevar carne negra á América, y toda su influencia á arrancar á España privilegios para este humanitario comercio. Cansada está la historia de repetir que los ingleses se hicieron abolicionistas por haberles negado Felipe V aquel privilegio. Para indemnizarse de tan honrosa pérdida, se quedaron con Gibraltar.

La Compañía belga, finalmente, encuentra en ellos análogas dificultades, desde que, puesta bajo la protección real, puede llegar á ser un obstáculo á sus miras absorbentes. Ya el *Nord* de Bruselas, con finísima sátira, hizo observar que el Transvaal y el Estado libre de Orange

debían desaparecer arrollados por la emigración anglosajona, á causa de que los *boers* son inhumanos, esclavistas por temperamento, maltratan á los cafres y no tienen condición alguna para ejercer influencia moralizadora. Este maltrato á los cafres nos recuerda el que dan los ingleses á todas las razas que dominan. El que no ha visto en el puerto de Hong-kong (como en tantas otras partes) á los simples *commis* de las fondas abrirse paso entre los barqueros chinos, haciendo el molinete con sus *rotens* de puño de plata, á costa de cabezas rotas y brazos magullados, puede dar crédito á los alardes del humanitarismo inglés, que sólo existe en los libros y en los periódicos.

Por no extendernos demasiado en esta cuestión, hoy para nosotros incidental, terminaremos copiando dos documentos fresquísimos, uno acerca de la conducta en África de ese mismo Stanley, publicado en Enero de este año por toda la prensa, y cierta historia edificante de los misioneros ingleses en Blantyre, contada por la prensa de Lisboa y no desmentida por la de Londres. Dice así el primer documento :

«Una nota discordante ha venido á alterar la armonía en el concierto general de elogios que toda Inglaterra tributa á Stanley con motivo de su próximo viaje á Londres.

» John Burns, el popular caudillo socialista de la capital, en su calidad de miembro del Consejo del condado de Londres, ha protestado enérgicamente contra el recibimiento que la corporación pensaba hacer al explorador de África.

«Stanley—dijo—no ha hecho nada por la civilización  
» en su último viaje en socorro de Emin. Su único objeto  
» al emprender la expedición, era traer 160,000 toneladas  
» de marfil para favorecer el egoísmo mercantil de la Com-  
» pañía inglesa del África Oriental. Con esta sola mira ha

» sacrificado Stanley en África tantas vidas, dejando cu-  
» biertos los senderos de las selvas con los huesos de sus  
» compañeros, haciendo ejecutar sumariamente á cuantos  
» estorbaban la realización de sus planes, exponiendo á los  
» mayores peligros centenares de existencias, sin excep-  
» tuar la suya, con un heroísmo rayano en fatuidad.

» Si de paso ha hecho algunos descubrimientos geo-  
» gráficos, ha sido puramente obra del azar, pues en su  
» expedición no le ha guiado ningún pensamiento científico  
» ni humanitario. Su conducta con los indígenas de África  
» ha dado siempre la razón á los que le acusan de cometer  
» crueldades injustificadas é inútiles. Yo he vivido por es-  
» pacio de un año entre aquellos indígenas, y nunca he  
» comprendido la necesidad de los castigos corporales. Los  
» procedimientos de Stanley, desde hace dos años, han  
» hecho asomar el rubor al rostro de más de un explora-  
» dor del continente africano.»

» Fácilmente puede imaginarse el efecto que produci-  
ría este discurso pronunciado en el seno de una asamblea  
de admiradores del gran viajero. El presidente del Con-  
sejo del condado, lord Roseberry, se negó á llamar al  
orden al orador, como algunos pedían, declarando que  
eso sería infringir el reglamento.

» Por último: uno de los miembros del Consejo propu-  
so que se abandonara toda idea de recibimiento solemne,  
á fin de evitar discusiones poco edificantes sobre una  
personalidad tan eminente como la de Stanley.»

La edificante historia á que nos hemos referido en  
segundo lugar es la siguiente:

« LISBOA 18 de Enero de 1890 (5 tarde).

» La prensa lisbonense publica hoy un documento no-  
table, que muestra cómo llevan los ingleses al África su

:

misión civilizadora. Trátase de los sacerdotes establecidos en Blantyre. Un súbdito inglés, Mr. Mac Gregor, se presentó al Gobernador general portugués, reclamando oficialmente el apoyo de su autoridad, en nombre de la humanidad, para que persiguiera á unos misioneros ingleses, y relatando hechos verdaderamente horribles llevados á cabo por las misiones inglesas.

» Un ejemplo entre varios:

» Un pobre negro iba camino de Blantyre, llevando  
» una caja; á los pocos pasos sintióse muy enfermo, y  
» en la imposibilidad de seguir su camino, volvió á la  
» ciudad de donde salía, ocultando la caja entre un  
» bosque.

» Vuelve á seguir su camino trabajosamente, pero cae  
» rendido por el mal cerca de un riachuelo, donde poco  
» después lo hallan los individuos de la misión inglesa.  
» Algo debieron saber los de la misión sobre la caja que  
» el pobre negro llevaba, porque le preguntaron en cuál  
» sitio la había dejado.

—» La he escondido temiendo que me la robaran.

—» ¿Dónde está?—preguntaron los de la misión.

» El negro se niega á revelar el sitio en que la caja es-  
» taba, los misioneros amenazan, el indígena suplica, y  
» ante la tenacidad de éste, los misioneros le dan hasta  
» doscientos palos. En el estado del mísero negro, los pa-  
» los acabaron con él. Muerto el infeliz, los misioneros  
» fueron á buscar la caja, que estaba, con efecto, donde *a*  
» *fortiori* había declarado el negro.

» Otro caso : apareció muerto un negro servidor de la  
» misión. Sospechan en ella que otro indígena fuera el  
» matador, se apoderan de él y le atan, atormentándole  
» cruelmente. El negro acusado protesta enérgicamente  
» de su inocencia, y pide misericordia. En vano; los in-

»gleses le ordenan abrir una fosa, al borde de la cual le  
»obligan á arrodillarse.

» El superior de la misión, desoyendo las lamentacio-  
»nes del cuitado, lee indiferente en su libro las oraciones  
»de difuntos, y, terminadas, manda cargar armas. So-  
»brevino un momento horrible : el negro pidió piedad, el  
»pelotón disparó, y el desdichado cayó moribundo junto  
»al hoyo. No había muerto aún, y el superior, dejando el  
»santo libro y cogiendo un revólver, acabó inhumana-  
»mente con aquel pobre hombre....»

Hará esa lectura indudablemente recordar á todos los españoles el coro de insultos con que los extranjeros han pretendido oscurecer la gloria de nuestra conquista de América, por haberla alcanzado sin ayuda ajena, por nuestro propio esfuerzo y con nuestros recursos propios. Las evoluciones de los tiempos y de las ideas nos están dando la razón en tantas cosas, que puede en ésta pronosticarse ya sin recelo un nuevo triunfo moral y material para España. Á pesar de sus defectos y sus debilidades comunes á la naturaleza humana, y á pesar del espíritu del siglo xvi, en que acababan las naciones de salir de la llamada barbarie de la Edad Media, los soldados de Cortés y Pizarro van á resultar más humanos, más civilizadores y más hombres á la moderna, por decirlo todo con una frase gráfica, que los ingleses de Stanley y los evangelizadores de Blantyre. Día llegará muy pronto en que puedan compararse historias con historias, y los americanos, como Bustamante, que han escrito *Los horrores de Cortés*, los franceses, que les han hecho coro, como Brasseur de Bourbourg, y tantos otros escritores extranjeros, se sientan más inclinados á la benevolencia del abate Niux que á la exageración del P. Las Casas. Hoy por hoy hemos de

concluir recordando, respecto á la humanidad y los procedimientos con los indígenas, un caso que cuenta *El fidalgo de Elvas* en su *Relaçam verdadeira dos trabalhos que ho governador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaron no descobrimento da provincia da Froeida*, historiador que preferimos al Inca Garcilaso y á otros panegiristas de Hernando de Soto, por ser émulo de las glorias españolas y por su laconismo y severidad. Los ingleses que en Dahomey han tolerado y toleran los grandes sacrificios humanos que hace la corte en sus fiestas, debieron tener presente el trance apuradísimo en que se vió Luis de Moscoso cuando, para ocultar la muerte de Hernando de Soto, manifestó á los indios que había subido al cielo por unos días, sin poder engañarlos á todos, pues el cacique de Gachoya «teve para sí que era »morto e mandose allí trazer dous indios mancebos e ben »dispostos: e disse que ho uso da quella terra, era quando »algun senhor falecía, matarem indios para ho acompa- »nharem e servirem no caminho e pera isso por seu man- »dado eran aquelles allí vindos, e disse á Luys de Mos- »coso que lhes mandasse cortar as cabeças pera que »fossen acompanhar e servir á seu hirmao e senhor (Así »llamaba el Cacique á Hernando de Soto). Luys de Mos- »coso lhe disse que ho Governador nam era morto, mas »que habia ido ao ceo, e que de seus soldados christianos »levara os que le bastaban para seu serviço; que le ro- »gaba que mandase soltar aquellos indios *e dahi em »diante nam custumasse tao mao custume*: logo os man- »dou soltar é que se fossen á suas casas».

De los trabajos y fatigas sufridos por Hernando de Soto y su gente en el descubrimiento del mar del Sur y paso de los Andes, aunque la ocasión se nos brinde tan propicia, no haremos otra cosa que este recuerdo ligero

para contrastarlo con las ponderaciones y ditirambos que se dedican á los exploradores del Alto Nilo, máxime debiendo de ocuparnos ahora, por caer perfectamente en la esfera de nuestro propósito, en una bien escrita monografía que con el título de *Juan de la Torre, uno de los trece de la isla del Gallo*, ha publicado en Lima D. J. A. de Lavalle, correspondiente de la Academia de la Historia, la cual empieza con este valiente cuadro, trazado por Prescott en su *Historia de la conquista del Perú*:

« Tirando Pizarro de la espada trazó con ella una línea » sobre la arena de Oriente á Poniente, y volviéndose al » Mediodía : — *Amigos y compañeros*, exclamó; *en este » lado están los trabajos, el hambre, la desnudez, las » lluvias y las tormentas, el desamparo y la muerte : en » aquél la holgura y el placer : allí está el Perú con sus » riquezas, aquí Panamá y sus miserias: escoja cada » cual lo que más propio estime de un valiente castella- » no , que por mi parte voyme al Sur.* » Y así diciendo, atravesó la línea....., siguiéndole trece compañeros más, de los cuales dice el historiador norte-americano, « *que » cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo » ofrecer á hombres y que estando más para esperar la » muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo » pospusieron á la honra y siguieron á su capitán y cau- » dillo, para ejemplo de lealtad en lo futuro* » .

Los trece de la fama fueron llamados éstos que se quedaron con Pizarro en la isla del Gallo, entre los cuales se hallaba Juan de la Torre, protagonista de la excelente monografía publicada por el Sr. Lavalle, dignos rivales todos de aquellos doce pares de Carlo Magno, que llenaron el mundo antiguo con el nombre de los caballeros de la Tabla Redonda. Entre los del Perú sólo había un extranjero, Pedro de Candía, natural de la isla

de Creta. Comparadas con estas escenas las de África, donde se ofrecen á Emin-bey 60,000 pesos al año sobre un sueldo de gobernador, y donde todo el mundo civilizado auxilia moral ó materialmente á la empresa, hay que exclamar nuevamente : ¡Lo que va de Pedro á Pedro!

Y sin ser de los primeros Juan de la Torre, tanto que en la lista de los Trece figura el último, todavía hizo otras cosas dignas de memoria, que merecen muy bien el trabajo biográfico que el Sr. Lavalle le ha dedicado. Sobre permanecer ajeno á las guerras civiles entre Pizarro y Almagro, ocupando su actividad y luces en la fundación de la ciudad de Arequipa, donde fué primer alcalde, fautor de Ordenanzas y obras de policía, gran virtud en aquellos tiempos, al ser asesinado Pizarro en 1541, se puso al lado del nuevo gobernador Vaca de Castro, asistiendo á la batalla de Chupas, tan funesta á Almagro el Mozo y sus partidarios, debajo del estandarte real, con armas y caballo á su costa y minción; lealtad que no quebrantó ni una sola vez en las posteriores discordias, que le proporcionaron ocasión de repetir la hazaña de Guzmán el Bueno, con mengua, tal vez de las leyes de la sangre y de la humanidad. Fué el caso, que en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, tomó partido con los rebeldes su propio hijo primogénito, Juan de la Torre el Mozo, mientras el anciano caudillo de los Trece salía huyendo de Arequipa, sublevada por Girón, á unirse con el ejército y estandarte real, como buen caballero, asistiendo padre é hijo en Octubre de 1554 á la batalla de Pucará, en que Juan el Mozo cayó prisionero, y fué ajusticiado en garrote, sin que el viejo interpusiera en modo alguno su legítima influencia para salvarle, antes decía « que avia sido traydor a su rey e señor, e que no merecia » que se le otorgase la vida», y aun testigos fidedignos,



alegados por el moderno historiador peruano, añaden: «que el día en que auian fecho justicia del dycho su hijo, » el dycho Joan de la Torre el Viejo, en lugar de luto, se » auia vestido de grana». Extremo riguroso, en verdad, que le censuran con razón grandísimamente sus propios amigos y paisanos, Lorenzo de Aldana y Gómez de Solís. Espejo nunca empañado de lealtad, y recio y duro como un roble, á pesar de sus fatigas en la isla del Gallo y en las civiles contiendas, vivió Juan de la Torre más de cien años sin salir de la modesta esfera de uno de tantos españoles como descubrieron y conquistaron el Nuevo Mundo. Es de suponer que á hombres semejantes no faltarían Stanleys que les ofrecieran muchos miles de pesos y muchas encomiendas de indios, en vez de esterlinas y cargas de marfil, por hacer traición á sus deberes; pero nuestros antepasados, cuando la hacían, la hacían de balde, y por puro amor á la discordia y á la guerra.

No creemos con esto pagada nuestra deuda literaria con el Sr. Lavalle, pues entre sus curiosos escritos de carácter biográfico, interesantes para España, hallamos una monografía consagrada al penúltimo virrey del Perú, Abascal, personaje digno, en efecto, de estudio más profundo que el que hasta ahora le han dedicado nuestros historiadores, porque establece así como cierta solución de continuidad entre los hombres de la España antigua y la moderna. Cabe tanto mejor en el artículo presente el análisis de este trabajo, cuanto que las circunstancias difícilísimas que rodearon al marqués de la Concordia, al resistir por sí solo la insurrección de toda la América, así como las que pusieron á prueba su lealtad monárquica, semejan no poco á las de esos aventureros de las fuentes del Nilo, que miramos propensos á las tentaciones de la deslealtad y la codicia en medio de las asechanzas de

la muerte, que tanto ennoblecen y purifican el espíritu humano en hombres como Abascal. Ha de permitirnos igualmente la *Biografía* de éste volver los ojos á un libro de grande interés histórico que el Sr. Gonzalo Bulnes publicó en Santiago de Chile en 1888, bajo el título de *Historia de la expedición libertadora del Perú* (1817-1822), dos volúmenes en 4.º, que comprenden la historia del gobierno de aquel General como lógico antecedente. Ni padece gran detrimento nuestro plan de estudios críticos de la literatura americana porque atendamos en esta ocasión con preferencia al espíritu de ciertas publicaciones, relacionándolo con acontecimientos contemporáneos ó con cosas y personas de las que llama la prensa periódica de actualidad, toda vez que, aunque sea ligeramente bosquejado, se ofrece así al lector, en sus líneas principales, el cuadro de las relaciones intelectuales que hoy median entre América y España, objetivo principal de nuestros trabajos, según habrá podido observarse en los artículos anteriores. Por ser á toda luz inconmensurable el espacio que tenemos que recorrer, cúmplenos otra advertencia: erraría mucho el que creyese terminado nuestro estudio de un libro, de un personaje ó de un suceso, por verlo comprendido á la ligera en nuestras Revistas, pues volverá á ocupar seguramente nuestra atención cuantas veces sea necesario, á medida que las circunstancias ó los sucesos lo enlacen con nuestro pensamiento. La conveniencia de dar variedad y agrado á escritos homogéneos y de suyo desabridos, pesa mucho también en nuestro ánimo para inclinarnos, ora á la generalización, ora al concretismo, ora al análisis, ora á la síntesis. Ni historia ni crítica hacemos exclusivamente, sino ambas cosas á la vez, y si resultara filosofía política enderezada á fundir en uno los ideales hispano-

americanos, sería para nosotros miel sobre hojuelas.

Representó Abascal á su llegada á Lima en 1806 análoga evolución á la que estaban sufriendo las ideas en España y en América, pues su antecesor en el virreinato, el marqués de Avilés, era de estos hombres que por su beatitud y ñoñería, ganan el cielo perdiendo la tierra. El ilustre escritor Vicuña Mackena, tan poco amigo de los españoles, á pesar de la justicia que hacemos á su mérito, ha confesado en su *Revolución del Perú de 1809 á 1819*, que el sagaz y oportuno Abascal, por su energía y su espíritu conciliador, «era quizá la única valla que contenía en » el Perú el raudal (revolucionario) que lo inundaba por » todas sus fronteras»; y lo contenía con prudentes concesiones y hábiles y bien entendidas reformas. La de cementerios, la de enseñanza y la creación del Colegio de medicina, fueron sus alardes de gobernador, ínterin los sucesos del año de 8 y la Revolución española le obligaban á envainar su espada de general y empuñar su bastón de virrey. En esta ocasión, dice el Sr. Lavalle, confirmando indicaciones de muchos escritores, se hicieron á Abascal vivas instancias para que se ciñese la corona del Perú, alentándole á ello, no sólo la opinión pública, sino el mismo Carlos IV, cuando le escribía que no obedeciese á Fernando VII, mientras el primer Bonaparte le colmaba de honores y lisonjas y la princesa del Brasil le confiaba sus poderes: «Mas el noble anciano, dice el biógrafo, no » se dejó deslumbrar por el brillo de una corona; con las » lágrimas en los ojos cerró sus oídos á la voz del que ya no » era su rey; despreció indignado los favores del usurpador » de la patria, y llamó respetuosamente á su deber á la » hermana de Fernando». El 13 de Octubre de 1808 un grito inmenso de admiración y entusiasmo acogió las nobles palabras del valiente anciano, que desde el balcón

del palacio de los virreyes de Lima proclamaba al Perú por Fernando VII. Su propio secretario esperaba que allí naciese la dinastía de los Abascales.

Cuando la prisión del rey en Valençay, coincidiendo con los trabajos de los filibusteros y de las logias masónicas, facilitaron pretexto á los americanos para constituirse en juntas provinciales, que la de Cádiz, en su ignorante candidez, estimulaba, considerándolas focos de patriotismo y lealtad, el Perú permaneció tranquilo, á pesar de las escasísimas fuerzas del ejército real. Caído muy pronto el mentiroso antifaz de las Juntas, según la feliz expresión del Sr. Lavalle, Caracas, Quito, la Paz, Santiago y Buenos Aires aparecieron en plena insurrección contra la Metrópoli, obligando al Virrey á dividir sus tropas, en términos que resulta homérica la serie de pasajeros triunfos que obtuvo. «Prescíndase por un momento de toda pasión, exclama noblemente aquí el escritor chileno; y admiremos sin reserva al hombre que en lucha con el destino, que había marcado la hora de la independencia de América en el reloj del tiempo, logró aplazar á fuerza de audacia y de energía la ejecución de su inexorable sentencia.»

Desde esta primera faz de la revolución americana, hasta el 7 de Julio de 1816, en que Abascal entregó el Perú á su sucesor en el virreynato el general Pezuela, un libro entero del Sr. Bulnes, no menos encomiástico é imparcial, nos da cuenta día por día de los esfuerzos titánicos del anciano Virrey para sostener su difícil situación, que acaso más que nadie creía insostenible, y por eso la abandonó en el primer momento en que pudo creerla desembarazada, pretextando los achaques de sus setenta años (setenta y tres, dice el Sr. Bulnes), y de una llaga que tenía en la pierna, sin contar el amor de su única hija que se había casado y vuelto á España. Con harto sentimiento renun-

ciamos á recoger de las páginas del Sr. Bulnes, tan ricas de color como pobres, tal vez, de estilo, curiosos datos de los trabajos masónicos que se hacían en España para fructificar en el Perú, así á la sombra de las Cortes de Cádiz como de las banderas de nuestro ejército, donde sirvieron hasta 1812 muchos americanos, después generales y revolucionarios en su patria, como San Martín, O'Higgins, y el mismo Bolívar, y aunque hemos reproducido en otro artículo las confesiones de Pueyrredón á este propósito, algunas de la *Historia de la expedición libertadora del Perú* no deben quedar en olvido. «La idea de la masonería política como palanca revolucionaria aplicada á América, dice el escritor citado en la página 17 del tomo primero, no es de San Martín, sino de Miranda, quien le dió cuerpo en el siglo pasado, fundando en Londres una logia para *independizar* (¡qué verbo, santo Dios!) á Venezuela. De aquí tomó pie otra institución análoga, que se formó en Europa á principios de este siglo, con el nombre de *Sociedad Lantaro ó de los caballeros racionales*, destinada á sublevar la América. Tenía su centro en Londres y una de sus ramificaciones ó ventas en Cádiz.»

Con ser esta palanca tan poderosa, ni la ayuda de Inglaterra y los flamantes Estados Unidos, ni la misma sublevación de nuestro ejército en las Cabezas de San Juan, hubieran probablemente hecho morder el polvo al marqués de la Concordia si en el gobierno del Perú continuara.

Dedúcese de ese dato y de los que ya hemos dado en otros artículos, que Pueyrredón primero, y San Martín después, ó ambos á un tiempo, llevaron la masonería á las orillas del Plata; pero este último hizo más por la independencia, organizando el ejército de Chile á la manera masónica, si bien quizá, por esta misma causa, por haber

establecido un régimen severo en aquellas tropas allegadizas, no perdieron su fuerza tan pronto las ideas autoritarias y monárquicas, que tanta rémora habían de ser á la consolidación de la República en los primeros años de su triunfo. También lo dilató no poco el general arequipense D. José Manuel de Goyeneche, después conde de Guaqui, leal servidor de España, que desplegó condiciones de gran soldado, un tanto oscurecidas por sus instintos de crueldad, que autorizaron las represalias del demagogo Castelli en Córdoba, cuando fusiló al virrey de Buenos Aires D. Santiago Liniers, depuesto por la Junta, al general Nieto, al coronel Córdoba y al intendente Sanz.

Los varios trances de la guerra y la situación angustiosa de Abascal se hallan perfectamente descritas en un párrafo del Sr. Bulnes, harto flojo por el estilo, pero exacto y elevado por el pensamiento. Al hablar del reemplazo del general Belgrano por San Martín en la dictadura de Buenos Aires, dice que éste «recorrió con la vista el glorioso cuadro de la revolución argentina, que luchaba (en las mesetas del alto Perú) desde 1810, alternativamente »vencedora y vencida....., flujo y reflujo de sangre que consumía el patriotismo, los hombres, el dinero, sin que la »solución avanzara.... El virrey Abascal, que abrazaba á »su vez aquel conjunto con profunda claridad, miraba el »Perú como la base de sus recursos, y podía echar sus »ejércitos á la Argentina, porque tenía segura su base, »que era el Perú, y su flanco, que era el desierto de Chile».

San Martín se propuso cortarle esa base, plan digno de un buen estratégico, y que se realizó á la postre, aunque no en tiempos de Abascal, ni por culpa de su sucesor Pezuela. Ambos, por lo contrario, podían creer vencida la insurrección americana en 1816, pues la derrota de los argentinos en Viluma había sido tan completa como la de

los chilenos en Bancagua, quedando sólo en el campo guerrillas de gauchos y montaneros, que fueron después la diversión del ejército español, mientras con auxilio de los ingleses y norte-americanos organizaba San Martín su gran expedición libertadora. Abascal aprovechó tan feliz coyuntura para abandonar el mando, y pudo decir al país en su proclama de despedida:

«..... Nadie puede disputarme la grata satisfacción  
» que experimento al recordar que he estado constituido  
» por la Providencia á su cabeza (del Perú), empleando  
» mis incesantes desvelos y afanes en conservarle libre de  
» los estragos de la discordia.... ¿Qué otra recompensa  
» podría colmar mi ambición que ver desde las márgenes  
» del Río de la Plata hasta el Istmo de Panamá reposar en  
» paz y fraternal contento á los que se hallaban antes arma-  
» dos unos contra otros, sin adelantar más que su exter-  
» minio y su deshonra?» La perspicacia de que dió tantas pruebas el marqués de la Concordia, ¿le permitiría fundar tantas ilusiones en lo futuro como en lo presente?

Terminaremos encareciendo otra vez más el sensato espíritu que anima las obras de los Sres. Bulnes y Lavalle, riquísimo arsenal la primera de documentos de grande importancia, por cuya razón hemos de volver á menudo á utilizarla, y puramente anecdótica la segunda, que antes que biografía á la moderna es un caluroso panegírico del penúltimo virrey legítimo del Perú. Por lo mismo que el Sr. Bulnes lo califica con razón de azote y obstáculo invencible de la independencia americana, prueba claramente con sus elogios, no menos calurosos que los del escritor chileno, el buen sentido y la imparcialidad histórica de las nuevas generaciones literarias.

V. BARRANTES.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE  
ATENEU BARCELONES

# ÍNDICE

---

Páginas.

## SECCIÓN EXTRANJERA.

|                                                                           |    |
|---------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Guillermo de Humboldt y Carlota Diede</i> , por Víctor Cherbuliez..... | 5  |
| <i>Enrique Heine</i> , por Teófilo Gautier.....                           | 27 |
| <i>Arthur</i> , por Alfonso Daudet.....                                   | 39 |
| <i>Cómo se engaña á las mujeres</i> , por Teodoro de Banville.....        | 46 |
| <i>Proudhon y Courbet</i> , por Emilio Zola.....                          | 55 |

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEU BARCELONÉS

## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

|                                                                                                                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>La democracia en Europa y América</i> , por A. Cánovas del Castillo...                                                                                      | 75  |
| <i>La mujer española</i> , por Emilia Pardo Bazán.....                                                                                                         | 101 |
| <i>Verdades poéticas</i> , Consideraciones sobre el libro de este título publicado por Melchor de Palau. Prólogo de D. José R. Carracido, por Juan Valera..... | 115 |
| <i>El moderno Anticristo</i> (Ernesto Renán), por Fray Zacarías Martínez, Agustiniano.....                                                                     | 125 |
| <i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , por Rafael M. Merchán.....                                                                      | 143 |
| <i>Rataplán</i> , por José M. Matheu.....                                                                                                                      | 166 |
| <i>Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX</i> , por M. Ossorio y Bernard.....                                                       | 183 |
| <i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes.....                                                                                                             | 203 |

---